

# LOQUENY *esperaba*

**ba  
ri  
tas**

**AMOUR  
ET VIE**

**CHRISTIAN MARTINS**

**LO QUE NO  
ESPERABA**

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN JUNIO 2019**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS**

**La vida no es un problema que tiene que ser resuelto, sino una realidad que debe ser experimentada**

***Soren Kierkegaard***

Para mis chicas Martins.  
que nunca me fallan,  
que siempre están ahí,  
que siguen siendo las mismas soñadoras que comenzaron  
este camino junto a mí.  
Disfrutad de la vida de Violeta, os veo en la próxima.

Christian Martins.

# 1

## *La gran boda*

Sara y Petter se acaban de dar el “sí, quiero” en la iglesia de San José, así que toda la familia — y sus respectivos amigos — nos trasladamos a un hotel cercano a la calle de Alcalá para celebrar el recién firmado compromiso.

Para ser sinceros, yo me alegro muchísimo por mi hermana pequeña, pero siempre he odiado las bodas y ésta no ha logrado despertar en mi interior ninguna clase de entusiasmo.

Quizás lo que más me ha gustado de la ceremonia ha sido el hecho de poder estrenar mi nuevo vestido blanco de Carolina Herrera. Aunque claro, entre los presentes tampoco hay nadie que pueda apreciar esta obra de arte de la alta costura.

Petter y Sara se han sentado en la mesa nupcial con mi madre y los padres de él. Son ingleses. Petter y mi hermana se conocieron cuando, a los diecisiete años, Sara se marchó a Inglaterra para vivir la experiencia del Erasmus. Se enamoraron, mantuvieron una relación a distancia durante un año y después él se trasladó a Madrid para estar junto a ella. ¡Qué romántico!

Cinco años después, aquí estábamos todos; reunidos para celebrar su amor.

Miro a mi abuela Margarita, que está sentada frente a mí, y le sonrío. Estoy sentada en la misma mesa que mis tres abuelos; el abuelo José, la abuela Margarita y la abuela Mona (Elisa). Mi abuela Elisa es la más graciosa y divertida de todas. Ella siempre nos decía que era la abuela “Mona” porque se llamaba Elisa, como el cuadro de Da Vinci. La verdad es que no tiene mucha gracia, pero cuando éramos pequeñas a Sara y a mí nos encantaba cómo nos lo

explicaba. Es más, llegamos a pensar, incluso, que la señora del cuadro era nuestra abuela Mona en sus años mozos — la profesora de segundo se partió de risa cuando Sara se lo explicó al resto de los niños de su clase — . Supongo que por eso, la abuela Mona siempre ha sido nuestra abuela favorita — y porque es la más joven de todas y no parece una bruja verrugosa, claro — .

Junto a mí hay una silla vacía, que pertenece a Fernando; mi novio. Fernando se ha escaqueado de venir a la boda de mi hermana en el último momento con un mensajito que dice: “estoy de resaca. Ayer bebí demasiado. Te veo luego y... Felicita a los novios de mi parte”. Sí, así es él. Aunque, para ser sinceros, no le culpo lo más mínimo. Si yo hubiera tenido ocasión, también me habría escapado de esta tortura. ¡Ah! ¿Aún no os lo he dicho? Odio las bodas. No sé muy bien qué es lo que no me gusta de ellas, pero las odio. Desde siempre.

Supongo que me parece muy ridículo la cantidad de dinero que uno invierte en un solo día de su vida cuando, en realidad, podría hacer otras grandes cosas con él. Como por ejemplo, pagar la entrada de un piso. Invertir en negocios, en acciones, en un fondo de ahorros o incluso en un coche. Cualquier cosa antes que desperdiciarlo en flores, en un vestido que únicamente llevarás puesto un día de tu vida y que después guardaras al fondo del armario el resto de tu existencia, en el menú de esos tíos y primos que no ves desde que tenías dos años — y que encima no te darán el cubierto — y en la iglesia.

Petter se levanta de su silla y empieza a dar un discurso en inglés. Todos los miembros de mi familia le prestan atención y guardan silencio, aunque sé de buena mano que las únicas con apellido Bairina que comprendemos lo que dice somos Sara y yo. No creo que nadie más entienda ni un pijo de toda esa cursilería que está diciendo. En esta boda, además, la típica pregunta de “¿vienes por parte del novio o de la novia?” no será pronunciada. Con un rápido vistazo se puede diferenciar la familia de Petter de la nuestra, porque

todos tienen los ojos claros y la piel muy blanca. Nosotros, en cambio, somos morenos, de ojos castaños y piel cálida. Yo soy la única que me desvió un poco de los cánones de los Bairina-Reyes, porque tengo el pelo muy rizado y los ojos de color miel. Petter termina con su discurso pasteloso y mi madre, María, se levanta de su silla para dar otro aún peor. Explica lo feliz y orgullosa que está de mi hermana y lo triste que se pone al recordar que mi padre no puede estar aquí para compartir con ella este día tan importante. Mi padre, que falleció hace dos años de un infarto, era exactamente como yo — o mejor dicho, yo soy exactamente como él — : también odiaba las bodas y la inversión absurda del dinero. Así que supongo que, ahora mismo, será feliz allá donde esté y se sentirá agradecido por no tener que asistir a esta pantomima.

Miro mi reloj nerviosa. Son las tres de la tarde y todavía ni tan siquiera hemos empezado a comer. Mientras los camareros del hotel sacan algunos aperitivos más, aprovecho para hacer cálculos y decidir que, sobre las seis, me marcharé a las oficinas con la excusa de que ha surgido alguna emergencia que mi equipo no puede resolver sin mí. Yo, Violeta Bairina, soy la fundadora de la revista “Amour et vie”, una revista del corazón que nació en una pésima imprenta de Vallecas y que, hoy en día, se ha transformado en una de las más vendidas del país. Por desgracia, yo no soy la accionista principal de la revista. Para poder crecer tuve que vender parte de sus acciones y a día de hoy, el socio capitalista principal es Fernando, mi novio. Sí, ya lo sé, es curioso, ¿verdad? Es una historia larga de contar, así que os lo resumiré diciéndonos que Fernando y yo no nos conocimos hasta que él decidió invertir en mi revista, unificar bajo su nombre un periódico de la actualidad que heredó de su padre y comenzamos a trabajar juntos. Fernando tiene diez años más que yo, viene de una familia poderosa y rica y tiene buen ojo para los negocios y las inversiones. Él es quien se encarga de encontrar nuevos

fichajes, de las cuentas de la revista y de su distribución. Yo, en cambio, soy el alma de la revista; la parte artística, la que estructura el contenido y la que le da vida. Todo el mundo sabe que juntos nos complementamos, que formamos el equipo perfecto y que, además, somos imparables.

— Violeta — me llama mi madre, que se ha sentado en la silla libre que tengo a mi lado — . ¿Qué tal estás, hija? — inquiera, cogiendo el cartelito que hay sobre el plato vacío y repasando las letras del nombre de Fernando con su dedo índice.

— Estoy bien, mamá — respondo con el tono de voz aburrido.

Nunca se me ha dado muy bien fingir y..., además, ya nos conocemos. ¿Por qué guardar las apariencias si estamos en familia?

— ¿Y Fernando? ¿Por qué no ha venido?

— Ha surgido una emergencia en las oficinas y uno de los dos tenía que estar — le cuento, revisando mi reloj de muñeca de nuevo — , aunque al final yo también tendré que irme. Estoy intentando aguantar la comida, pero...

— Ya, ya... Una emergencia — repite mi madre, que obviamente no cree una sola de mis palabras.

El abuelo José murmura algo que el resto de los presentes ni siquiera conseguimos entender. Quiero mucho a mis abuelos, pero tengo que admitir que están muy mayores y que no son, precisamente, el alma de la fiesta. Mi hermana ha sido una cabrona sentándome en la misma mesa que ellos.

— ¿Qué dices, papá? Habla más alto que no te entendemos — le dice mi madre.

Yo con los ojos en blanco, decido probar uno de los canapés de tartar de atún rojo y evadirme de la conversación.

— Que está... con él...

— ¡Que no se te entiende, José! — le grita la abuela Mona, impacientándose.

Yo suelto una risotada y me atraganto con el tartar.

— Que Violeta está... muy guapa — consigue decir, señalando a mi hermana Sara.

— ¡Ay, José... Esa es tu nieta Sara! ¡Violeta está aquí en frente! — grita mi abuela Mona.

Mi madre le da dos palmaditas en la espalda.

— El marido de Violeta es... un buen hombre — farfulla de nuevo.

Yo, con los ojos en blanco, le ignoro. Está muy mayor y por mucho que le intenten explicar que nos está confundiendo no lo van a lograr.

— Déjalo, Mona — le digo a mi abuela — , es mejor no insistir.

Mi madre me fulmina con la mirada y yo le dedico una sonrisa condescendiente. ¿Por qué diablos pasan tan despacio los minutos?

Antes de que mi madre se esfume de la mesa, aparece la tía Margaret de Petter con el pequeño Teo en brazos. Casi me olvido de presentaros a Teo, ¡qué desastre! Pues bien, ese pequeño mocosito y llorón es mi querido y adorado sobrino, el hijo de los novios. Tiene dos añitos, es travieso, revoltoso y... ¿qué os puedo decir que no sepáis? Es un niño. Y la verdad es que a mí no se me dan nada bien.

— ¿Quieres que cuide de él un rato? — propone mi madre.

Es evidente que la tal Margaret no entiende nada de lo que dice. Mi madre me lanza una mirada que se podría traducir en un “¡socorro!” pero yo, que por fin me estoy divirtiendo, no colaboro en traducir la conversación y me mantengo en mi silla como una simple espectadora más. La tía inglesa Margaret le dice a

mi madre — en inglés, claro — que la ceremonia ha sido maravillosa y que el hotel es precioso. Mi madre le responde que “Teo es un amor”, y así siguen un buen rato; intercambiando frases sin sentido con una sonrisa falsa en los labios.

Un buen rato después, la señora inglesa delega la custodia del pequeño en mi madre y desaparece de nuestra mesa. Yo me levanto, le doy un beso en la mejilla a mi sobrino y decido que ya he hecho suficiente acto de presencia.

— ¿Te marchas? — pregunta mi abuela Mona.

Le doy un beso en la frente y le explico que es una emergencia. Después hago lo mismo con el resto de mis abuelos y, antes de que mi madre me pueda echar una reprimenda, me escaqueo hasta la mesa de los novios para darles la enhorabuena y explicarles que me debo marchar. Mi hermana hace pucheritos y me suplica que me quede, y aunque por un instante está a punto de ablandar mi corazoncito, me mantengo fuerte y me excuso diciéndoles que es imposible.

Estoy convencida de que he conseguido esquivar todas las balas cuando, llegando a la puerta, mi madre vuelve a interponerse en mi camino.

— Es la boda de Sara — me recrimina de morros.

— Ya lo sé, mamá... — le respondo, exasperada.

¿Por qué tengo el presentimiento de que va a insistir hasta desquiciarme?

Pero no. Estoy equivocada. En lugar de continuar con el sermón, se acerca hasta mí y me retira del rostro un tirabuzón rebelde que se ha escapado del recogido.

— Eres igualita que tu padre, cariño — me dice con dulzura.

— Lo sé — respondo con una sonrisa.

“Ya queda poco para ser libre...”, pienso para mí misma, soportando la recta

final.

— ¿Sabes lo que me ha dicho tu abuela Mona? — pregunta con el mismo tono de voz cariñoso que ha empleado para referirse a papá — , que le encantaría ver a sus dos nietas casadas antes de morir.

— Yo no voy a casarme, mamá... — aseguro con voz seria. Es algo que siempre he tenido muy claro — . Y la abuela Mona no va a morir.

— ¿Sabes? No tiene porqué ser una boda católica... Podría ser por el juzgado o...

— Mamá, por favor, tengo prisa — la corto, irritada — . Me pensaré eso del juzgado por la abuela Mona, pero no creo que Fernando quiera en absoluto escuchar la palabra “matrimonio”.

Me río y ella se ríe.

Lo que más me gusta de mi madre es eso: que acepta a sus hijas tal y como son.

— Venga, vete... — murmura, justo antes de darme un breve abrazo.

## 2

### *La chica nueva*

“Por fin soy libre”, eso es lo que estoy pensando mientras me subo en mi Audi tt Roadster de color amarillo y me dirijo a nuestras oficinas, que están en un exclusivo edificio de la Avenida de Burgos. Podía haber cogido el metro porque la estación de Chamartín queda muy cerca, pero la verdad es que odio el transporte público con toda mi alma.

Pienso en pasar por casa para cambiarme de ropa, pero decido aprovechar la ocasión y lucir mi despampanante vestido de Carolina Herrera hoy que puedo — aunque es un tanto excesivo y extravagante para ir al despacho, sí — . De camino llamo a Fernando un par de veces, pero no contesta mis llamadas. Supongo que estará reunido con alguno de los distribuidores y desisto en mi intento de contactar con él. Veinte minutos después estoy aparcada en el garaje subterráneo del edificio, sintiéndome libre y feliz por haber conseguido escapar de esa espantosa boda.

Nuestras oficinas ocupan tres plantas enteras, pero los despachos solamente están en la quinta planta. Antes de dirigirme a la sala de reuniones, me deslizo hasta las mesas en las que he puesto a trabajar a mi equipo y reviso el panel de ideas que están creando para el número de agosto. Carla, Luca, Adriana y Mónica son las encargadas de dar vida a todas las descabelladas ideas que cruzan mi mente. Se quedan en silencio esperando mi veredicto mientras yo inspecciono la estructura que han planteado.

— Os dije que quería una nueva columna de preguntas y respuestas en la

sección tres — murmuro sin siquiera mirarles — , y que en la sección de moda quería empezar a meter las nuevas tendencias de las *influencers*. La entrevista a Verónica Fernández no está bien estructurada... — añado, señalando el panel con un lapicero — , quiero sus fotografías en grande y la entrevista a un lado, en una columna a la izquierda.

— Claro, jefa — responde Mónica en casi un susurro — , pero el tema de columna de la sección tres... ¿A quién le pedimos que la escriba? ¿Y cómo comenzamos la columna si no tenemos las preguntas?

— Buscad algún escritor indie que esté de moda y proponedle formar parte de la revista — respondo, repasando la nueva propuesta de la sección de comida saludable — , y las preguntas podéis inventároslas vosotros, pero que sean de desamor — les exijo.

— A tus órdenes — añade Luca con una sonrisa.

Me giro hacia ellos.

Sé que les parezco una bruja sin piedad, pero ser estricta y autoritaria es la única forma que existe para que a una le tomen en serio. Le miro a Adriana de reajo y recuerdo que hace poco me la encontré llorando en los lavabos de señoras. Lola, la de recepción, me dijo que había cortado con su novio de toda la vida.

— ¿A ti no te acaba de dejar tu novio? — pregunto, señalándola con el dedo directamente.

Adriana pestañea, incrédula.

— Sí... — gimotea y, de pronto, tengo la sensación de que está a punto de echarse a llorar de nuevo.

¡Oh, no, por Dios!

— Pues escribe tú las preguntas — le digo, antes de darme la vuelta y

desaparecer por el pasillo.

Respiro hondo y me digo a mí misma que, a pesar del poco tiempo que nos queda, seguro que mi equipo consigue sacar adelante todo. Como siempre.

Paso por la sala de reuniones, pero como está vacía, me dirijo hacia el despacho de Fernando. Irrumpo en su interior y, boquiabierta, me quedo mirando a la rubia de tetas grandes que acabo de pillar sobre su escritorio. Bueno, puede que sea un poco exagerada al explicarlo, pero la verdad, no sé quién es esa chica y tampoco entiendo por qué diablos está recogiendo documentos y restregando sus pechos por delante de mi novio.

— ¡Vaya! — exclama Fernando al verme — . ¿Ya has conseguido escapar? — me pregunta, justo antes de girarse hacia la de los melones — . Raquel, preciosa, ¿puedes salir y dejarnos a solas?

¿Preciosa?

— Claro — responde la rubia con vocecita de niña tonta.

Espero a que salga y cierre la puerta y, cuando ya estamos a solas, camino hasta la silla que hay en frente y tomo asiento fingiendo que ver a esa chica no me ha afectado lo más mínimo.

— Sí, he conseguido escaparme de la boda de Sara — respondo — . Podías haberme acompañado... Sólo ha sido un rato.

Él sonríe con suficiencia y... ¡Ay! ¡Qué guapo está con ese traje negro de Armani y esa camisa gris que lleva con los dos primeros botones desabrochados! Fernando puede tener diez años más que yo, pero es irresistible y todas las mujeres de la revista suspiran cada vez que pasa cerca de ellas.

— Cariño, sabes que las bodas no van conmigo — me dice, guiñándome un ojo y señalándome su regazo para que vaya a sentarme encima de él.

Le devuelvo la sonrisa y me digo a mí misma que de nada sirve enfadarme con él por algo que yo también hubiera hecho en su lugar.

— ¿Y esa prostituta medio desnuda? ¿Quién era? — suelto, mientras rodeo la mesa.

Fernando suelta una carcajada, divertido con mi comentario.

— ¿Prostituta medio desnuda? — repite con una amplia sonrisa — . Es Raquel, mi nueva secretaria. Y que yo recuerde, iba vestida con una falda de tubo y una camisa blanca.

— Veo que te has fijado bien en su ropa — respondo, sentándome sobre sus piernas mientras un nudo se forma en mi garganta — , y sí, con una camisa que llevaba desabrochada hasta la altura del ombligo.

Al sentarme sobre sus piernas el vestido se me sube hasta quedar por la mitad de mis muslos y Fernando aprovecha para acariciar mis piernas con ambas manos.

— ¿Estás celosa, Violeta?

— No soy celosa, ya lo sabes — respondo, obligándome a mantener la compostura — , pero no me gusta la imagen que da esa mujer en mi revista.

— Te recuerdo que es más mía que tuya... — susurra con la voz ronca y sensual.

Fernando sube sus dedos hasta la altura de mis braguitas y yo, confusa, excitada y celosa por partes iguales, me lanzo a su boca. Me besa, me muerde el labio inferior y su lengua se introduce en mi boca mientras sus dedos apartan a un lado mis braguitas de encaje para tener acceso a mi sexo. Cuando él me toca todas las células de mi cuerpo entran en convulsión espontánea y ardo en deseos de que me haga suya ahí donde estemos. Y hoy, por muy enfadada que esté porque haya contratado a una ayudante putón en mi ausencia,

no es una excepción. Separa más mis piernas y masajea mi clítoris muy despacio y lentamente mientras me susurra en la oreja lo bien que me queda el vestido que llevo puesto.

— Pues no me lo rompas — gruño entre gemidos.

Fernando se las apaña para bajar la cremallera de mi espalda con la mano que tiene libre y me desplaza hasta el centro de su regazo, donde puedo notar su dura erección.

— Ssssh... — murmura, tapándome la boca con la mano que, unos minutos antes, estaba en la cremallera.

Suelto una risita y él aprieta más fuerte, silenciándome. Escuchamos cómo el sonido de unos tacones sobre el suelo de baldosa va aumentando hasta llegar al otro lado de la puerta y, expectantes, esperamos inmóviles hasta que pasan de largo. Esto es lo que realmente nos gusta; el morbo, el no saber quién puede aparecer al otro lado de la puerta y el pensar que en cualquier momento alguien puede encontrarnos medio desnudos en posturas calientes y poco apropiadas. Supongo que, en el fondo, a nadie le extrañaría. Toda la oficina sabe, a estas alturas, que somos pareja y que ponemos en práctica el kamasutra detrás de la puerta del despacho.

Fernando me empuja para que me levante y me tumba contra su escritorio, justo encima de un cuaderno de apuntes. Jadeo, excitada, mientras él me desliza el vestido hasta quitármelo del todo y después, se tumba sobre mi espalda para comenzar un reguero de besos que culminan en mi trasero. Coloca una mano sobre él y aprieta mi nalga con fuerza antes de separar mis piernas e introducirse lentamente en mi interior. Así empieza el juego con Fernando: primero muy suave, muy lento, y luego muy fuerte y muy guarro.

— ¿Te gusta así? — murmura, entrando y saliendo con sus dos manos apoyadas en mi espalda.

— Me encanta así... — jadeo, excitada, mientras me pregunto a mí misma qué diablos he estado haciendo perdiendo el tiempo en la boda de mi hermana.

Sus manos se deslizan simultáneamente hasta mi trasero para terminar con ambas palmas abiertas, cada una sobre una de mis nalgas. Las aprieta, las abre y las cierra, las palpa mientras continúa entrando y saliendo. Sé que mi culo le vuelve loco.

— Joder, Violeta — escupe con la voz ronca por el placer cuando empieza a aumentar el ritmo — , Joder... ¡Qué buena estás!

Noto su excitación y eso hace que el calor que recorre mis entrañas aumente aún más.

Continúa penetrándome a buen ritmo, entrando y saliendo. Su mano izquierda se desliza por mi espalda y me pega un tirón de pelo, deshaciendo el recogido que me había hecho la peluquera para la boda de mi hermana. Sujeta mis tirabuzones en el interior de su puño y tira de mi cabeza, obligándome a echarla hacia atrás.

— Joder, Violeta... me corro... — me avisa.

Y yo también estoy a punto.

Fernando es fuerte, salvaje y tan excitante que, sin poder evitarlo, exploto en pequeñas convulsiones al mismo tiempo que él. Me quedo en silencio unos instantes hasta que al final sale de mi interior. Me giro para mirarle frente a frente; me está sonriendo con picardía. Le beso fugazmente en los labios, antes de apartarme a un lado para poder colocarme el vestido y la ropa interior en condiciones.

— ¿Cuánto tiempo se va a quedar? — pregunto con el tono de voz serio.

Fernando, que también se está vistiendo, ni siquiera me mira.

— ¿Quién?

Sabe perfectamente de quién le estoy hablando, pero por si todavía no os habéis dado cuenta su especialidad es hacerse el tonto.

— Ya sabes..., la prostituta.

Él sonríe, satisfecho con mi reacción.

No quiero que se piense que estoy celosa — aunque sí, lo estoy — , pero tampoco me apetece que crea que puede contratar a quien quiera sin consultarlo conmigo.

— Se va a quedar indefinidamente, Violeta. Va a trabajar como mi secretaria particular.

— ¿Secretaria particular? — respondo, incapaz de contener una carcajada — .  
¿Y para qué tenemos entonces a Lola?

Se termina de meter la camisa por debajo del pantalón de traje y, sin alterarse ni un mínimo, me responde.

— Lola es la recepcionista y no da para todo. Ya sabes lo que pasa si le pides que te recuerde una cita... Se satura y termina cogiéndose una baja.

Me planteo si morderme la lengua o soltarle cuatro cosas bien dichas cuando, de pronto, alguien golpea la puerta del despacho. Estoy recolocándome mis rebeldes tirabuzones en condiciones cuando la nueva irrumpe antes de que Fernando tenga tiempo para responder un “adelante”.

— Perdone que le moleste, señor García, pero quería recordarle que tiene una reunión programada en la sala de juntas número dos.

¿Señor García? ¿Pero a quién se piensa que se está dirigiendo?

— Gracias, Raquel.

Ella sonríe, aunque sus ojos aún siguen posados en mí. Seguramente está intentando deducir qué acaba de ocurrir entre Fernando y yo.

— ¡Ah! Y a partir de ahora llámame Fernando, por favor...

— Por supuesto, Fernando — le dice, sonriente — , ¿puedo hacer algo más?

— Por ahora no, gracias.

La rubia tetona se da la vuelta para desaparecer de la habitación pero yo, que no me puedo contener, chisteo para captar su atención.

— ¿Raquel, verdad?

Ella asiente.

— Hasta ahora no ha sido necesario tener un código de vestimenta en la empresa, pero si vuelves a aparecer así vestida en la oficina tendremos que escribirlo o, bien, despedirte. Piénsatelo — escupo con una sonrisa maquiavélica en los labios.

A fin de cuentas, soy la jefa, ¿no? De algo tiene que servir.

La rubia tetona le lanza una mirada de auxilio a Fernando pero, para mi regocijo interior, éste no añade nada más. Sabe muy bien que en esta empresa tengo tanto poder de decisión como él.

— Lo..., lo siento — murmura avergonzada, justo antes de desaparecer.

¡Un punto para Violeta! ¡Cero para la tetona!

### 3

## *Cambios inesperados*

Ayer la reunión fue de pena.

Últimamente tengo la sensación de que Fernando está empeñando en pasarme por encima delante del personal de la oficina y, para qué mentiros, estoy muy disgustada. Sí, lo de la rubia tetona me ha dado mucha rabia. Pero es que, vamos a ver, ¿acaso tengo cara de gilipollas? ¿No, verdad? He necesitado menos de media jornada para darme cuenta de que esa chica no sabe sumar dos más dos y de que, única y exclusivamente, Fernando la ha contratado por su apariencia. ¿Cómo se supone que me debe sentar eso? Aunque, para ser sinceros, lo peor no es la rubia tetona. Lo peor es que en la reunión de ayer Fernando sometió a votación sacar mi nueva sección de “it girls” de la revista. Y yo perdí.

Vender parte de las acciones de “Amor et vie” fue algo que me marcó muy hondo y que me dolió muchísimo. Sabía que necesitaba capital para poder aumentar la distribución a todo el país y que la única solución era vender y encontrar un socio inversor dispuesto a dejarse una pequeña suma en la producción. Fernando fue la clave del éxito y durante un tiempo, incluso, me gustó trabajar con él. Ya sabéis eso que suelen decir: no defeqes en el lugar en el que comes. Pero yo pensaba que, en nuestro caso, trabajar juntos no iba a suponer un impedimento. Me equivocaba. Según va pasando el tiempo me doy cuenta de que ambos tenemos un temperamento agresivo y que, inevitablemente, chocamos. Somos como dos trenes de alta velocidad a puntito

de descarrilar.

La puerta de mi despacho se abre mientras yo estoy tecleando un email para Luca. Necesito que mi equipo me envíe el borrador de la columna cuanto antes y que el contenido sea muy bueno si no quiero que Fer me vuelva a putear en la próxima reunión. Sí, echo de menos aquella época en la que yo era la única con poder de decisión a la hora de rellenar las páginas.

— ¿No tienes ni un segundo para mí?

Levanto la cabeza para fulminarle con la mirada antes de regresar a mis tareas. No sabía muy bien lo disgustada y enfadada que estaba con él hasta que le he visto la cara.

— Venga, Violeta... Deja de comportarte como una niña pequeña, que nos conocemos. Ignorarme no va a hacer que tu pésima sección de “It girls” vuelva a la revista.

— No era pésima — murmuro, aún concentrada en la pantalla del ordenador.

Fernando sabe muy bien cómo hacerme rabiar.

— ¿Por qué no cenamos esta noche? Quiero compensártelo.

— No, gracias — resoplo.

Él suelta una risita. Sabe muy bien que si insiste un poco más terminaré cediendo, pero no antes de que se arrastre por mí.

— Mira, Violeta, perdóname. De verdad — me dice, cerrando la puerta del despacho y sentándose en la silla libre que hay al otro lado de mi escritorio

— . Somos socios y esto es un negocio, así que no puedes tomarte las cosas tan a pecho.

Dejo de teclear y le miro. Está guapo; hoy ha venido vestido con unos pantalones de vestir gris claritos y una camisa blanca bastante ceñida al

cuerpo.

— En realidad, sí puedo.

— Violeta... por favor. Perdóname — me dice, mirándome con ojitos de cordero degollado — , solamente quiero lo mejor para la revista. Como tú.

No es verdad. Sé que no lo es, aunque no lo digo.

“Amour et vie” nació de mi sudor y lo único que Fernando ha aportado ha sido la revistilla que su padre le dejó de herencia — de la que no queda absolutamente nada — junto a una cifra con muchos ceros en la cuenta bancaria. No pierde ni gana nada en esto porque, detrás de “Amour et vie”, no hay ninguna clase de sentimiento. Como él dice: esto es un negocio.

— Invitas tú y hablamos — refunfuño, justo cuando empieza a sonar el teléfono de mi despacho.

Descuelgo y respondo con un breve “¿sí?” mientras Fernando se levanta de la silla para dedicarme una sonrisa y desaparecer por la puerta. La voz de pito de mi madre aparece al otro lado de la línea. Llama para preguntarme qué tal estoy, interrogarme sobre lo que he comido esta semana y, de paso, recordarme que se marcha a Alicante, como todos los veranos. Me dice que, como va a pasar torrándose al sol las próximas semanas y no nos va a ver, quiere hacer una comida familiar este domingo y que vayamos todos — cuando dice todos, en realidad, lo quiere decir es que quiere que vaya Fernando — .

— Pues no sé qué decirte, mamá... Tengo mucho trabajo.

— Pero es importante para mí, Violeta — insiste — , voy a estar sin verte todo el verano.

Supongo que no me queda más remedio que aceptar.

— Bueno, vale... Pero solamente me quedaré a comer — aviso, para que

luego no se lleve un disgusto.

— ¡Genial! — exclama con entusiasmo mientras yo termino de enviar el email a Luca — , ¿vendrá Fernando?

Levanto la mirada del ordenador y la dirijo a la puerta por la que él acaba de marcharse. Fer no es un hombre tradicional y, si de algo huye a toda costa, es de mi familia. El compromiso, en todas sus vertientes, le aterra. Y conocer a mi hermana y a mi madre significaría que lo nuestro es serio, formal y tradicional. ¡Y sí! ¡Lo habéis adivinado! La segunda palabrada que más pánico le da después de “compromiso” es “tradicional”. Supongo que se parece a mí, aunque lo suyo es más extremo.

— No lo creo, pero le preguntaré.

— ¿Quieres que se lo pregunte yo? — propone mi madre.

— No, mamá, no... — le digo, mientras una llamada me entra por la otra línea — , tengo que dejarte, pero luego te llamo. Un beso.

Y sin dejar que se despida, cuelgo y acepto la segunda llamada. Es Lola, la recepcionista, que me llama para avisarme que todos mis candidatos han llegado y están esperando para las entrevistas. ¡Ah! ¿No os lo he dicho todavía? Si Fernando va a tener una prostituta como secretaria particular, yo, Violeta Bairina, haré lo mismo. Pienso contratar al tío más buenorro de todo Madrid y restregárselo por las narices a Fernando cada día hasta que, finalmente, despida a esa furcia.

## *Una aguja en un pajar*

Sé que mi actitud os puede resultar un poco infantil, pero dejad que me explique: no es cuestión de entrar en una guerra, sino de mantener las apariencias a raya. Yo, Violeta, soy la fundadora de esta revista y tengo la sensación de que, desde que llegó Fernando, cada día soy menos respetada entre nuestros redactores. ¿Qué creéis que pensará la gente si ven que Fernando tiene una asistente personal y yo, en cambio, continúo del mismo modo que siempre? Exacto, eso mismo que estáis pensando vosotros, pienso yo.

Necesito estar a la altura.

Y como me veo obligada a contratar a alguien, ¿por qué no decantarme por un chico vistoso que me alegre la vista y que le haga morir de celos a Fernando?

Lola hace pasar al primer candidato, al segundo, al tercero... Y comprendo que mi perfecto y elaborado plan tiene un pequeño fallo; en el anuncio he pedido a un chico de entre treinta y treinta y cinco años con buena apariencia para trabajar como secretario personal en una revista de moda actual. Y me he encontrado con que el ochenta por ciento de los interesados son gays. El veinte restante son adolescentes que acaban de salir de la universidad y que aún no tienen ni pelo en sus partes bajas. Al final, después de hacer pasar a unos diez entrevistados, decido desistir y me levanto de la silla para salir a hablar con Lola. Con mucho pesar, tendré que pedirle que envíe al resto de los presentes a su casa y meditaré en una mejor estratagema antes de convocar más

entrevistas.

— ¿Has encontrado a tu secretario? — se ríe Fernando, que está apoyado contra la cristalera de mi despacho con los brazos cruzados y repasando a los candidatos con sorna.

— Cállate...

Paso de largo, pero él me sujeta por la muñeca para detenerme.

— ¿A las nueve en nuestro hotel?

Me giro para mirarle. Como me está sonriendo pacíficamente, acepto.

— ¿Vamos juntos o llevas tu coche? — pregunta.

— Luego te respondo...

Y sin decir nada más, continúo hacia Lola.

Ella, como el resto de mis empleados, me tiene un pánico atroz. Ya os lo he explicado; no es que me guste ser la arpía de la oficina, pero tengo que mantener la postura de jefa seria e inalcanzable para que rindan, obedezcan y me respeten.

—¿Lola? — la llamo.

Ella deja al instante todos los papeles que tiene entre manos.

— ¿Sí? ¿Paso al siguiente?

Resoplo, angustiada.

— No. Mejor que se marchen.

— Va... Vale — responde, confusa, seguramente preguntándose qué es lo que ella ha hecho mal.

— Ya convocaremos otra ronda de candidatos, pero por hoy es suficiente.

Asiente de nuevo y se levanta del escritorio.

Lola es una de las personas más eficaces de nuestra revista — siempre y cuando no la satures con varias tareas a la vez — y lleva conmigo desde que todo comenzó. Cuando me doy la vuelta para regresar a mi despacho unos ojos azules que me recuerdan demasiado a los de Fernando llaman mi atención. Sonríó mientras repaso al chico de arriba abajo con descaro: alto, musculado, guapo, pelo moreno y ojos claros. Parece un poco joven pero no está nada mal...

— Eres el siguiente — anuncio, señalándole con el dedo índice.

Él pestañea e, imitándome, se señala a sí mismo.

— ¿Yo?

— Sí, tú — respondo, cortante, justo antes de darme la vuelta.

Camino despacio hacia mi despacho y, mientras lo hago, escucho sus pasos detrás de mí. Me siento en la silla de mi escritorio mientras interiormente rezo a todos los dioses porque este muchacho que está cruzando el umbral de la puerta sea hetero. ¡Ay, Dios Santo!

— Siéntate — le ordeno mientras el teléfono de mi mesa empieza a sonar.

Es Lola. La pobre me ha visto pasar con el guaperas de ojos azules y ahora no sabe si tiene que mandar o no al resto a su casa.

— Que esperen — le digo antes de colgar, sopesando si he podido obviar a algún otro eslabón perdido como él.

Le sonrío y me sonrío.

— ¿Cómo te llamas? — pregunto para comenzar.

Él desliza su currículum por encima de la mesa y yo lo recojo.

— Axel — responde.

Le miro y vuelvo a mirar la hoja.

Tiene una voz sexy y ruda, muy masculina. En su currículum veo que se llama Axel Mora, que tiene veintiocho años y que...

— ¿Eres periodista deportivo? — leo en voz alta, sin comprender muy bien cómo ha llegado hasta aquí.

— Sí, señora.

¿Señora?, repito para mí misma, consternada.

Creo que tengo que empezar a vestirme un poco más juvenil.

— ¿Y por qué un periodista deportivo quiere un puesto como secretario personal en la redacción de una revista de moda?

Él sopesa mi pregunta varios segundos antes de responder.

— ¿Quiere que le sea sincero?

Me sonrío al decirlo y yo, que soy tonta de remate y al parecer estoy más salida de lo que pensaba, ardo en deseos de saltar por encima de la mesa y devorarle la boca.

— Claro... Sé sincero — respondo, manteniendo con mucho esfuerzo la compostura — , y tutéame, por favor.

Solamente soy un año mayor que él, así que espero que no vuelva a dirigirse a mí como “señora”.

— No me importa el puesto a desempeñar, solamente quiero trabajar — me explica sin borrar esa seductora sonrisa de sus labios — . Sé utilizar todos los programas de office del ordenador, me desenvuelvo bien con el sistema Linux, hablo un poco de francés, un poco de alemán y me defiendo con el inglés — añade, señalando la parte baja de su currículum para que yo la mire — . Soy un joven bastante bien formado que quiere que sus conocimientos no se

oxiden estando en paro.

— Veamos, Axel... ¿Sabes que esto es una revista de moda, no?

Él asiente.

— ¿Y qué sabes de moda?

— Tengo una hermana pequeña de diecinueve años — responde con rapidez, reprimiendo una risita.

— ¿Y si te digo que solamente sacarás fotocopias y me traerás el café? Tus conocimientos también terminarían oxidándose...

Él, muy serio, asiente.

— Será mejor que se oxiden aquí que en mi casa, ¿no?

Me gusta. Me gusta mucho, además.

Es rápido, tiene conversación, parece vivaz y resulta más que evidente que está preparado para comerse el mundo a bocados. Sonrío para mis adentros diciéndome que yo, a diferencia de Fer, no contrataré a una cara bonita con un güito a modo de cerebro. Este chico promete.

— Tienes razón, mejor que se oxiden aquí — le digo con convicción, antes de descolgar el teléfono.

— ¿En serio?

Asiento mientras marco el número de recepción. Dos segundos después del primer pitido Lola responde la llamada.

— Mándalos a todos a sus casas — le anuncio, más feliz que una lombriz.

— ¿Y cuando empiezo? — inquiera con entusiasmo.

— Ahora mismo.

Cuelgo, saco el teléfono móvil y, sin pensármelo dos veces, le escribo un

mensaje a Fernando para comunicarle que ya tengo secretario nuevo y que necesito que la gente de laboral redacte su contrato lo antes posible.

Muy bien... Que empiece el juego.

## 5

### *Distracciones en el trabajo*

Luca no tarda demasiado en presentarme el borrador de la columna, así que el resto de la mañana la dedico a repasar los archivos que me ha enviado y a llenarlos de tachones rojos.

He ubicado a Axel en mi despacho, pero solamente será algo temporal. Como no sabía muy bien qué labor podía encomendarle en su primer día, le he pedido que revise antiguos números de la revista para que vaya familiarizándose con ella. Él, muy profesional, parece leer concienzudamente cada artículo que nuestros redactores han escrito mientras yo procuro no distraerme con esos ojos azules tan intensos.

Dos golpes secos contra la puerta nos distraen.

Antes de que abra la puerta ya sé quién es: Fer, como no.

— ¿Cómo va tu plan de venganza? — me pregunta antes de caer en la cuenta de que el chico nuevo está aquí presente.

Sonrío con malicia.

No es sano, pero me encanta provocarle.

— Va de maravillas, como puedes ver — anuncio con una sonrisa de satisfacción —. ¿Cómo va tu mañana? Espero que Raquel esté resultando productiva.

Axel parece no prestar atención a la conversación, aunque sé que en el fondo

se estará preguntando si estamos hablando de él.

— Mucho. Te lo puedo asegurar... — el tonito con el que me lo dice no me hace demasiada gracia, pero no pienso darle la satisfacción y que lo note — , ¿has pensado en lo que te he dicho antes?

¿Para eso has venido?, me pregunto a mí misma. Podía haberme enviado un email o haberme escrito un mensaje al móvil, pero no. Sé muy bien que ha optado por venir para poder tenerme vigilada.

— Iré en mi coche. Mejor te veo allí.

Fernando le lanza una mirada al nuevo.

— Axel — se presenta mi chico.

“Mi chico”, repito, riéndome en mi interior. Suena muy bien.

— Soy Fernando García — responde, teniéndole la mano — . Socio capitalista y accionista mayor de “Amor et vie”. Y veo que tú eres el nuevo fichaje de Violeta...

¿Por qué aprovecha cada ocasión para dejar claro que él es el socio mayoritario de la revista?

— Así es, señor — responde con educación.

Me regodeo internamente.

Mi chico, Axel, va bien vestido, es guapo pero no vulgar y encima sabe comportarse como Dios manda. Nada que ver con la prostituta que lleva dos días paseándose por las oficinas.

— Nos veremos por aquí, supongo — se despide Fernando sin dirigirse a mí justo antes de abandonar el despacho.

Le dedico una sonrisa fugaz a Axel y, sin dar importancia a lo que acaba de suceder, vuelvo a centrar mi atención en la corrección que tengo entre manos.

— Pensaba que tú eras la jefa.

Levanto la cabeza de la pantalla para mirarle.

— Y soy la jefa.

— Ya... — responde, encogiéndose de hombros.

— Soy la fundadora de esta empresa, Axel. Y espero, algún día, ser la única propietaria de esta revista — explico brevemente.

Él asiente y no añade nada más.

El resto del día pasa con notoria tranquilidad, cosa que yo agradezco.

Como el tiempo es algo que siempre escasea por aquí, decido comer un par de sándwiches en la cafetería de abajo para evitar tentaciones y no entretenerme más de la cuenta. Mi madre vuelve a llamar un par de veces más a lo largo de la tarde para intentar sonsacarme qué opina Fer de la comida del domingo. Yo, muy pacientemente, le explico que aún no he tenido ocasión de hablar con él; pero no sirve de nada.

— Siempre me dices lo mismo y al final todo termina en una excusa de última hora.

— Mamá, le diré que es importante para ti. Lo prometo — aseguro, esperando que de esa manera su insistencia mengue.

A las cinco de la tarde, muy a mi pesar, envío al guapo de Axel a casa y le digo que puede cogerse el resto del día libre. Las horas de hoy nadie se las va a pagar porque, simplemente, han sido una primera toma de contacto; así que no me parece lícito tenerle una jornada completa aquí metido.

Cuando me quedo sola me doy cuenta de que ha apartado un grupo de revistas y las ha amontonado en una columna junto a mi escritorio. No puedo contener mi curiosidad, así que cojo una de ellas y le echo un vistazo a los apuntes y

garabatos que ha ido haciendo en todos los artículos. Ha marcado algunas viejas secciones que hace tiempo suprimimos y varias columnas que, hoy en día, tampoco existen. Releo alguna de ellas con una sonrisa nostálgica en los labios y me digo a mí misma que Axel tiene muy buen gusto. Sospecho que además de ser una cara bonita paseándose por la oficina — cosa que las féminas de este lugar me agradecerán — , también resultará de utilidad.

A las ocho de la tarde, después de una muy dura y larga jornada laboral, apago el ordenador para dirigirme al hotel.

## 6

### *Reconciliación*

Fernando es un chico peculiar.

Siempre ha tenido todo lo que ha querido y más porque sus padres se encargaron de ello, lo que ha derivado en un adulto caprichoso, egoísta, envidioso, testarudo pero, a su vez, muy trabajador. Cuando se fija un objetivo tiene que conseguirlo, sí o sí, y eso es algo que me encanta de su forma de ser y que también compartimos. Si me hubiera rendido cada vez que alguien me habría dicho “no puedes hacerlo” hace tiempo que tendría que haber tirado la toalla y ahora mismo no estaría donde estoy.

He llegado la primera, así que me acomodo en mi silla y le pido al camarero que me traiga una copa de champagne. Sí, creo que hoy me apetece cenar con champagne.

A este sitio siempre le llamamos “nuestro hotel” porque fue el lugar en el que pasamos nuestras primeras noches furtivas. Cuando Fer y yo comenzamos a salir no queríamos que la gente de nuestro alrededor fuera partícipe de ello, así que intentábamos huir de los medios pero, sobre todo, de nuestros empleados. Los redactores de prensa rosa suelen ser más cotillas de lo que pensáis. Este lugar me encanta porque, entre otras muchas cosas, está ubicado en el centro y es lo suficiente exclusivo para poder pasar una velada tranquila. Además, las habitaciones son una maravilla y el personal tiene un trato

exquisito.

Pensativa, me acomodo junto a la cristalera y dejo que mi mirada se pierda entre las luces y los edificios más altos de Madrid. No importa la hora que sea porque Madrid nunca duerme y siempre tiene vida a su alrededor, así que tanteo la mirada entre los transeúntes más curiosos que encuentro por la acera de enfrente mientras degusto mi copa.

— Violeta — me saluda Fernando al llegar.

Se acerca a mí, me besa en la mejilla y después se quita la chaqueta antes de sentarse en la silla que tengo en frente.

— ¿Se te ha hecho tarde en la oficina? — pregunto con retintín mientras la tetona de su secretaria acude a mi mente.

¿Sería Fernando capaz de tener un lío con esa mujer? No. Definitivamente, no. Él, que ha notado mi desasosiego, sonrío.

— ¿Tanto te molesta que tenga una secretaria, Violeta? No te consideraba una mujer tan insegura.

Aprieto los puños por debajo de la mesa y asiento, procurando quitarle hierro al asunto.

— Me es indiferente tu secretaria — miento con el tono de voz serio — , pero no me gusta que me hagan esperar.

Él desliza el brazo por encima de la mesa y entrelaza sus dedos con los de mi mano. Me sonrío y me doy cuenta de lo guapo que es. Fernando me recuerda Hugh Laurie, aunque es mucho más sexy y su sonrisa mucho más irresistible.

— Deja que luego te lo compense. He reservado la habitación que te gusta... La suite del jacuzzi.

Frunzo el ceño y lo repaso con cierta desconfianza.

— ¿Por qué?

— ¿Qué por qué he reservado la habitación? — repite, confundido.

— Sí. Podíamos haber ido a mi casa. O a la tuya.

La última vez que pasamos una noche en este hotel aún no habíamos hecho pública nuestra relación en la oficina y procurábamos ser discretos.

— Bueno, vale — dice, encogiéndose de hombros —, si lo prefieres puedo cancelar la reserva.

Suspiro hondo y me digo a mí misma que me estoy comportando de forma absurda y poco habitual, así que niego rotundamente y le reitero.

— No te preocupes... — admito —, es genial que hayas reservado habitación.

Después de eso, hago un esfuerzo sobre humano porque mi humor mejore y porque la cena continúe en paz. Y creo que lo consigo. Eso sí, no soy capaz de sacar a coalición el asunto de la cena del domingo. Sé que mi madre está deseando conocer a Fernando y que no parará hasta conseguir que lo presente en “sociedad”. Temo que, si no acude el domingo, se vuelva loca y comience a buscar absurdas excusas para convocar una reunión familiar detrás de otra.

Pero también sé que Fer no es de los que van a comer a casa de su suegra con un ramo de flores. Además, estoy convencida de que ni siquiera le ha hablado a su propia madre de mí.

Compartimos un *coulant* de chocolate y pedimos la cuenta. Como es habitual, pagamos a medias y nos dirigimos hacia el ascensor de la entrada. Fernando se despide de la recepcionista antes de que las puertas se cierren y de que el ascensor comience a subir hasta la última planta. Subimos en silencio y eso me deja margen para volver a torturarme con la tal Raquel, la secretaria. Sé que a Fer le encanta sentirse guapo y que las chicas le miren con deseo; en

definitiva, le gusta tontear. Le encanta. Así que no sé muy bien cómo tomarme que haya contratado a esa mujer y que me la esté restregando en la cara.

— Te noto distraída — susurra, besándome muy despacio en el cuello.

Sonrío con tensión.

— Para nada — vuelvo a mentir.

Fernando desliza su mano por mi muslo derecho, subiéndome levemente la falda hasta llegar a mi ropa interior. Me toca el trasero y reprime un gemido en mi oreja un segundo antes de que las puertas del ascensor se abran.

— Estoy deseando arrancarte la ropa — me dice al oído, comiéndome con la mirada.

Un cosquilleo recorre mis entrañas y soy consciente de que cualquier clase de angustia ha quedado atrás para dejar paso a la excitación. Me sujeta por la cintura y echamos a caminar en dirección a la suite, que es la que más al fondo está y la que mejores vistas tiene de esta planta.

— Quería comentarte una cosa... — me aventuro mientras él abre la puerta.

— ¿Qué pasa?

— Mi madre ha organizado una pequeña comida este domingo y le gustaría que pudieras asistir.

Suspira.

“Oh, mala señal...”, me digo a mí misma.

— ¿Por qué no lo hablamos más tarde? — susurra Fernando, empujándome al interior de la habitación.

Supongo que mi insistencia no servirá de mucho así que acepto. Él se acerca hasta mí, me besa en el cuello y desliza su mano por encima de mi blusa. Tira de ella para sacarla del interior de mi falda e introduce sus juguetones dedos

por debajo para palpar mi espalda. Sus labios recorren mi clavícula lentamente y yo ahogo un suspiro de placer. Me empuja hasta el sofá de cuero negro antes de abalanzarse sobre mí y comenzar a desnudarme muy lentamente. Me quita la blusa y la falda y, mientras él lo hace, yo le desabrocho muy lentamente los botones de su camisa. La temperatura de la habitación sube con mucha rapidez y la excitación aumenta en mi interior. Fer es... demasiado sexual. Le encanta jugar, disfrutar y probar cosas diferentes. Dos encuentros con él nunca resultan iguales y eso hace que sea tan explosivo e enigmático. Ambas cosas al mismo tiempo. Me besa con una sensualidad y un romanticismo poco habitual y yo me deshago entre sus brazos, consciente de que me está proporcionando justo lo que más necesito. Me quiero sentir importante, especial.

— Vamos al jacuzzi... — me dice, tirando del cierre de mi sujetador para desabrochármelo.

Se levanta del sofá en bóxers, camina hasta el jacuzzi y gira los grifos de ambas temperaturas. Yo me quedo observándole sentada en el sofá. Fer es... irresistible. Además, hoy no sé qué diablos ocurre conmigo que estoy excesivamente sensible y todo parece afectarme más de lo normal: lo de la secretaria, que no quiera conocer a mi familia, que no le guste etiquetar nuestra relación... Supongo que antes de esto ya sabía muy bien dónde me estaba metiendo, pero sospecho que mis sentimientos hacia él cada día son mayores y que quiero más. No necesito una relación convencional ni que me pida matrimonio de rodillas bajo la luz de las velas, pero creo que necesito algo más de seriedad. De seguridad. Quiero sentir que soy la única y que nuestro compromiso es firme.

— Ven aquí, Violeta.

Me levanto con las piernas temblorosas y dejo caer mis braguitas al suelo,

quedándome totalmente desnuda frente a él. Puedo ver la lujuria en los ojos de Fer, así que haciendo uso de todas las armas de las que dispongo, me deshago el recogido con sensualidad provocando que mis pronunciados tirabuzones se deslicen por mi espalda. Sonrío y él me sonríe con complicidad.

— No estamos en igualdad de condiciones — señalo con la mirada clavada en sus bóxers.

Fer, que está agachado junto al jacuzzi, se levanta y se desliza el calzoncillo con rapidez para quedarse tal y como su madre lo trajo a este mundo. Su firme y dura erección me saluda con un breve movimiento y yo, excitada, doy un paso al frente para acortar distancias.

— ¿Ves? Todo tiene solución... — murmura con la voz ronca, repasándome de arriba abajo — . Entra dentro.

— ¿Yo primero?

— Sí.

Me muerdo el labio y, con un cosquilleo recorriéndome el vientre, me introduzco en el interior. El agua está templada y el jabón huele dulce, a flores. La sensación es agradable, así que me hundo, tumbándome en el fondo, justo cuando Fer acciona las burbujas del jacuzzi. Espero a que él también se meta en la bañera y me coloco sobre sus piernas para poder rodear su cuello con mis brazos. Le beso con pasión y ansia mientras sus manos impacientes recorren mi húmeda piel. Mi espalda, mis hombros, mis pechos... Me toca entera, disfrutando de cada centímetro de mi cuerpo mientras yo me balanceo suavemente sobre él. Me doy cuenta de que el agua del jacuzzi se está desbordando con mis movimientos, pero aún así no me detengo. Fernando baja sus manos hasta mi trasero y me levanta lentamente para volver a sentarme... pero esa vez guiando su miembro hasta mi sexo. Yo, que soy la que marca el ritmo, me hundo muy lentamente disfrutando de cómo me penetra y comienzo a

moverme suavemente, hacia delante y hacia atrás. Fer deja las manos en mis nalgas y las masajea suavemente mientras su boca se entretiene succionando mi pezón izquierdo. Estoy tan húmeda y excitada que sé que en cualquier instante explotaré. El tiempo desaparece, la angustia que minutos atrás había sentido queda en el olvido y, de pronto, solamente existimos nosotros y el jacuzzi. El agua que sube y baja, mis movimientos, sus manos tocándome, sus labios besándome y todas las células de mi cuerpo reaccionando a su proximidad. Todo es tan romántico y diferente que ni siquiera parece ser Fernando quien me está sujetando entre sus brazos con tanta dulzura.

— Joder, Violeta... — murmura con la voz ronca antes de morderme el lóbulo de la oreja — , me voy a correr...

Su aviso hace que mi excitación aumente y que mis movimientos sean más rápidos y ansiosos. Me muevo hacia delante y hacia atrás con los ojos cerrados mientras Fer jadea en mi oreja y me aprieta el trasero con fuerza, haciendo que mi ritmo aumente aún más hasta que exploto sin poder ahogar un grito de placer. Él se resiste para darme unos segundos de ventaja antes de estallar en mi interior.

— No sabes lo cachondo que me pone tu culo, Violeta — me dice, rendido, justo antes de que ambos saltemos en carcajadas.

*Ética y moral*

La siguiente mañana el despertador suena a las siete, recordándonos que la oficina, nuestros empleados y la revista no perdonan ni un solo madrugón. Me desperezo con rapidez y abandono los brazos de Fernando para salir corriendo a la ducha. Mientras me enjabono el cuerpo me doy cuenta de que tendré que asistir al trabajo sin maquillar y con la misma ropa de ayer, cosa que no me hace ninguna gracia. No, no es que sea excesivamente presumida... Pero sé que el hecho de acudir dos días con la misma blusa levantará rumores entre la gente.

— ¿Vas a pasar por tu casa? — me pregunta Fer.

Asomo la cabeza por detrás de la mampara para observarle; se ha vestido con rapidez y está preparado para marcharse.

— No me da tiempo — admito, encogiéndome de hombros.

— Bueno, pues yo me marchó. Creo que podré darme una ducha y estar allí antes de que Raquel llegue — me dice, asomándose para darme un breve beso en los labios con sabor a pasta de dientes mentolada.

¿Y qué más da si la secretaria putón llega antes o no?, me pregunto a mí misma, evitando decírselo a él.

— Pues... hasta luego, supongo.

Fernando me grita un “adiós” y, segundos después, escucho un leve portazo que me indica que ya me he quedado a solas. Y eso, de alguna forma, me recuerda nuevamente que el tema de la comida del domingo se ha vuelto a quedar en el aire.

Me seco el cabello haciendo que mis rizos vuelvan a su estado natural, me visto con rapidez y me calzo los tacones para abandonar pitando la habitación. Me pongo feliz al recordar que la noche anterior acudí en mi coche, porque eso significa que no tendré que perder el tiempo esperando un taxi.

Cuando salgo del garaje del hotel la ciudad de Madrid me saluda salpicando mi parabrisas con gotas de lluvia y con un cielo grisáceo que no parece tener intención de desencapotarse en las próximas horas; pero no me importa lo más mínimo porque, a pesar de la rápida despedida con Fer, hoy he amanecido de buen humor.

El condensado tráfico de cada mañana me hace llegar a la oficina con veinte minutos de retraso, así que para cuando cruzo mi planta hasta llegar al despacho todo el personal está en sus respectivos puestos y las miradas presentes se giran hacia mí. Seré el cuchicheo matutino, seguro.

— Joder... — murmuro cuando por fin me quedo a solas en mi despacho.

O al menos, yo pensaba que estaría a solas.

— Buenos días, jefa — me saluda Axel con una sonrisa y un café en la mano — . No sabía cómo querías el café, así que te lo he traído con leche y edulcorante.

— Me gusta cortado y con azúcar moreno — le respondo con una sonrisa — , pero estoy demasiado dormida como para notar alguna diferencia — añado, guiñándole un ojo.

Ver esos ojitos azules y esa sonrisa tan pícaro acaba de alegrarme aún más el

día.

— ¿Has dormido fuera?

¡Qué rápido es!

Intento buscar una excusa rápida porque decir que he pasado la noche en un hotel no suena demasiado bien.

— He dormido en casa de mi madre... Ya sabes, hay que cumplir con la familia.

Me siento como una adolescente excusándose después de una noche de fiesta y no puedo reprimir una risita nerviosa. Me bebo el café de dos tragos y, aún un poco adormilada, voy encendiendo el ordenador para revisar las tareas que tengo hoy pendientes.

— Violeta... — murmura Axel — , he pensado que, como secretario personal, debería tener acceso a tus emails y a tu agenda para poder llevar al día tu horario laboral.

Lo medito unos instantes y finalmente, asiento.

No me gusta que nadie tenga acceso a mis documentos pero supongo que será necesario concederle el privilegio a Axel si pretendo que desempeñe su labor en condiciones. Sin dudar demasiado, levanto el auricular del teléfono y marco la extensión de recepción.

— ¿Lola?

La pobre mujer me responde con cierto agobio, así que deduzco que tendrá una de esas horribles y complicadas mañanas.

— Dime.

— Quiero que le traigas a Axel un ordenador portátil y una tablet — ordeno — , y pídele a mi equipo que se pase por mi despacho cuanto antes.

— Sí, claro, pero...

Suspiro hondo, calmándome.

Ese “pero” suena a problemas.

— ¿Pero, qué?

— ¿De dónde quiere que saque un portátil y una tablet?

Intento no perder los nervios.

— Ése es tu problema, no el mío — respondo con seriedad — . ¡Ah! Y date prisa, Lola.

— Sí, sí... — murmura con angustia, antes de colgar.

Diez minutos después, Lola consigue una tablet del departamento de redacción y se acerca a mi despacho para entregársela a Axel y para comunicarme que, en diez minutos, mi equipo se pasará por el despacho. De paso, me comenta que el asunto del portátil se le está resistiendo y que espera conseguir uno antes del descanso del mediodía. Le doy a Axel los datos de mi email de la empresa y le muestro la manera más sencilla de acceder a mi agenda personal. Por primera vez, soy consciente de que en ella no solamente tengo anotadas las citas y las reuniones laborales, sino también asuntos de mi vida personal como, por ejemplo, a qué hora tengo cita en la peluquería o cuándo me debe de venir el periodo. Por unos instantes no puedo evitar ruborizarme, pero después decido actuar con naturalidad. A fin de cuentas, Axel va a ser mi mano derecha y eso implica que tendré que darle un voto de confianza adicional al resto.

— ¿Quieres que responda alguno de los emails en tu nombre?

— Sí, puedes responder los mensajes que están catalogados con una tarjetita azul o verde, pero no en mi nombre. Fírmalos con tu nombre y añade una breve descripción bajo él donde se especifique que formas parte del secretariado de

la dirección.

Axel toma nota y asiente.

Después le muestro cómo puede acceder a los archivos que todo el personal va colgando en la nube y, cuando Luca, Carla, Adriana y Mónica aparecen para notificarme los nuevos avances, aprovecho para que pongan al día a Axel sobre los proyectos que tenemos en marcha.

Fer llega a las oficinas muy tarde, casi a las diez y media. Lo sé porque desde la cristalera que tengo frente al escritorio le puedo ver paseándose de un lado al otro con la rubia tetona — que, para variar y no aburrir, hoy también va enseñando el culo y las tetas —. Me da rabia admitir que estoy celosa e intento negármelo a mí misma, pero no puedo. Es ver cómo se pasea con esa chica y mi humor, automáticamente, se transforma.

Soy consciente de que necesito una dosis más alta de cafeína para poder enfrentarme a esas vistas e, ignorándoles, me levanto del escritorio para salir disparada a la sala de descanso.

— ¿Quieres que te traiga un café? — le pregunto a Axel por cortesía, aunque en realidad no consigo apartar los ojos de la rubia tetona.

El teléfono fijo de mi escritorio empieza a sonar justo antes de que el chico pueda responder. Retrocedo unos pasos hacia atrás para mirar el número que muestra la pantalla y, como es mi madre, decido ignorarla. Mejor la llamo más tarde... A fin de cuentas, sé de buena mano lo que me va a preguntar y aún no tengo una respuesta para darle.

— Mmm... ¿Te puedo acompañar? — pregunta con esa sonrisa de chico bueno que me hace ver las estrellas —, necesito estirar las piernas.

Asiento y le guiño un ojo.

Tengo una leve sospecha de que esta peligrosa dinámica que Axel y yo

estamos adquiriendo no terminará en buen puerto. Pero la necesito como el aire para respirar si no quiero perder los estribos y lanzarme como una leona salvaje a la yugular de la tal Raquel. Al cruzar el pasillo les vemos; Fer está tan impecable como siempre. No importa que su cabello se esté tiñendo levemente de canas porque esos ojazos y ese porte elegante, misterioso y sensual son capaces de hacer enloquecer a cualquier fémica. Es innegable que todas las mujeres de la oficina pierden la cabeza por Fernando, independientemente de la edad que tengan. Recuerdo que, unos meses atrás, llegó a la sección de maquetación una joven de prácticas que tendría, como mucho, veinte añitos. Yo no le sacaba ni una década, pero para Fernando era una niña. Y esa pobre cría perdió la cabeza por Fer de tal manera que, al final, tuvimos que mandarla a la calle antes de que terminase las horas reglamentarias de prácticas.

Raquel, en cambio, contrasta salvajemente con la elegancia de Fernando. Va vestida con una minifalda gris y una blusa negra que luce con los primeros botones del escote desabrochados. Va enseñando todo, como no.

— Axel, ¿qué opinas de los códigos de vestimenta?

— Me parecen correctos — me responde, desviando la mirada hacia el mismo punto que yo — , y si te refieres a Raquel aún más. Yo aún no llevo ni un día aquí y ya he escuchado de todo sobre su culo y sus tetas.

Me quedo plantada en mitad del pasillo, observándole con seriedad sin poder creerme lo que acaba de decir.

— ¿Estás hablando en serio? ¿Quién ha hecho ese tipo de comentarios?

Axel dibuja una mueca de medio lado que me derrite al instante — aunque yo, que soy muy profesional, mantengo la compostura — .

— Si te lo digo seré el chivato y nadie volverá a dirigirme la palabra — me dice muy serio — , pero como soy tu secretario y te debo fidelidad absoluta, te

lo contaré... — admite, acercándose a mi oreja para poder susurrarme al oído — . Todos. Absolutamente todos los tíos, y algunas tías también, dicen que Raquel está cañón y que tiene una buena follada.

Abro los ojos como platos y, sobresaltada, me giro para observarle. Estamos tan cerca el uno del otro que nuestros labios se han quedado separados por unos milímetros de distancia.

— ¿Es broma? — pregunto con un nudo en la garganta.

— No... — asegura sin sonreír, muy serio — . ¿Quieres saber qué más dicen?

Dudo.

No sé si seré capaz de soportar algún rumor del estilo de “Raquel y Fernando son amantes”. Creo que terminaría tirándome por la azotea del edificio.

— ¿Hay más?

Axel asienten.

— Dicen que me has contratado para vengarte de Fernando — susurra, tan cerca de mí que su mejilla roza mi piel. Axel estira un brazo alrededor de mi cintura y yo, inmóvil, no sé si apartarme y darle un buen tortazo o devorarlo la boca — , y si es cierto y quieres que funcione... Quédate donde estás y sonríe.

— ¿Cómo? ¿Qué sonría?

— Sonríe, Violeta... — susurra con voz sensual, pegándose a mí aún más — , Fernando nos está mirando fijamente y no parece muy contento con que yo esté tan cerca de ti, ¿no?

Miro a Axel y me doy cuenta de que sus ojos están chispeando de la emoción; le gusta el juego, lo intuyo. Después lanzo una mirada fugaz hacia Fer y confirmo que, en efecto, nos está escrutando con semblante serio y parece que, de un momento a otro, comenzará a echar humo por las orejas.

— No te he contratado para esto, Axel... — aseguro en voz baja para que solamente él pueda escucharme.

— ¿Entonces por qué sigues a mi lado? ¿Por qué no quitas mi mano de tu cintura?

¡Joder, estos niños de hoy en día!

No se les escapa una, ¿eh?

Carraspeo, suelto una risita tonta en voz alta para que Fer pueda escucharme y después retiro a Axel con normalidad para poder continuar en dirección a la sala de descanso.

Cuando llego cierro la puerta tras de mí y, con la respiración agitada, me pregunto qué diablos está pasando conmigo. Esto que estoy haciendo es demasiado peligroso. Puede que levante sospechas en Fer, que se ponga celoso y se dé cuenta de que esta relación tan liberal no le gusta y que, finalmente, termine despidiendo a Raquel y suplicándome que haga lo mismo con Axel, sí. Pero antes de llegar a ese punto, ¿qué ocurrirá? Que toda la oficina se convertirá en un hervidero de cotilleos. Y no me gusta nada.

Estoy seleccionando el azúcar del café cuando la puerta se abre y Fernando irrumpe tras ella. Tiene la mandíbula tensa y parece enfadado.

— ¿Qué cojones acaba de pasar ahí, Violeta?

Retiro mi vaso de la máquina, dibujo la mejor de mis sonrisas y, con cara de niña inocente, me giro hacia él.

— ¿Ahí, dónde? — inquiero — , no me he enterado. ¿Qué ha pasado?

Fer se pasa una mano por el cabello. No parece muy contento, así que deduzco que el truquito de Axel ha funcionado bastante mejor de lo que yo podía haber imaginado.

— ¿Te has acostado con él?

Enmudezco al escuchar eso.

— ¡No, por Dios! — exclamo con indignación — . ¿Cómo se te...?

— ¿Qué esperas que piense la gente, Violeta? Esto es una oficina... Y no me gusta lo que estoy viendo.

Fernando comienza a caminar por la sala y, mientras lo hace, se afloja levemente la corbata.

— Mira, Fer — comienzo, procurando no perder los papeles — , has traído a esa chica sin importarte qué pensarían o no, así que ahora no me vengas con códigos morales, porque tú has sido el primero en pasarte todo por...

— Violeta, ¿todo esto son celos? ¿De verdad? — me pregunta, acercándose a mí — . No te creía tan infantil.

Suspiro hondo.

Sabe muy bien que de esa forma consigue hacerme daño y está aprovechando para atacar donde más duele.

— Fernando, tú has sido el primero que ha levantando rumores entre el personal. ¿Qué esperabas que pensase la gente después de que contratases a una chica que se pasea semidesnuda por tu despacho? No vengas a darme lecciones, porque no estás libre de pecado.

Me sostiene la mirada y yo, envalentonada, aguanto el pulso como mejor puedo. Tengo ganas de derrumbarme y echarme a llorar, pero no lo hago porque sé que eso le dará poder.

— ¡Joder, Violeta! — exclama enfurecido.

¿Pero qué diablos se piensa? ¿Qué él es libre de actuar como le venga en gana y que yo tengo que comportarme a su antojo? Pues no. Las cosas no funcionan así... Y después de esta pequeña charla, tengo más claro que nunca que me

importa un comino lo que los empleados puedan llegar a pensar.

— No me des lecciones, Fer.

Lo digo con un tono de voz tan serio que incluso yo me sorprendo.

Su rostro se ablanda y, finalmente, levanta la mano y la posa sobre mi mejilla con suavidad.

— Tienes razón... Tienes razón — admite —. ¿Comemos juntos y lo hablamos?

La respuesta correcta sería un “no, estoy ocupada y me es imposible”. De esa manera seguiría metida en mi rol de chica dura e inaccesible y adelantaría un poco de trabajo, pero en el fondo todos sabemos lo que hay y que, en realidad, estoy muriéndome por sus huesos.

— Claro, te veo luego.

## 8

### *Qué comer*

El resto de la mañana procuro mantener las distancias con Axel y dejar que se desenvuelva él solito con las tareas que le he encomendado. Debo admitir que cuanto más le miro, más parecido le saco a Fer — en su versión joven, claro — . Los ojos. Ésa es la clave de su parecido. Ambos tienen esa mirada tan... tan... tan sensual.

Mi madre vuelve a llamar otras tres veces más, así que al final termino pidiéndole a Lola que no me pase sus llamadas y decido que hablaré con ella cuando me marche a casa. Ahora mismo tengo la cabeza a mil revoluciones y no soy capaz de introducir en el coctel de pensamientos diarios una preocupación más.

Estoy revisando los artículos, columnas y secciones que Axel considera que deberían regresar a la revista cuando él me interrumpe.

— Jefa, me has dicho que conteste los emails con tarjeta azul y amarilla, pero...

— ¿Qué pasa?

Los importantes — aquellos que contienen palabras clave como “reunión”, “negocio”, “propuesta”, se catalogan automáticamente en rojo. Lo mismo pasa con las direcciones de correo electrónico de socios, distribuidores, empresas

colaboradoras, etc... — .

— Ha entrado un email en azul y es de... bueno, del señor García.

— ¿De Fernando? — pregunto, sorprendida, mientras saco mi teléfono móvil para comprobar si me ha escrito.

Pocas — por no decir nunca — veces me ha enviado un mensaje por email. Pero no, en mi móvil no tengo nada.

— ¿Quieres que... te lo lea?

— Supongo que tú ya lo has leído, ¿no? — Axel asiente — , pues entonces adelante.

— “He pedido comida china y está a punto de llegar. Te espero en el despacho... He pensado que nos gustaría tener intimidad”.

¡Qué cabrón!

Nunca, jamás, me había enviado un email de ese estilo. Debe de saber que Axel controla la bandeja de entrada de mi correo electrónico.

— Respóndele un “ok” y no añadas ninguna firma, Axel. Gracias.

Aspiro, respiro, e intento relajarme.

¿Por qué tengo la sensación de que este tira y afloja va a terminar con mi cordura?

— Te veo luego — anuncio, levantándome del escritorio para abandonar el despacho.

— Hasta luego, Violeta — me dice a modo de despedida.

Antes de dirigirme al despacho de Fernando me escabullo a los lavabos de señoras. Me veo pálida y no tengo buena cara, pero es normal teniendo en cuenta que hoy no llevo ni gota de maquillaje. Saco el colorete del bolso, avivo un poco mis mejillas y me recojo los tirabuzones en una cola de caballo

antes de salir.

Fer me está esperando con la comida en la mesa y una sonrisa traviesa en los labios.

— ¿Tallarines o arroz?

— Tallarines — respondo con decisión, cerrando la puerta tras de mí — .  
¿Por qué has enviado un email?

Una sonrisa maquiavélica se ensancha en sus labios y antes de que pueda decir nada, sé cuál será su respuesta.

— Comodidad — responde resuelto — , tenía el ordenador abierto.

— Ya...

Me siento frente a él y cojo los palillos chinos. Fernando desliza el táper con los tallarines hasta mí y después me pasa la mitad de un pan chino.

— ¿Has visto la reunión que he convocado a las tres?

Asiento sin levantar la vista de la comida.

— ¿A qué se debe?

— Ya lo verás... Es una sorpresa — me explica con misterio — , pero yo creo que te encantará.

Espero que así sea.

Terminamos de comer y, cuando por fin pasamos al postre, soy capaz de destensarme y actuar con normalidad.

— Fer... — murmuro con pies de plomo — . Aún no me has dicho nada de la comida del domingo. ¿Qué quieres que le diga a mi madre?

— Ven... Siéntate a mi lado, Violeta.

No sé porqué, su respuesta me da mala espina.

Pero a pesar de ello me levanto y camino con lentitud hasta terminar sentándome en sus piernas. Con el paso del tiempo he descubierto que a Fernando le encanta estar de esta manera; yo encima, él debajo y mi culo muy accesible y a su disposición. A algunos hombres les vuelve loco un pie, y a otros, como a Fernando, les pierde un buen trasero.

— ¿Vas a decirme que no, verdad?

— Violeta, cariño... Ya sabes cómo soy — me explica, acariciándome las piernas con delicadeza — , tú y yo sabemos perfectamente que no sirvo para una relación convencional y creí que lo tenías asumido.

— ¡No te estoy pidiendo que te cases conmigo, joder! — exclamo, levantando el tono de voz un poco más de lo que pretendía — . Pero es una simple comida, por cumplir.

— Cariño, yo no soy de esos. No quiero conocer a tu familia, ni saber cómo es tu madre, ni tener hijos... Sabes que he dado muchísimo por ti. Mucho más de lo que creía capaz de dar.

Su mano, ahora más traviesa, comienza a deslizarse lentamente por debajo de mi falda.

— ¿Mucho más de lo que creías capaz? — repito, procurando no alterarme.

Él parece comenzar a excitarse y yo intuyo que le apetece uno de esos polvos sobre la mesa del escritorio. Pero ahora mismo no estoy de humor y va a tener que hacerme cambiar de parecer si quiere cumplir sus fantasías.

Fernando me gira sobre su regazo para poder quedarme frente a frente, mirándole a la cara. Paso una pierna por encima de él, abriéndome y sentándome cara a cara.

— Violeta, sabes que yo nunca he sido monógamo, y te lo he dejado claro... Nunca te he engañado en ningún sentido — me dice, mientras yo, dolida,

intento aguantar las ganas de echarme a llorar — . Me gustan las mujeres y me gusta disfrutar del sexo con ellas, pero...

— ¿Pero? — susurro con un hilillo de voz.

— Por estar contigo he renunciado a todas las demás.

Esa afirmación hace que me sienta mejor y consiga volver a respirar. Yo ni siquiera había sido consciente, pero había estado manteniendo el aire de mis pulmones con expectación.

— ¿No hay ninguna otra mujer?

— No la hay — asegura, rozando su nariz con la mía — , pero tampoco quiero vivir en pareja, ni casarme, ni tener hijos, ni una vida familiar. Me gusta mi independencia y, cuando necesito a alguien, solamente quiero tenerte a ti. No a tu madre.

Supongo que esto no es lo que esperaba escuchar. Me habría gustado que hubiera hecho un esfuerzo por mí; asistir a la comida por cumplir y saludar a mi madre y que después ambos nos hubiésemos marchado a casa juntos. Pero Fer es así y luchar contra ello no tiene mucho sentido. Si le quiero y pretendo estar con él, tendré que aceptarle de ese modo.

— Yo no puedo darte más, Violeta. Y entiendo que esto no sea suficiente para ti y que decidas buscar otra cosa... Estás en tu derecho.

Nos miramos fijamente y soy incapaz de reprimir una lágrima que, sigilosa, se desliza por mi mejilla hasta terminar en la comisura de mi labio. Fer la atrapa en un delicado beso y yo se lo devuelvo, aunque todavía me siento un poco confusa.

— Sabes que es más que suficiente — admito al final.

Comienza a besar mi cuello con sensualidad y deduzco que ha llegado el

momento de poner en práctica algunas de las posturas del libro de kamasutra que Fernando guarda en el segundo cajón del escritorio. Sus manos recorren mi cuerpo con impaciencia, palpándome de arriba abajo con apremio. Me hubiera gustado haber podido convencerle para que asistiera a la comida del domingo, pero... Supongo que Fer tiene razón. En realidad, a mí tampoco me gusta hacer vida familiar. Ambos somos muy independientes y, si me paro a pensarlo detenidamente, tengo la sensación de que ésa es la verdadera razón por la que encajamos tan bien. Nos complementamos a la perfección.

— Levántate y quítate las bragas, Violeta — me dice con la voz ronca por la excitación.

Yo, que poco a poco he ido animándome, obedezco. Me subo la falda hasta dejarla en mi cintura y con lentitud deslizo mis braguitas de encaje negras hasta que caen al suelo. De mientras, Fer está ocupando desatándose el pantalón y bajándose los calzoncillos. Su miembro erecto ya está preparado para recibirme, y eso me encanta.

— Siéntate en la mesa, delante de mí y abre las piernas.

A Fernando le encanta dar órdenes, pero sobre todo le pone muy cachondo que le obedezcan con sumisión. Eso le vuelve loco. ¿Y para qué negarlo? Yo veo cómo se calienta y... ¡Ay, también pierdo la cabeza! Le hago caso y me siento en el escritorio, justo delante de su silla. Abro las piernas y poco a poco dejo al descubierto mi sexo.

— Tócate.

Y lo hago.

Me llevo el dedo índice de mi mano derecha a la boca, lo chupo y desciendo hasta mi sexo. Separo mis labios vaginales y lo introduzco en mi interior para humedecerlo aún más. Entro y salgo lentamente, después le dedico un breve masaje a mi clítoris y pierdo la cabeza cuando observo que Fernando también

se ha puesto en acción. Se está tocando aritméticamente pero su mirada está clavada en mí. Jadea, gime... y me pide que siga, que siga así, tocándome, entrando y saliendo...

— Ven aquí y siéntate sobre mí.

Me levanto con una sonrisa del escritorio. Estoy muy húmeda y excitada, así que presiento que no podré resistir mucho antes de que el orgasmo se avecine. Me siento sobre él, dándole la espalda, y Fernando introduce las manos debajo de mi trasero. Empieza a guiarme, a subirme y a bajarme. Su miembro se clava en mí y grito de placer. Él también grita mi nombre. Entra... Sale... Más rápido, más fuerte... Le escucho gemir de placer mientras aprieta con fuerza una de mis nalgas y, con la otra mano, asciende hasta atrapar mi pecho.

— Joder, Violeta, joder... — gime.

Por unos momentos me preocupa saber si nos estarán escuchando, pero después decido que tampoco me importa. Si tienen algún problema pueden dimitir y marcharse de la empresa. Aumento el ritmo... Fernando me pellizca el pezón y me muerde el cuello, y yo sé muy bien que estoy a punto de correrme... Quiero avisarle pero no puedo hacerlo porque el esfuerzo y el placer me inhiben la voz. Al final, exploto, y cuando lo hago todos mis músculos se contraen provocándome pequeños espasmos. Fernando, que percibe el cambio en mí, aumenta el ritmo en las dos últimas embestidas hasta correrse en mi interior.

— Mi Violeta... — murmura con una sonrisa, abrazándome desde detrás.

Yo, de forma inconsciente, sonrío.

¿Cómo diablos he terminado tan locamente enamorada de este hombre?

## 9

### *Una visita inesperada*

Cuando regreso al despacho Axel ya está ahí, esperándome.

En una hora tengo la famosa reunión que Fernando ha convocado y espero que mi chico nuevo pueda acompañarme para tomar notas. Supongo que tenerle ahí servirá de apoyo.

— ¿Por qué no pasas primero por la mesa de Luca y le pides que te dé una copia de los borradores de la columna? — le pregunto, aunque más bien es una orden — . Coméntale que la quiero en color y en formato ejecutivo.

Han mandado a paseo mi sección de las “It Girls”, pero no pienso permitir que sigan manejando a su antojo “Amour et Vie” sin tener en cuenta mis opiniones ni mis aportaciones.

El teléfono del escritorio comienza a sonar. Es el número de Lola, así que respondo de inmediato.

— ¿Y ahora qué diablos quieres, Lola? — refunfuño de mal humor.

Tengo poco tiempo y muchas cosas que hacer.

— Tu madre está... aquí — me comunica, asustada.

Si ella está asustada, yo aún lo estoy más.

— ¿Es una broma?

Rezo porque sí lo sea.

— No — responde con voz seria — , me dice que es importante y que quiere verte sí o sí.

Cojo aire lentamente, procuro relajarme y le digo a Lola que la haga pasar a mi despacho. Lo último que necesito en estos instantes es a mi madre volviéndome loca por las oficinas. ¿Por qué diablos le di la dirección? En el fondo, una pequeña parte de mí sabía que tarde o temprano terminaría ocurriendo alguna desgracia como esta.

— ¡Hola, mamá! — exclamo con una sonrisa irónica mientras ella cruza el umbral de morros.

Y gracias a Dios, no viene ni con Sara ni con la abuela Mona.

— Hola, hija... — me responde, envolviéndome con sus brazos — . ¿Se puede saber qué le pasa a tu teléfono?

Me encojo de hombros.

— Nada... Ya sabes, estamos a tope, tenemos una reunión a las tres y no he tenido tiempo ni para comer.

— Pues no me han dicho lo mismo — contradice, fulminándome con la mirada.

Frunzo el ceño y me dispongo a entrar al trapo, pero decido que es mejor atajar el asunto por la raíz.

— ¿Qué puedo hacer por ti, mamá? Si has venido hasta aquí será importante.

— Lo es — responde, sentándose en la silla que tengo para las visitas.

Mierda.

¿Por qué tengo la sensación de que esto va para largo?

— ¿Qué ocurre? — insisto.

Son las tres menos veinte.

No tengo mucho tiempo, y además necesito tener una pequeña charla con mi equipo antes de la reunión. He pensado que, quizás, Axel debería de sustituir a Mónica — últimamente anda muy sensible y si descartan la columna con sus propias preguntas temo que pueda echarse a llorar — .

— ¿Va a venir Fernando a la comida del domingo o no?

Pestaño, incrédula.

— ¿Has venido hasta aquí solamente por eso?

— ¡Violeta! — grita mi madre, dándole un pequeño golpe a la mesa — . He venido hasta aquí porque soy tu madre, no sabía nada de ti, estoy preocupada y... sí, claro que sí. También por eso. Llevas más de un año saliendo con ese hombre y todavía no sabemos nada de él.

— Mamá, Fernando no es familiar y no le gustan ese tipo de eventos.

Me sostiene la mirada.

No parece muy contenta con lo que le acabo de decir.

— Quiero saber qué clase de persona es y ponerle cara, Violeta. Soy tu madre... Creo que no pido demasiado al querer saber quién es el hombre con el que mi hija comparte su cama.

— ¡Por el amor de Dios, mamá! ¡Qué ya estoy mayorcita!

Alguien llama a la puerta y yo, asustada, tiemblo mientras rezo interiormente para que no se trate de Fernando. Estoy segura de que en su mente retorcida se pensaría que este encuentro ha sido una encerrona para ponerle en compromiso.

— Es que no entiendo por qué no quiere conocer a tu familia, Violeta... Yo,

que soy tu madre, espero que algún día formes la tuya y si él está a tu lado significará que...

Axel irrumpe con una amplia sonrisa y mi madre se calla de sopetón. Él me mira fijamente, extrañado, y tantea la mirada entre nosotras.

— ¿Vuelvo en otro momento?

— No, no... — le digo, saltando de la silla de mi escritorio y acercándome a él.

Una idea fugaz cruza mi mente como un destello y sé que no voy a poder contenerla. Cierro la puerta del despacho y finjo la mejor de mis sonrisas mientras sujeto a Axel por el brazo y tiro de él obligándole a caminar un paso al frente.

— Bueno, mamá... Te presento a Fernando.

Axel frunce el ceño y me lanza una mirada de asombro.

— ¿Fernando? ¡Ay, Fernando! — exclama mi madre con emoción —. No sabes qué ilusión me hace conocerte, Fernando...

— Claro, sí... — responde Axel, aún consternado —, es un placer poder conocerla...

— Fernando, ésta es mi madre; María — le digo a Axel, procurando guiarle un poco para que pueda continuar con el teatro sin meter la pata —. Ha venido para preguntarme si vendrás a la comida, pero ya le he dicho que estás muy liado y que no podrás...

— ¡Ay, pero qué guapo eres! — le dice mamá.

“¡Por Dios, qué se marche ya!”, pienso para mis adentros.

— Ahora tenemos que irnos, mamá, ya te he dicho que la reunión es a las tres...

— Pero hijo, es una lástima que no puedas venir a comer... De verdad que sí — continúa ella, sin hacerme caso, mientras sujeta a Axel del antebrazo con fuerza — . A Sara le gustaría muchísimo conocerte... Y no veas el disgusto que se llevó después de lo de la boda.

— No te preocupes, María — responde él con soltura — , ya me las apañaré para ir a esa comida. Seguro que un hueco puedo sacar.

— ¿Có... Cómo?

¿Pero qué diablos está haciendo?

— Pues la verdad es que sería genial, Fernando. Nos gustaría muchísimo — responde mi madre, ilusionada — . Ya sabemos todos que a Violeta siempre le ha gustado ir a su aire, así que tendrás que ser tú quien la anime un poquito a estas cosas... Si por ella fuera, no la veríamos ni por asomo.

Axel abre la puerta del despacho y mi madre y él salen, hablando animadamente.

Yo, que estoy temblando de pies a cabeza, les sigo muy de cerca caminando en dirección al ascensor del fondo.

— Es cosa de los Bairina — explica mamá — . Sara ha salido a mi familia, menos mal que los Reyes somos mucho más cariñosos y apegados. Ella... — continúa, refiriéndose a mí — , ha salido a su padre.

— Pues allí estaré, María — asegura Axel antes de besarla en ambas mejillas — . No le fallaré.

Axel toca el botón de llamada del ascensor y éste no tarda más de unos segundos en acudir. Mi madre accede al interior y, con una sonrisa de oreja a oreja, se despide de mí con la mano.

— Adiós, mamá... Hasta el domingo — acierto a decir mientras las puertas se están cerrando.

Espero unos segundos más para asegurarme de que ella ya no pueda escuchar nada y, sin pensar muy bien qué es lo que estoy haciendo, me abalanzo sobre Axel y lo empujo contra la pared.

— Eres consciente... ¿De lo que acabas de hacer, Axel?

Estoy tan nerviosa que, en vez de preguntárselo gritando como una loca, se lo he dicho en un breve susurro. Creo que me estoy dando miedo hasta a mí misma.

— Sí, creo que sí... Pero has sido tú la que ha mentido y me ha metido en este embrollo — me dice, dibujando una leve sonrisa —, y yo solamente he intentado salir del paso lo mejor que he podido.

— ¿De verdad te tenías que auto-invitar a una comida familiar? ¿Eso era lo mejor que podías hacer? — pregunto, ahora sí, levantando la voz.

— Violeta... Ella me ha invitado a la comida familiar — me recuerda.

— ¡NO! — grito, enfadadísima —, ¡ha invitado a Fernando, no a ti!

Axel suelta una risita.

— ¡Pero tú me has presentado como si fuera Fernando!

Me alejo unos centímetros de él y me masajeo la sien intentando calmarme. Me duele la cabeza e, incluso, creo que estoy mareada. Necesito un vaso de agua, sentarme un rato, relajarme y... pensar.

— ¿Qué diablos voy a decirle yo el domingo? — me pregunto a mí misma en voz alta .

— Te acompañaré a esa comida... si quieres.

Levanto la cabeza y le miro.

— ¿En serio?

Está claro que así no podemos estar el resto de nuestras vidas, pero en realidad... ¡Es perfecto! Presentaré a Axel en la comida, mi familia se quedará feliz después de conocerle y no será necesario que vuelva a asistir a ninguna otra reunión.

— Sí.

— ¿Lo harías de verdad? — repito, incrédula.

— Sí, pero con una condición.

— ¿Qué?

Los ojos de mi secretario personal chispean con maldad y presiento que este trato no me va a favorecer en absoluto.

— Quiero saber porqué le has mentado a tu madre y porque no has querido presentarle a Fernando.

Pestañeo varias veces, incrédula.

— ¿Solamente eso? — pregunto con una sonrisa de felicidad —, venga, vámonos a esa maldita reunión y luego te lo cuento todo.

## 10

### *Decepción*

La visita inesperada de mi madre provoca que tanto yo como Axel lleguemos tarde a la reunión. Nada más cruzar la sala de juntas Fernando me fulmina con la mirada, pero yo no me doy cuenta — o, mejor dicho, finjo no darme cuenta — , porque estoy demasiado ocupada en intentar averiguar quiénes son todos esos desconocidos que están sentados alrededor de la mesa.

— Bueno, pues parece que ahora sí estamos todos — dice Fernando, levantándose de su silla — . ¿Podemos empezar ya, señorita Bairina?

Asiento y, aún desconcertada, tomo asiento.

¿Qué diablos está pasando aquí?

Fernando aprovecha que está en pie para ir presentando a todos los desconocidos que hoy, por alguna razón incomprensible, están presentes en nuestra reunión semanal de balances. En total, son cinco. Al principio pienso que quizás sean nuevos fichajes de Fernando, pero después descarto la idea. Con la llegada de los secretarios personales y el escritor indie nuestro presupuesto para nuevas contrataciones ha quedado bastante limitado y no podemos permitirnos cinco entradas. Al final, el misterio queda desvelado cuando Fernando nos explica que estos hombres son los propietarios de la revista “Actual”. La conozco poco, aunque en alguna ocasión he oído hablar de ella. Fernando nos explica que “Actual” está en declive, que los fondos de

la revista se encuentran al límite y que estamos aquí reunidos para sopesar la tentadora oferta de venta que nos están haciendo. Yo, consternada, ni siquiera soy capaz de abrir la boca mientras le estoy escuchando. Fer se aleja hasta el proyector y lo enciende. Al fondo, en la pared de la izquierda, aparecen unos gráficos de estadística reflejados. Fernando comienza a explicarlos, haciendo hincapié en que el público mayoritario de “Actual” son mujeres de entre veintisiete y treinta y cinco años. Su idea no es llevar dos revistas paralelamente, si no que “Amour et vie” absorba la revista Actual y que su contenido se incorpore a nosotros. El precio, todo hay que decirlo, es irrisorio. Deben de estar muy desesperados por librarse de ese pozo sin fondo, claro.

— ¿Cómo encaja ese público con el nuestro? — pregunto, levantándome yo también de mi asiento para hacerme ver bien —. Nuestras lectoras son mujeres de entre veinte y cincuenta y cinco y nuestras temáticas son totalmente diferentes.

— Por eso estoy hablando de ampliar el contenido de “Amour et vie”, para que nuestras lectoras no precisen comprar dos revistas — me responde Fer con seriedad.

Tengo la sensación de que esperaba que este trato fuera a entusiasmarme, pero no podía haberse equivocado más.

— Para ampliar nuestro contenido tendríamos que suprimir nuestras secciones o, en todo caso, disparar el precio de venta al público de la revista. “Actual” ofrece contenido de la economía y de la política del país, entre otros temas, y a mi modo de ver no consigo encajar dichas temáticas con nuestro contenido de corazón y moda.

— Pues tendrás que ampliar tus miras, Violeta — me reta de mala gana.

Está disgustado con mi actitud pero... ¿Qué diablos esperaba? ¿Qué pretende?

¿Hundir mi revista?

— La lectora que compra “Amour et vie” no busca ampliar sus miras, Fernando. Tampoco busca enterarse de cómo va la crisis ni quiere saber nada de la última campaña electoral... Busca amor, moda, consejos, pero sobre todo, entretenimiento — respondo de malas formas y, sin poder contenerme más, me dirijo al final de la sala.

Antes de salir hecho un último vistazo a mi alrededor.

Todos los presentes están callados, observándome, sin añadir nada a mi discurso. Supongo que marcharme de este modo se asemeja a una rabieta de niña pequeña, pero no puedo quedarme ahí sentada viendo cómo Fernando va guiando a la quiebra mi revista. Porque sí, le pese a quien le pese, es mía.

— Que no me pasen ninguna llamada — le digo a Lola al cruzarme con ella en la recepción — , y que nadie me moleste, ¿entendido?

Ni siquiera espero para comprobar que asiente.

Acelero el paso, entro en mi despacho y cierro la puerta con brusquedad. Bajo la persianita de la cristalera y, cuando por fin tengo intimidad, me derrumbo. Me echo a llorar como hacía muchísimos años que no hacía. Sé es un poco complicado de entender, pero “Amour et vie” es todo lo que tengo y todo lo que soy. Es mi sudor y mi sangre, el resultado de demasiados años de trabajo y dedicación. No soy capaz de contar las horas que pasé despierta cuando la fundé, ni de enumerar a las personas que me dijeron que esas cuatro paginitas no llegarían a ninguna parte. “Amour et vie” es mi creación y aquello que, hoy en día, me identifica como Violeta Bairina.

— Joder... ¡Joder!

Me derrumbo en la silla de mi escritorio y me retiro las lágrimas a manotazos, rabiosa, cuando mi teléfono móvil libera un pitido. Se trata de Fer, claro. “Deja de comportarte como una cría y vuelve”. Pocas palabras, pero claras y

concisas. Por primera vez en todo este año, tengo la sensación de que mi relación con Fernando pende de un hilo. Sí, soy capaz de asimilar que no querrá tener hijos, que no querrá casarse, que no quiere vivir conmigo — al menos por ahora — , que necesita independencia y que no le gusta etiquetar nuestra relación. Soy capaz de comprenderle, entenderle e incluso de intentar convencerme de que yo soy como él, aunque en realidad no soy así. Soy capaz de mucho, pero no puedo quedarme sentada observando como mi revista se hunde gracias a su afán de protagonismo. Sé que quiere comprar “Actual” para demostrarse a sí mismo que tiene visión de futuro y, de paso, demostrarme a mí que “Amour et vie” ha dejado de ser mía. De que ahora, por fin, tiene su firma y no la mía. Sin pensármelo dos veces, respondo: no apruebo la absorción de “Actual” y creo firmemente que es un error. Piénsate las cosas antes de actuar.

Espero que responda, pero no lo hace. Cinco minutos después, he conseguido tranquilizarme y dejar de llorar, aunque sigo teniendo un maldito nudo en la garganta que me asfixia.

— ¿Violeta?

Levanto la cabeza para encontrarme con Axel, que está asomado en el umbral de la puerta.

— ¿No te ha dicho Lola que no quería que se me molestase?

Él sonríe con ternura y, sacudiendo la cabeza en señal afirmativa, se hace paso al interior y cierra la puerta tras de sí.

— Le he dicho que era importante y que no le traería problemas.

— No deberías haberle mentido — respondo con la voz temblorosa, un poco avergonzada por el aspecto que debo tener — , porque sí tendrá problemas.

— Vamos... No seas así, Violeta — me pide, sentándose frente a mí — .

Sabes muy bien que ella no te ha hecho nada.

Sus ojos azules chispean y, de pronto, me siento mejor. Como si ese chico y su sonrisa fuera el ansiolítico que necesitaba en este instante.

— No puedo creer que Fernando vaya a hacerme esto... — murmuro, cambiando radicalmente de tema.

Axel asiente y frunce el ceño.

— Si te sirve de algo, creo que tienes razón — asegura — . La absorción de “Actual” hará que las ventas bajen.

— Lo sé...

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos.

Me doy cuenta de que, a pesar de tener casi la misma edad, parecemos salidos de mundos diferentes. Yo voy vestida con un vestido de Armani y unas carísimas sandalias de Carolina Herrera, y Axel, en cambio, lleva unos vaqueros juveniles desgastados por la rodilla y una camiseta de algodón que, casi con total seguridad, no le ha costado más de tres euros en el mercadillo. Su forma de vestir le hace parecer más joven de lo que es y esa sonrisa de niño travieso actúa con un efecto similar.

— ¿Por qué no quieres que conozca a tu familia?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

— Si te soy sincera... es que es él quien no quiere conocer a mi familia — confieso, retirándome otra lagrimilla rebelde.

— ¿Por qué?

— A Fernando no le gustan los compromisos — explico brevemente con la mirada clavada en el salvapantallas de mi ordenador.

Es el logo de “Amour et vie”.

Ha pasado mucho tiempo, pero todavía soy capaz de recordar aquella noche en la que mi hermana Sara y yo lo diseñamos juntas bajo la lamparita de noche de mi dormitorio. Fue ella la que dibujó el corazón envuelto en un lazo y fui yo quien, después de muchos intentos, conseguí dar con las mejores iniciales.

— ¿Te puedo hacer una pregunta indiscreta, Violeta?

Me encojo de hombros.

Estoy tan deprimida que, ahora mismo, todo me da igual.

— Todo lo que me has preguntado hasta ahora ha sido muy indiscreto.

— Pues entonces respóndeme con sinceridad — me pide con una sonrisa — , ¿por qué estás con él?

— ¿Con Fernando?

Axel asiente.

Es la primera vez que me paro a pensar en ello fríamente. Supongo que por su poder, porque es alto, guapo, adinerado, elegante, educado, muy misterioso y porque siempre me han atraído los retos. Desde el minuto uno me dejó muy claro que él no quería ningún compromiso y yo, de algún modo, me obsesioné porque fuera mío. Solamente mío.

— No lo sé — respondo con sinceridad.

Y sí, es lo más sincero que le puedo decir porque, ahora mismo, me pregunto si este último año que he pasado junto a él realmente ha merecido la pena o si, en realidad, me aferraba a nuestra unión para sentir que de ese modo continuaba sin desprenderme de “Amor et vie”.

Si Fernando realmente me quisiera, ¿no habría valorado mi opinión? O todavía peor, ¿no habría valorado mis sentimientos?

*Domingo y sorpresa*

Axel vive con sus padres.

Ser un periodista deportivo sin empleo le obligó a dejar el piso de alquiler en el que vivía y, de paso, a vender el coche familiar que se había comprado después de muchos años de ahorros. Y por esa misma razón estoy esperándole aparcada en doble fila a unos metros del portal en el que viven sus padres.

Mi semana, tal y como os he relatado, ha ido cuesta abajo y sin frenos. Creo que cuando las desgracias vienen, vienen de golpe, así que no tengo demasiadas esperanzas puestas en que esta comida familiar termine en buen puerto. Supongo que en algún momento Axel meterá la pata, mi madre sospechará de la mentira y mi estratégico plan para no tener que presentar a Fernando en sociedad se irá al traste.

Aunque para ser sinceros, llevo varios días planteándome sí realmente quiero seguir con él o no. Vale, sí, estoy enamorada de Fernando. Eso es innegable. Pero tengo la sensación de que, de algún modo, esta relación se está convirtiendo en algo demasiado tóxico para mí y que, si continúo adelante, terminaré mal. Por otro lado, soy incapaz de imaginarme cómo podría verle día tras día en la oficina y resistirme a sus encantos.

Dos golpes secos contra la ventanilla me distraen de mis pensamientos. Axel, que está guapísimo, se sube al coche y me dedica la mejor de sus sonrisas. Va vestido con unos vaqueros oscuros y un polo de manga corta que le marca notablemente la musculatura de sus brazos.

— ¿Preparada para la acción? — me dice con diversión.

No parece preocupado por lo que se le viene encima.

— Más o menos — respondo sin contagiarme de su entusiasmo.

Pongo el coche en marcha y me incorporo a la circulación. Los domingos el tráfico es menos intenso en Madrid, así que calculo que en veinte minutos habremos llegado al portal en el que vive mi madre.

— ¿Quieres que te prepare? — pregunto, sopesando qué información debo proporcionarle antes de llegar.

— ¿Prepararme? ¿Para qué? — inquiera, asustado.

Suelto una risotada.

Ya decía yo que este chico parecía estar demasiado tranquilo...

— En realidad no hay mucho que debas saber — comienzo — , mi hermana se llama Sara, su marido Petter y su hijo, Teo. Mi madre es viuda así que no tendrás que esforzarte por caerle bien al suegro — bromeo — , y seguramente también estén mis abuelos.

— ¿Tus abuelos?

Asiento sin distraerme de la carretera.

— Mi abuela Mona, mi abuelo José que está un poco mayor y en ocasiones desvaría y mi abuela Margarita — señalo sin entrar en detalles — . ¿Quieres saber algo más?

Axel me mira muy fijamente, como si estuviera analizándome.

— Me gustaría saber qué les has contado de Fernando...

— ¿De Fernando?

— Sí, claro. Ya sabes... para no meter la pata.

Suspiro hondo.

— La verdad es que no mucho, Axel. Me gusta mantener la privacidad de mi vida personal y no suelo entrar en detalles. Saben que llevamos algo más de un año juntos y que Fernando es el mayor accionista de mi revista. Poco más.

— ¿Vivís juntos?

Empiezo a sospechar que sus preguntitas nada tienen que ver con la preparación a la comida.

— No.

— ¿Tenéis pensando hacerlo?

Me está poniendo nerviosa.

— ¿El qué?

— Vivir juntos — repite con malicia y curiosidad.

Justo en ese instante un coche abandona su aparcamiento muy cerca de la calle en la que vive mi madre y yo me preparo para ocupar su lugar. Finjo concentrarme en las maniobras que estoy realizando y evito responderle. Lo último que me apetece es que Axel continúe juzgándome.

— Hemos llegado — anuncio, cogiendo aire profundamente y preparándome para la ocasión.

Axel se baja de mi precioso Audi tt y ambos nos dirigimos calle arriba hacia el portal número dos. Hacia mi antiguo hogar. Ése en el que mi hermana Sara y yo hemos compartido peleas, confidencias, risas y muchos llantos. No puedo evitar ponerme un tanto nostálgica al recordar aquella feliz época en la que vivía sin ningún tipo de preocupación a excepción de la ropa que me pondría para salir el fin de semana. Supongo que crecer y ser adulto no es tan fácil como uno imagina de niño.

Cuando toco el timbre estoy hecha un flan. Le lanzo una mirada a Axel y me sorprende comprobar lo tranquilo y sereno que parece estar. Y digo parece porque, en realidad, sé que en su interior tiene que estar hecho un manojo de nervios a pesar de que no lo manifieste.

El ascensor continúa averiado, así que nos toca subir a pie por las estrechas escalerillas. Cuando ya estamos llegando a la planta, una gota de sudor cae por mi frente y yo, irritada, me pregunto cuándo diablos tiene pensado arreglar el maldito trasto la comunidad. Lleva años estropeado y los vecinos parecen no tener prisa por solucionarlo.

— ¡Mi niña! — me saluda mi madre al abrir la puerta.

No paso por alto su efusividad y deduzco que hoy está más feliz de lo normal.

— ¿Ya han llegado? — pregunta mi hermana, gritando de fondo.

— ¡Ay, Fernando, pasa, pasa! — le saluda mi madre.

Sacudo la cabeza con desesperación mientras paso al interior.

El piso de mi madre no es que sea, precisamente, una mansión. Es, más bien, bastante pequeñito; así que en las comidas familiares siempre sacamos la mesa plegable al salón para poder abrirla de una pared a otra y tener el suficiente espacio como para sentarnos todos. Como os podéis imaginar, el sofá queda inhabilitado y es imposible poder pasar de un lado al otro de la habitación sin hacer una carrera de obstáculos.

Petter, Teo y los abuelos ya están sentados en la mesa — tampoco hay otro sitio donde puedan meterse —, y mi madre y Sara siguen con el delantal puesto y están en la cocina. Axel y yo saludamos con la mano a los presentes. Todos, incluida mi querida hermana, repasan de arriba abajo al recién llegado. Son unos descarados, sí, pero son mi familia..., así que tengo que quererles. Me doy cuenta de que si en vez de Axel fuera Fernando quien estuviera

presente no podría evitar sentirme un tanto avergonzada. Fer no solamente viene de una familia adinerada, sino que jamás en su vida ha tenido que a comer entre una mesa y un sofá aprovechando cada milímetro de espacio disponible. Nunca hasta ahora lo había pensado, pero estoy convencida de que si estuviera ocupando el lugar de Axel, para estas alturas ya habría sufrido un paro cardíaco o un ataque de pánico.

— ¿Por qué no te sientas con mis abuelos y Petter? — murmuro en voz baja para que solamente pueda escucharme él — , yo voy a ayudar a mi madre a poner la mesa.

Axel sonrío de oreja a oreja y asiente.

— Vale, no hay problema.

Me quedo en el umbral del salón unos instantes. Axel esquivo las primeras sillas y consigue hacerse hueco hasta llegar al fondo, donde Petter está sentado con el niño y con los abuelos. La abuela Mona parece tan entusiasmada por conocerle como mi madre, y eso, a decir verdad, me rompe el corazón. Sé que las decepcionaría muchísimo descubrir que Axel, en realidad, es Axel.

— ¿Nos vas a ayudar o te piensas quedar ahí plantada? — pregunta mi hermana, dándome un codazo en las costillas.

Sonrío y asiento.

— Ya voy, pesada.

Ella se coloca junto a mí y observa la estampa. Petter y Axel están charlando animadamente con el abuelo José y la abuela Mona. Creo que el abuelo José, como es habitual, está desvariando. La abuela Margarita, como también suele ser habitual, está en su mundo y no participa en la conversación y, el pequeño Teo, parece muy aburrido escuchando las historias de los mayores y está sacándose mocos de la nariz. Os había dicho que los niños no son lo mío,

¿verdad?

— Parece buen chico — admite mi hermana, escrutando a Axel — , y no es tan estirado como lo había imaginado.

Me río como una tonta y sonrío al comprobar que, en efecto Axel parece desenvolverse muy bien con mi familia.

— ¿Te lo imaginabas estirado?

— Sí, y muy insoportable — confiesa con una sonrisa traviesa — . Pero ahora que le veo estoy sorprendida. ¿Cómo se las apaña para soportarte?

Le pego un codazo de vuelta como el que ella me ha dado antes y, entre risas, nos vamos a la cocina donde mamá sigue estofando la ternera. Mientras la comida termina de hacerse Sara y yo ponemos la mesa y abrimos una botella de vino. Cuando está todo listo y llega la hora de sentarse, me sorprende encontrar a Axel con mi pequeño sobrino en su regazo. No sé qué diablos le está diciendo o haciendo al crío, pero éste se ríe a carcajadas como si Axel fuera lo más gracioso que ha conocido en su vida.

— Es un buen partido — grita la abuela Mona muy alto para que yo, que estoy en la otra punta de la mesa, pueda escucharla bien — . ¡Le gustan los niños!

Todos se ríen, Axel se sonroja y yo, avergonzada, escondo el rostro detrás de mis manos. Después de ese comentario la conversación comienza a girar en torno a los niños y Axel, al ser la novedad, se convierte en el blanco de todas las preguntas.

— Violeta no quiere niños — le explica mi madre con una mueca de desagrado — , pero yo creo que al final podrías terminar convenciéndola si quisieras. ¿Quieres?

— ¿Niños?

Mi madre asiente y todos se quedan en silencio, expectantes por descubrir la respuesta de Axel.

— Claro que sí — dice con una sonrisa — , a mí me encantan los niños. Me gustaría tener dos.

— ¿Chicos? — interviene mi hermana, mientras yo hago un esfuerzo por mantener la compostura.

— Las dos cosas, un niño y una niña. Las niñas suelen ser más cariñosas pero me gustaría tener un hombrecito en mi casa, para compensar los vestidos y esas cosas — se ríe, bromeando.

Petter, que está junto a él, murmura algo que yo no llego a escuchar. Después la conversación vuelve a desviarse.

— ¿Y qué me dices de casarte? — pregunta la abuela Mona.

Empiezo a pensar que esta comida ha sido el error más grande que he cometido en mi vida.

— Violeta dice que odias las bodas — suelta mi madre.

— Y que opinas que esa clase de compromisos son innecesarios — escupe Sara, mordiéndose el labio porque sabe muy bien que se está ganando mi cólera.

— La verdad es que sí me gustaría casarme, pero entiendo que ella prefiera algo más discreto.

¡Por Dios Santo!

¿Por qué dice eso? ¿Por qué no es capaz de encogerse de hombros y de pasar a la siguiente pregunta?

— ¿Una pequeña ceremonia por el juzgado, quizás? — pregunta mi madre — . A la abuela Mona le gustaría verla vestida de blanco antes de morir.

Me levanto de la mesa, hastiada.

— ¡Ni me voy a vestir de blanco ni la abuela Mona se va a morir! — grito, enfadada con todos.

Mi madre, aunque está un poco apabullada por mi reacción, aún no se ha rendido.

— Hombre, hija, la abuela Mona se va a morir... como todos nosotros. Y además, no hace falta que te vistas de blanco. En el juzgado uno puede casarse como quiera.

— Me amiga Paula se casó de verde y con pantalón, ¿te acuerdas, mamá? Te enseñé alguna foto.

Y gracias a Dios, después de ese comentario la amiga de Sara, Paula, se convierte en el siguiente tema a comentar y a mí me dejan en paz. El resto de la comida transcurre con notoria tranquilidad. Axel es muy correcto y todo el mundo parece aceptarle bien entre nosotros. Cuando terminamos de comer, se levanta a recoger con los demás e incluso se propone voluntario para fregar los platos. Por suerte, mi madre, entre carcajadas, le explica que su casa es humilde, pero que lavavajillas sí tiene.

Me sorprendo al descubrir muchas cosas que no conocía de él. Bueno, en realidad y para ser sincera, estos días en la oficina han sido tan atareados que no he podido prestarle demasiada atención a Axel. Pero me gusta. Tengo el presentimiento de que haremos buenas migas y de que será un buen asistente personal. Quizás, incluso, me pueda permitir relajarme con él y no parecer el ogro que todos se piensan que soy en la oficina.

— Fernando, ¿dónde os conocisteis Violeta y tú?

La pregunta, como no, la hace mi madre.

Pestañeo incrédula porque, para ser sinceros, no recuerdo si alguna vez se lo

he contando a alguien de los presentes.

— Pues, la verdad... — comienza, pensativo — , es que Violeta y yo hoy estamos aquí gracias a la revista. “Amour et vie” unió nuestros caminos — explica.

Suspiro aliviada.

No sé si ha tratado de imaginarse cómo pude conocer a Fernando o si, en realidad, está hablando con sinceridad sobre nuestra relación jefa-empleado, pero tampoco me importa. Lo primordial es que consiga salir del paso sin resultar herido.

— ¿Y se puede saber qué es lo que te gustó de Violeta? — se ríe mi hermana, bromeando — , porque yo la quiero mucho, pero entiendo que fuera su familia nadie la quiera soportar.

La fulmino con la mirada.

Sara puede llegar a ser odiosa si se lo propone.

— Pues... — murmura Axel, ganando tiempo — . Lo primero en lo que me fijé creo que salta a la vista — dice, señalándome — , que es guapísima. Me parece que Violeta tiene los ojos más bonitos que he visto nunca. A mí todo el mundo me lo dice, pero supongo que el mérito es únicamente del color. Ella, en cambio, los tiene grandes, expresivos... y ese color miel que cambia según la luz que haya en el ambiente es precioso — explica mientras todos guardan silencio, expectantes — . También me gustó lo elegante que es, siempre perfecta y preparada para la acción. Lo mucho que lucha por sus sueños y el trabajo que invierte en que todo salga bien en la revista, claro. Es entusiasta — explica, mirándome con una sonrisa mientras yo, impactada, no sé ni qué pensar ni qué sentir — y muy cabezona. Pero sobre todo es perfeccionista.

— Vaya... — susurra la abuela Mona.

— En la oficina todos piensan que es demasiado estricta y que siempre está de mal humor, pero en realidad ella no es así — continúa Axel, que ya se ha envalentonado y no parece dispuesto a parar —, pero se piensa que levantando una coraza será menos accesible y no podrán hacerle daño. Cualquiera que la mire puede ver lo transparente que es, aunque ella no lo sabe. Y creo que lo que más me gusta de Violeta es que, en realidad, ni siquiera ella se conoce a sí misma.

— Totalmente de acuerdo contigo — admite mi madre, aplaudiendo suavemente.

Yo carraspeo.

Me he quedado tan impactada que necesito darle un buen trago al vino para digerir todo lo que mi secretario acaba de soltar sobre mí. Sé que no me ha descrito a mí — es imposible que lo haga si prácticamente no me conoce, ¿verdad? —, pero lo que más me ha sorprendido de todo es que mi madre esté conforme con sus afirmaciones.

— Bueno, familia — dice Sara, levantándose de la mesa —, ahora nos toca dar una noticia a nosotros.

Petter y ella se miran a través de la distancia. Cada uno está sentado en un lado de la mesa y con tanta gente sentada es imposible cruzar.

— ¿Qué pasa? — pregunta la abuela Mona.

— ¿Violeta se casa? — repite el abuelo José, que no se entera de nada.

— ¡No, Sara!

— ¿Sara se casa?

Sacudo la cabeza con desesperación, incapaz de reprimir una risita.

— A ver, ¿me prestáis atención o no? — pregunta, enfurruñada, cruzándose de

brazos.

— Venga, habla — apremio con nerviosismo.

Mientras Sara se decide a contarnos lo que sea que tiene que decir, yo le lanzo una mirada inquisitiva a Axel que se puede traducir en algo así como “¿va todo bien?”. Él sonríe con sinceridad y yo me relajo, permitiéndome seguir disfrutando. A fin de cuentas, todo está saliendo de maravilla.

— ¿Qué pasa, hija?

La sonrisa de Sara se ensancha de oreja a oreja y, sin decir nada, se lleva las manos a la barriga y se la acaricia con ternura.

— ¿Otro? — pregunta la abuela Mona, entusiasmada.

— ¡Sí! ¡Vamos a ser uno más!

Todos, incluido Axel, comenzamos a aplaudir, emocionados.

Me levanto de la mesa y, sin pensar en lo que estoy haciendo, me dejo guiar por un impulso y estrecho a mi hermana entre mis brazos sin recordar la última vez que tuvimos un gesto así entre nosotras. Es increíble. Voy a ser tía de nuevo. Y ella va a ser madre por segunda vez. La miro, me mira, y ambas nos reímos tontamente. ¿Cómo puede ser que mi pequeña Sarita haya crecido tan rápido? ¿Cómo puede ser que ya sea una súper-mamá?

— Enhorabuena, Petter — le escucho decir a Axel desde el otro lado de la mesa.

Y mientras Sara llora de emoción — todos sabemos que ella siempre ha sido la más sensible de la familia — yo tengo la sensación de que hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba realmente de mi familia. Las últimas comidas, e incluso en la boda de Sara, estaba demasiado preocupada por Fernando o por la revista como para dejarme llevar.

— Te quiero, Sarita — susurro en voz muy baja en su oído — , pero si le cuentas a alguien que te lo he dicho, lo negaré.

Ella me aprieta con más fuerza y eso, en su idioma, se traduce en un “yo también te quiero mucho, tonta”.

## 12

### *Hasta mañana*

Miro de reojo a Axel.

Va conduciendo mi coche porque yo me he pasado con los vinitos y, a estas alturas, ya veo doble, triple y de todas las maneras posibles. Y por esa misma razón creo que, de repente, le veo sumamente sexy. Sí, contraté a Axel porque es guapísimo y está muy bueno, no os lo voy a negar, pero en esta ocasión le veo... irresistible. Creo que conducir le sienta bien. Le hace más... sexy.

— ¿Me estás mirando? — me pregunta, sonriéndome.

Yo asiento mordiéndome el labio inferior.

— ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

Cuando me paso con los vinitos se me va la cabeza y se me olvida cómo dialogar.

Axel se empieza a reír, concentrado en la conducción pero, al mismo tiempo, prestándome atención.

— ¿No vas a decirme nada?

— Es que estás muy sexy — admito al final.

¿Eso que siento en las mejillas es un rubor? ¡Ay, Dios mío!

Axel se ríe, pero no me toma muy en serio porque sabe muy bien que he bebido de más. Me digo a mí misma que tengo que aprender a comportarme porque, al día siguiente, tendré que verme la cara con Axel en la oficina y yo seguiré siendo su jefa. Debo mantener mi imagen de mujer de negocios, seria y responsable o todos se me echarán encima en un abrir y cerrar de ojos.

— Me lo he pasado muy bien — admite, guiñándome un ojo — , tu familia es genial. Sobre todo tu abuela Mona.

— Lo sé — respondo, incapaz de no reírme ante esa confesión — . La abuela Mona también es mi favorita.

— Y tu cuñado es muy simpático. He estado organizando un viaje para hacer una ruta por Inglaterra con él.

Le miro boquiabierta.

— ¿No estarás hablando en serio?

— Sí, pero no pasa nada. Alegarás sobrecarga de trabajo y se aplazará infinitamente.

Sonrío y asiento.

La verdad es que no esperaba que Axel encajase tan bien en mi familia. Más bien, creía que sería la típica comida aburrida en la que todo el mundo se marcharía pensando “ojalá la siguiente no sea pronto”. Pero no ha sido así. Todos estaban demasiado emocionados por la nueva presentación. Y el broche final ha sido el notición de Sara. Suspiro hondo, recordando como al despedirme la abuela Mona me ha dicho que está deseando que la siguiente sea yo.

— ¿Estás bien? Te has quedado muy callada.

— Sí, estoy bien — murmuro, aún distraída — . Es solo que...

Guardo silencio y Axel me mira de reojo.

— ¿Qué? ¿Qué pasa?

— Es que ahora mismo tengo la sensación de que mi vida es un desastre.

Y al decirlo me doy cuenta de que estoy en lo cierto. Mi vida, ahora mismo, es un auténtico desastre.

— Explícate.

— Verás, llevo toda mi vida luchando porque “Amour et vie” triunfe y ahora tengo la sensación de que se está yendo todo ese esfuerzo a pique y que no puedo hacer nada por remediarlo. No es mía, la vendí. Y es algo que no llevo muy bien...

— Te entiendo...

Me quedo mirando una gota de lluvia que cae en el parabrisas. El cielo de Madrid se ha encapotado y, de pronto, el día parece mucho más grisáceo que esta mañana.

— Luego está Fernando... No es que quiera romper con él, pero, no sé, tengo la sensación de que no buscamos lo mismo.

— ¿Y por qué no os dais un tiempo?

Me encojo de hombros y tuerzo el gesto en una mueca de disgusto.

— Te voy a contar una cosa, pero no me juzgues, ¿vale?

Axel asiente.

— Me da miedo que, si lo nuestro se estropea y terminamos dejándolo, pierda también la revista. El poder ahora mismo lo tiene él y..., no sé, creo que mi relación con él y “Amour et Vie” están unidos por un hilo muy fino y que, al romperlo, perderé ambas cosas.

Axel no dice nada. Le miro..., le sigo mirando, pero él continúa callado.

— Creo que es normal que estés asustada — me contesta finalmente — , y que temas por tu futuro, pero ya sabes lo que dicen, ¿verdad?

— ¿Qué?

— Quien no arriesga, no gana.

— Estoy de acuerdo — acepto, pensando en lo mucho que yo he arriesgado en esta vida por encauzar mi revista y catapultarla a la fama.

Axel comienza a manosear la pantalla del GPS y yo, extrañada, le aparto la mano de un golpe.

— ¿Qué haces?

Él se ríe y vuelve a la carga, así que le dejo trastear para averiguar qué es lo que quiere hacer. Busca en la lista de “destinos guardados” y pulsa “Casa”.

— ¿Vas a mi casa?

— ¿No pensarás que te voy a dejar conducir borracha, no?

— ¿Y cómo piensas volver tú?

Se ríe.

— En metro, claro. No gano lo suficiente como para pedir un taxi.

— ¿Estás intentando darme pena para que te suba el sueldo?

Nos miramos fijamente y su sonrisa se ensancha.

“El chico de la sonrisa”, pienso. Llevo todo el día pegada a él y no le he visto borrar ese gesto más de dos segundos.

— ¿Funciona?

Sacudo la cabeza en señal de negación mientras él se queda mirando el panel de mandos del coche.

— ¿Y este botón? — pregunta.

— ¡No lo toques! — exclamo demasiado tarde.

La capota de mi Audi empieza a bajarse y, unos segundos después, estamos circulando al descubierto. Además, llueve. Me apresuro a volver a subirla pero Axel me retira el dedo devolviéndome un manotazo similar al que yo le he propinado unos minutos atrás.

— ¡Está lloviendo! — grito para que pueda escucharme por encima del sonido del viento.

— ¡Lo sé! — exclama, riéndose, mientras yo me apresuro a taparme la cabeza con la chaqueta — . ¡Wooooow! — grita más alto — . ¡Es genial!

Y yo, al final, termino riéndome como una loca, dejando mi melena al viento para disfrutar de la lluvia como nunca hasta entonces lo había hecho.

Cuando llegamos a mi casa estamos empapados de pies a cabeza, pero creo que me siento feliz. Me siento libre. Estoy convencida de que al día siguiente tendré agujetas en el estómago de tanto reír y de que sufriré unas terribles boqueras por la tan poco habitual sonrisa que hoy no me he quitado.

— Llévate el coche — le digo mientras recojo mis pertenencias — , pero mañana te quiero aquí a las siete en punto, ¿entendido?

Axel pestañea, asombrado, mientras me valora examinando mis gestos si le estoy hablando en serio o si le estoy tomando el pelo.

— ¿Entendido? — repito.

El asiente con picardía.

— Entendido, Violeta — me dice con voz sensual — , estaré puntual y... cuidaré de tu coche.

Me quedo bajo la lluvia mirando cómo se marcha.

Creo que es la primera vez que le dejo el coche a un hombre, aunque supongo que en esta ocasión podría decirse que Axel se lo ha ganado.

Sí, se lo ha ganado y mucho.

*Las malas noticias...*

Axel cumple su promesa y a las siete en punto está esperándome debajo de mi casa. Cuando me ve abre la puerta para bajarse del coche y cambiarse a la posición de copiloto, pero le pido que sea él quien conduzca y se quede donde está. No, hoy no estoy borracha. Pero es que a este chico tener un volante entre las manos le sienta extremadamente bien y me apetece comenzar el día con buenas vistas.

— ¿Sabes? Creo que tener chófer me gusta — le digo, bromeando — , ¿estás disponible?

Él suelta una carcajada.

— La verdad es que sí. Mi jefa me paga una miseria y necesito otro empleo para complementar mi sueldo... ¿Cuánto me pagarías?

— Otra miseria — respondo, riéndome.

— Supongo que podría estar bien — admite, sin poder contener la risita que se cuele por sus labios al hablar — . ¿Crees que dos miserias equivalen a un sueldo decente?

— Depende de lo que uno considere sueldo decente — digo, guiñándole un ojo.

Hay algo en los hombres temerarios que, desde el principio de nuestra existencia, nos ha traído de cabeza a las mujeres. Y eso mismo ocurre conmigo

cuando el guaperas que tengo a mi lado pisa a fondo el acelerador para, según sus propias palabras, “probar el trasto que está conduciendo”. Veo cómo el cuentakilómetros pasa de doscientos y mi corazón pega un vuelco enorme.

— ¡Qué haces, Axel! — grito, histérica — . ¡Estás loco! ¡Para!

Pero en realidad mi entrepierna dice algo muy diferente a lo que yo le estoy gritando.

Cuando aparca en mi plaza del edificio y me bajo de mi Audi para pisar tierra firme siento una mezcla de alegría y tristeza. Estamos de vuelta en “Amour et vie” y ambos debemos recuperar nuestros respectivos roles: yo soy la jefa, él mi secretario. Distancia, seriedad, profesionalidad.

— Creo que subiré a por unos cafés antes de entrar — me avisa — . ¿Quieres que te lleve uno?

— Sí, por favor.

Asiente y, sin decir nada, se dirige hacia las escaleras de subida a la calle. Yo camino hasta el fondo del garaje con mis tacones de aguja creando una sinfonía peculiar en cada paso que doy.

— Violeta — me llama Fernando, que como no, me estaba esperando metido en su coche.

Camina hasta mí con cara de pocos amigos. Parece... muy enfadado. Así que deduzco que hoy no sacaré nada bueno de él.

— ¿Me vas a explicar lo que acabo de ver?

Me sujeta la muñeca y me gira para encararle.

— No sé a qué te refieres — respondo, escueta, sin alterarme ni un ápice.

Aunque en realidad es mentira. Está preguntándome, indirectamente, a ver por qué Axel conducía mi coche y a ver por qué me ha traído a trabajar.

— Sí lo sabes, Violeta — asegura — . ¿Qué hacías con él?

¿Fernando está... celoso? Él que es impasible, que dice no pertenecer a nadie, que no cree en el compromiso... ¿Él está celoso, de verdad? ¿Y con qué derecho se cree a pedirme explicaciones?

Sé que podría aclarar todo este embrollo contándole la verdad. Quizás, incluso, se sentiría feliz y agradecido por haberle librado de la presión que ejercía mi familia y terminaríamos haciendo el amor en el interior del ascensor. Pero no. No me apetece tener que excusarme cuando él es el primero que no quiere darme explicaciones de su vida personal.

— ¿Por qué te importa tanto, Fernando? — pregunto de mal humor — . ¿Acaso te has interesado por mí en todo el fin de semana? Ni una llamada, ni un lo siento — escupo, rabiosa, justo cuando las puertas del ascensor se abren — . Nada. Te dio igual cómo me hubiese quedado después de la reunión.

Pasamos al interior del ascensor. Fer pulsa la última planta y me reta con la mirada, en silencio.

— La que me estropeó la reunión y la única que no se supo comportar como una profesional fuiste tú, Violeta — me dice con voz muy seria — . Pero eres tan egoísta que ni siquiera te has parado a pensarlo.

Trago saliva, aprieto los puños con fuerza y cuento los segundos para que el ascensor termine de llegar a nuestra planta. Cuando las puertas se abren me siento libre, como si hasta ahora hubiese sido un pobre pajarillo enjaulado.

— ¿Violeta? — me llama Fer justo cuando yo comienzo a caminar en dirección a mi despacho para resguardarme de él — . Quiero que sepas una cosa.

Me doy la vuelta y le miro.

— ¿Qué?

Fer sonríe con malicia y yo no tardo en identificar ese gesto. Es la sonrisa que pone cuando alguien, y le cito literalmente, le “ha tocado los cojones” y por fin se la puede devolver.

— Que sepas que el acuerdo con “Actual” llego a buen puerto — me notifica — . Hoy comenzamos a preparar su integraci3n... Los detalles los tienes en el email.

Tengo que hacer un esfuerzo inhumano por mantener el tipo y no echarme a llorar aquí mismo. Asiento con seriedad, apretando la mandíbula, y retomo el camino hacia mi despacho.

Entro en su interior y sigo manteniendo la calma. Las persianas est n bajadas y Fer no puede verme, pero sí que estar  atento para comprobar si me desmorono y no quiero concederle dicho placer. Así que enciendo el ordenador con los ojos empañados y comienzo a releer los emails hasta que, pasados quince minutos vuelvo a sentirme a salvo y me puedo echar a llorar en la intimidad.

Estoy perdi ndole a él, estoy perdiendo “Amour et vie” y ahora mismo creo que, incluso, me estoy perdiendo a mí misma. Y no s  c3mo frenar esta avalancha que me est  arrollando y engull ndome poco a poco.

—  Violeta? — Axel asoma la cabeza por la puerta.

Lleva dos caf es en las manos y su expresi3n es tierna y comprensiva. S  que hago muy mal apoyándome en él, pero en estos instantes lo último que me apetece es estar a solas.

— Pasa.

—  Ya te han dado la mala noticia, verdad? — me dice, dejando el café frente a mí.

Me enjugo el llanto y asiento con la cabeza.

— Sé que era importante para ti. Lo siento.

— Gracias — murmuro, dándole un trago al café.

En menos de una hora tenemos una reunión con todo el equipo para debatir qué partes de la revista se pueden suprimir. La incorporación de “Actual” a “Amour et Vie” va a llevar consigo demasiados cambios, así que supongo que los próximos meses de trabajo serán duros. Tengo que reponerme del golpe y esforzarme porque esto salga lo mejor posible o todo el sacrificio que he realizado en la vida para que “Amour et vie” saliera a flote no habrá servido de absolutamente nada.

— Vas a representarme en la reunión, Axel — le informo mientras le doy un largo trago al café. Necesito espabilar lo antes posible y ponerme las pilas — , cuando termine vuelve al despacho y explícame todo lo que ha pasado. Toma notas. No te olvides nada importante.

— ¿Yo..., yo? — tartamudea, sorprendido.

— Sí, tú. Para algo eres mi secretario personal, ¿no?

Axel titubea.

Sé que estoy delegando una gran responsabilidad en él, pero tengo poco tiempo, mucho trabajo y escasas ganas para hacer una reestructuración de la revista; de manera que no puedo pasarme tres horas del día metida en una sala de reuniones discutiendo con Fer. Sé que intentará sacar mis secciones favoritas, ésas de las que yo me siento orgullosa. Sí, esta lucha entre nosotros por ver a quién le pertenece más la revista nos va a arrastrar a la quiebra, así que lo mejor que puedo hacer es mantenerme al margen, trabajar duro y después presentar una propuesta. En realidad, creo que es lo que deberíamos de hacer todos.

En el fondo me duele muchísimo saber que todo esto lo hace movido por el poder y por las ganas de demostrar que puede moldear “Amour et vie” a su

antojo para hacerla únicamente suya. Quitarle mi firma, por así decirlo.

— Creo que deberías ir, Violeta — me dice Axel — , no sé, se hablará de la...

— Vete a buscar a Luca y a los demás — le corto — , por si no se han enterado de la reunión.

Él suelta un suspiro de resignación, asiente y se aleja hacia la puerta.

— Axel — murmuro antes de que salga — . Lo harás bien.

— Vale...

No parece muy convencido.

— Y gracias. Gracias por tu apoyo.

El asiente seriamente y me dedica una de sus sensuales sonrisas.

Después cierra la puerta y yo me quedo a solas con el ordenador, mis miedos y mis ganas de esconder la cabeza debajo de la mesa y seguir llorando hasta inundar el edificio.

*...nunca vienen solas.*

Llevan más de dos horas reunidos, así que supongo que la incorporación de “Actual” a la revista no está siendo tan sencilla como Fer había esperado. Y no me sorprende.

Mientras ellos pierden el tiempo discutiendo, yo repaso el contenido de “Actual” e intento valorar qué secciones se pueden salvar. La verdad es que la tarea no es sencilla. La mayoría de la revista está compuesta por reportajes a políticos, empresarios o economistas que, a mi juicio, no conoce ni Dios. Pienso qué quizás podríamos mantener la parte de las entrevistas y cambiar a los políticos por grandes empresarios. La revista “Amour et vie”, por mucho que a Fer le pese, está dirigida a mujeres, así que si esos empresarios están de buen ver, mejor.

El teléfono de mi escritorio suena un par de veces, pero yo lo ignoro. Supongo que Fernando le habrá pedido a Lola que me localice o que averigüe por qué no he asistido a la reunión. Lo silencio para que las llamadas entrantes no me distraigan y vuelvo a centrar mi atención en el ordenador. No puedo suprimir la sección de moda porque es una de las más leídas, y tampoco puedo suprimir la sección de preguntas y respuestas de la columna porque acabamos de contratar al escritor indie y aún tiene contrato para los próximos cuatro meses. Además, sospecho que también será una de las secciones favoritas de las lectoras.

Golpean la puerta de mi despacho y yo levanto la cabeza.

— ¿Puedo pasar, Violeta? — la voz de Lola llega hasta mí con timidez.

Resoplo, un poco hastiada.

— Pasa, Lola, pasa...

— Verás, Violeta, es que tu hermana Sa...

Pero a la pobre Lola no le da tiempo a decir nada más porque Sara aparece tras ella, la arrolla para hacerse paso al interior e irrumpe con Teo en brazos.

— ¿Dónde diablos tienes el teléfono móvil, Violeta? ¿Y por qué no contestas el fijo de tu despacho?

Lola, inmóvil, no sabe si quedarse o no.

— Puedes irte — le digo, despidiéndola con la mano antes de volver a prestar atención a Sara — . ¿Qué te pasa? Estás muy alterada.

— ¡Pues que llevo intentando localizarte más de una hora! — exclama, histérica — . Toma, ve con la tía Violeta — dice, mientras extiende los brazos para que coja a Teo.

Yo le recibo porque no me queda otra opción.

— ¿Qué haces? — pregunto, alterada — . ¿No pensarás dejarme al niño aquí, no?

Sara deja una bolsa en la silla que hay frente a mí y la señala.

— Hay pañales, papilla, fruta triturada, toallitas, juguetes, ropa de recambio, biberón... — explica — . Cualquier cosa que necesites está en esa bolsa, ¿vale?

— ¡No, no! — exclamo boquiabierto — . ¡Yo no puedo quedarme con el niño! ¡Tengo mucho trabajo!

Sara, que parece muy alterada, coge aire profundamente y lo suelta con lentitud.

— A ti nadie va a despedirte, pero yo ya llevo tres horas tarde al trabajo y si no aparezco en media hora estaré, oficialmente, en paro.

— ¿Y Petter? ¿No se supone que era él quien cuidaba del niño por las mañanas? — pregunto sin ser capaz de ocultar mi tono de desesperación.

No puede estar hablando en serio.

¿Cómo voy a cuidar del niño si ni siquiera sé cuidar de mí misma?

— Petter tiene sarampión. Está con cuarenta de fiebre y no puede ni moverse de la cama — me explica mientras me roba un trago del café que tengo en la mesa. Pone cara de asco antes de continuar — . Está helado... Bueno, Violeta, no tengo a nadie más.

— ¿Y mamá...? — murmuro, comenzando a sentir cómo un ataque de pánico se apodera de mí.

— Sabes que mamá está de camino a Alicante, así que solamente te tengo a ti — insiste — . Lo pasaréis muy bien, ya verás — añade, acercándose al pequeño para darle un beso — , os servirá para estrechar lazos.

— Ya son muy estrechos...

Pero antes de que consiga encontrar una excusa coherente para librarme del niño, Sara ya se ha esfumado. Lo levanto en el aire y le miro. Teo es bonito. Bueno, en realidad, todo lo bonito que puede ser un niño. Tiene los ojos castaños y muy grandes, así que parece uno de esos muñecos que se anuncian en navidades por la televisión.

— ¿Qué tal estás, Teo? — pregunto, mirándole muy fijamente.

El niño tuerce el gesto en una mueca extraña y, segundos después, se echa a

llorar. ¡A berrear!

— No, no, no llores... ¡No llores! — exclamo, nerviosa.

Empiezo a dar saltitos y a mecerlo como suele hacerlo Sara. La verdad es que no sé qué diablos estoy haciendo, pero no funciona. El niño cada vez llora más y, si no deja de hacerlo, creo que terminaré perdiendo la cabeza.

— Vamos, vamos... No llores, Teo... La tía Violeta está aquí...

La puerta de mi despacho se abre y Axel aparece al otro lado con una de sus contagiosas sonrisas.

— ¡Teo! — grita, nada más verle, acercándose a mí para cogerle — . ¿Cómo está mi campeón? — murmura, rozando su nariz con la del niño.

Teo deja de llorar de la misma y yo me permito relajarme.

— ¿Cómo...? ¿Qué haces aquí? ¿Ya ha terminado la reunión?

Él sacude la cabeza en señal de negación mientras le hace carantoñas al niño.

— Lola me ha dicho que necesitabas ayuda y me he ido. De todas maneras, no te estás perdiendo nada interesante...

— Tengo que darle las gracias a Lola — me digo a mí misma en voz alta.

Teo se ríe y Axel le imita.

— La verdad es que sería una novedad. Hazlo, te lo agradecerá.

Lo fulmino con la mirada y me dejo caer en la silla de mi escritorio.

— Petter tiene el sarampión, mi madre ya se ha marchado y Sara tiene que trabajar — le explico con agotamiento — , así que nos toca cuidar del pequeñín.

— ¿Nos toca? — repite Axel.

Tiene a Teo sentado sobre su regazo, y no sé cómo lo consigue, pero el niño

está feliz.

— Eres mi secretario personal, ¿no? Tendrás que hacer lo que yo ordene.

— Y supongo que la orden es cuidar de tu sobrino.

— Sí — murmuro, agotada.

Me levanto de la silla para cerrar la puerta que se ha quedado abierta y vuelvo a sentarme en mi sitio. Mientras tanto, Axel tira su chaqueta al suelo y pone al niño sobre ella antes de dejar un par de cochecitos de juguete junto a él.

— Estará entretenido mientras me enseñas los avances — señala, guiñándome un ojo.

Le miro... le miro... Y sigo sin creerme que este chico sea de verdad. Ahora mismo no sé qué sería de mí sin él.

Aprovecho que Teo nos concede una tregua, activo el proyector y pongo en marcha las diapositivas que he estado revisando. El resto de la mañana, gracias a Dios, transcurre con tranquilidad. Tengo que admitir que mi sobrino no es tan llorón y mocososo como yo creía y que este ratito con él, incluso, me ha servido para comprender que los niños no son tan malos. Supongo que Axel ha colaborado en que la experiencia no haya sido traumática. Para la una del mediodía ya hemos revisado ambas revistas de arriba abajo y hemos llegado a la conclusión de que, me guste o no, no quedará más remedio que suprimir las últimas tres secciones de “Amour et vie”. Eso sí, la incorporación de “Actual” debe de ser progresiva y, además, modificada. No podemos meterles un tostón de ciencias económicas a nuestras lectoras porque no nos volverán a comprar.

Axel propone realizar una encuesta en las redes sociales para saber qué es lo que les gustaría saber a las lectoras y, además, se le ocurre una idea brillante: ¿y si los reportajes a empresarios los enfocamos en diseñadores de ropa, fotógrafos, y gente del mundo de la moda? El cambio no sería tan drástico. En

el tema de la política también podemos meter mano. ¿Quién no quiere conocer la vida de nuestros representantes? Podemos modificar las entrevistas para que, buena parte de las preguntas, tengan que ver directamente con su vida personal.

Al final conseguimos tener un dossier listo. Después de comer le haré los últimos retoques antes de enviárselo a todo el personal de “Amour et vie”. Rezo porque llegado ese momento Fer me dé su apoyo y no me ponga más trabas. Y este último pensamiento, además, me hace reflexionar en si no debería hacer las paces con él antes de que nuestra situación se vuelva irreversible. Llegado ese punto ambos saldríamos demasiado perjudicados y, al menos yo, con el corazón roto.

Miro a Axel de reojo. Está jugando al escondite con Teo y ambos parecen igual de entretenidos. Él esconde el rostro entre sus manos y le pregunta “dónde está” antes de reaparecer. Teo parece encantado y no para de reírse, así que yo me relajo. Sí, con Axel es muy fácil que todo vaya bien.

— ¿Te importa si me marchó un momentito? No tardaré — aseguro.

Sé que Axel estará deseando cogerse su descanso para comer y no quiero hacerle esperar mucho, así que procuraré que la conversación con Fer sea breve.

— Claro que no. Vete.

Primero paso por el lavabo de señoras.

Después de la llorera de esta mañana mi cara deja mucho que desear, así que me retoco superficialmente el maquillaje y me recoloco los rizos rebeldes que se han escapado del recogido.

Saludo a Lola al pasar por la recepción y procuro ser agradable preguntándole qué tal ha ido la mañana — es lo mínimo que se merece después del favor que

me ha hecho rescatando a Axel de la reunión para mandarlo a mi despacho — , pero mi repentino buen humor le pilla de improviso y se queda pasmada sin saber qué responder. Me digo a mí misma, reprimiendo una risita, que debo empezar a ser más agradable. A fin de cuentas, ¿he conseguido algo manteniendo las distancias con los trabajadores? La verdad es que no demasiado. Creo que con el único que he sido agradable ha sido con Axel, y es innegable que está dando buenos frutos.

Camino hasta el despacho de Fer.

Por lo general suelo irrumpir en él sin llamar antes, pero las cosas entre nosotros no están bien y creo que lo mejor es ser educada. Levanto la mano y me dispongo a golpear la puerta cuando, de pronto, escucho algo en su interior. Es una voz femenina. Sé que estoy haciendo muy mal, pero guardo silencio y pego la oreja al interior. Sí, tiene que ser la tetona de Raquel. Me aseguro de que no haya nadie que pueda verme espiándoles y guardo silencio, esperando escuchar algo más.

— ¡Oh, sí, Fernando...!

Me quedo helada.

¿Eso..., eso ha sido un gemido? Escucho un golpe seco que podría ser perfectamente el escritorio moviéndose. También percibo otro jadeo... uno masculino.

— No puede ser — me digo a mí misma en voz alta con un mal presentimiento.

Y sin poder contenerme, abro la puerta de golpe y porrazo y... ¡Les pillo en plena faena!

La golfa de Raquel está tirada sobre el escritorio con las piernas abiertas y él tiene los pantalones bajados y está sobre ella. Ambos me miran boquiabiertos antes de apartarse del escritorio y de comenzar a buscar su ropa con nerviosismo. Tengo ganas de vomitar, el corazón a mil por hora y ahora mismo

siento que toda mi vida es una pesadilla hecha realidad.

— No es lo que parece... — me dice Fernando.

Yo necesito coger aire profundamente antes de responder.

— ¿Y qué es? Explícate — respondo con el tono de voz ronco y contenido — .  
Vamos, te estoy escuchando.

Parpadea, incrédulo, pero no dice nada.

La guarra de Raquel se ríe en voz baja mientras a mí me dan ganas de lanzarme sobre ella y estranglarla con mis propias manos.

— Cretino... — susurro, cerrando la puerta de un portazo y dirigiéndome a mi despacho para recoger a Teo.

Creo que por hoy no me quedan fuerzas ni ganas para nada más. Contengo el llanto y me digo a mí misma que cuando por fin me quede a solas podré derrumbarme y llorar todo lo que quiera sin que nadie me juzgue. Solamente tengo que soportarlo un poco más.

— Axel... — susurro al entrar en voz muy baja — , me voy a marchar a casa con Teo. No me encuentro bien.

Él me mira con el ceño fruncido.

Creo que estos días hemos pasado el suficiente tiempo juntos como para saber distinguir cuándo uno de los dos flaquea. Además, no sé cómo ocultar mi angustia. Creo que es demasiado evidente.

— ¿Te encuentras bien?

Y por primera vez en mi vida me doy cuenta de que no tengo fuerzas suficientes para mantener las apariencias y mentir.

— No. No me encuentro bien.

*Pañuelos y chocolate*

Son las tres de la mañana y no consigo dormir.

Sinceramente, no os voy a engañar: creí que conocía a Fernando lo suficiente como para que, en el caso de encontrarme algo como esto, no me doliera. Pero me equivocaba. Duele. Y duele tanto que no sé ni cómo describirlo.

Después de despedirme de Axel cogí el metro — ¡por primera vez en diez años! — y regresé a mi casa con el niño. Sara llegó poco después y de inmediato supo que algo malo me pasaba; pero como Petter estaba tan mal, conseguí deshacerme de ella sin que insistiera demasiado.

Y aquí estoy. Las tantas de la madrugada, “El diario de Bridget Jones” de fondo en el televisor, un paquete de clínex medio gastado y una tarrina XL de helado de chocolate que hacía más de tres años que estaba en la nevera y que seguramente haya caducado hace tiempo. He preferido ni mirar la fecha, por si acaso.

Me duele la cabeza muchísimo, pero supongo que es uno de los efectos secundarios de llevar tantísimas horas llorando sin consuelo. Odio a Fernando. Yo, como una tonta, me había creído todas esas patrañas de que yo era especial y de que por mí estaba dispuesto a dar un poquito más que por las demás. Todo mentiras, claro. Supongo que ahora mismo soy tan innecesaria como cualquier otra.

— Cerdo asqueroso... — murmuro en voz alta antes de llevarme otra cuchara de helado a la boca.

Mañana estaré gorda, sufriré de acné por el consumo excesivo de chocolate y, encima, me sentiré igual de mal — seguramente peor aún — conmigo misma. Pero ahora mismo todo me da igual. ¿Por qué tengo la sensación de que mi vida, esa tan perfecta y que con tanto esmero he creado de la nada, no tiene el más mínimo sentido? Sufro un escalofrío que me recorre de pies a cabeza, así que tiro de la manta del sofá y me acurruco bien tapadita en una esquina. Eso sí, el helado no lo suelto. Ya puedo coger las peores anginas de mi vida, que pienso acabármelo enterito.

Me he debido de quedar dormida abrazada a la tarrina XL de helado, porque cuando vuelvo a abrir los ojos el contenido ya está derretido, el reloj del salón marca que son las cinco de la mañana y Bridget Jones ha quedado atrás para dejar paso a un documental sobre elefantes y jirafas. Estoy congelada y me duele todo el cuerpo por haberme quedado dormida hecha un ovillo sobre el sofá. Me arrastro hasta la cama sin abrir los ojos y me hago un ovillo dentro de ella. Estoy temblando de frío y sigo con esas inmensas ganas de llorar hasta quedarme vacía, así que intento volver a dormirme para que mi masoquista cabecita deje de pensar en Fer. Fer... el capullo de Fer. El asqueroso de Fer. El cabrón de Fer. ¿De verdad ha sido capaz de tirarse a esa furcia delante de mis narices? Cabronazo.

Sacudo la cabeza, intento concentrarme en algo que no despierte en mí ningún instinto asesino y me esfuerzo por volver a conciliar el sueño mientras me digo a mí misma que mañana será otro día y que todo mejorará. Claro que sí. Tiene que hacerlo, ¿verdad? La abuela Mona siempre me decía que “no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista”.

Como cada mañana y sin sufrir ningún tipo de alteración, el despertador suena

a las siete. Intento abrir los ojos, pero tengo los párpados pegados a causa de las legañas. A ciegas, consigo pausar la melodía del radio-despertador y me arrastro hasta el baño con los brazos estirados para no chocar contra nada. Estoy agotada. ¿Cómo es posible que esté tan cansada? Enciendo el grifo, me lavo muy bien la cara hasta quitarme todas las legañas y abro los párpados.

— Joder — murmuro, observando mi mal aspecto.

Tengo los ojos muy hinchados — supongo que a causa del llanto — y... ¡la cara llena de granos!

— ¿Quién diablos me manda a mí comer helado...? — me pregunto en voz alta mientras me froto los ojos, impresionada.

Esto no creo que pueda mejorarse ni con tres botes de maquillaje.

Deslizo la yema de mi dedo por encima de los granitos y me doy cuenta de que, en realidad, son manchas. Manchas rojizas que me han salido por toda la cara y..., ¡ay, no! ¡Están por todas partes! Rostro, manos, brazos... ¡Estoy plagada!

Me arrastro de vuelta a la habitación para dar con mi teléfono móvil. Tengo varias llamadas de Fernando, un mensaje de Axel preguntándome si me encuentro bien y un email de Lola donde me pregunta si cancela mis reuniones de hoy. Ignoro a Fernando, ignoro a Axel, respondo a Lola diciéndole que anule mi agenda de los próximos dos días y después marco el teléfono de Sara mientras presiento que, de un instante a otro, me desmayaré a causa del malestar.

— ¿Estás bien? — pregunta nada más descolgar —, ayer me dejaste preocupada.

Escucho a Teo lloriqueando de fondo.

— ¡No, no estoy bien! — exclamo, histérica — . ¿Qué diablos dijiste ayer que

tenía Petter?

Sara guarda silencio unos segundos.

— Sarampión, ¿por qué?

— ¡Teo me ha contagiado! — murmuro, echándome a llorar de forma desconsolada — . ¡Estoy fatal!

— Teo no te puede haber contagiado, Violeta — refunfuña Sara con voz de cansancio — , está vacunado contra el sarampión.

Me quedo pensativa unos instantes.

— ¿Entonces cómo me...? ¡Ay, no! ¡Petter me contagió el domingo!

Sara suelta una risita y yo muero en deseos de tenerla delante para estrangularla.

— Eso sí puede ser. Lo siento.

— Sara, joder, ¡tengo que trabajar! ¡La revista está en crisis!

Ella guarda silencio y tan solamente consigo percibir el ruido de la televisión entremezclada con balbuceos del pequeño Teo.

— ¿La revista está en crisis? — repite con voz seria.

Suspiro hondo.

Puede que decir que está en crisis sea un poco exagerado, pero una cosa tengo clara: si yo no estoy allí, al pie de cañón, entonces sí que tendremos una crisis. Y sería, además. “Amour et vie” me necesita más que nunca, así que no puedo permitirme enfermar.

— Tengo que dejarte — le corto sin responder a su pregunta — , me va a tocar ir llena de sarpullidos a la oficina..., así que dale las gracias de mi parte a Petter.

Sara suelta una risotada.

— ¡No puedes ir!

— ¿Y por qué no? — inquiero, arrastrándome hasta el lavabo.

Abro los grifos del agua caliente y sujeto el teléfono con el hombro para liberar mis manos y quitarme los pantalones de pijama. ¡Dios, qué frío hace!

— Porque el sarampión es algo serio, Violeta. Te va a subir la fiebre y estarás fatal... Además, no puedes ir por ahí contagiando a todo el mundo.

Me río irónicamente.

— Eso díselo a tu marido.

Y cuelgo.

Tengo que ir a las oficinas aunque eso implique arrastrar mi cuerpo de zombi por todo Madrid.

*Visita al corazón*

Diez minutos después consigo salir de la ducha y envolverme en el albornoz con el cabello chorreándome en la espalda. Intento secármelo con la toalla pero mis brazos pesan demasiado y estoy muy débil, así que desisto y termino tumbándome en la cama y tapándome con las mantas.

Muy bien, es evidente que tengo fiebre. Y que así no conseguiré llegar al garaje y menos aún hasta la oficina. Quizás, con un poco de suerte, logre reunir las fuerzas suficientes para preparar un café que me aporte un extra de energía.

Una hora después, sigo en la cama con el cabello calado y envuelta en el albornoz. He calado la almohada, pero en estos instantes todo me importa un pimiento. Quiero morirme. ¿Qué más me puede pasar?

Tengo la sensación de que alguien me ha echado un mal de ojo. O puede que el maldito karma me haya estado guardando todas mis malas jugarretas y ahora me esté machacando, devolviéndomelas de un solo tirón. Sea de la manera que sea, una cosa tengo clara: no puedo perder el día completo compadeciéndome de mí misma.

Son las nueve de la mañana cuando cojo el teléfono móvil para llamar a Lola, que no responde. Supongo que debe de haber salido de la recepción para sacar unas fotocopias o algo así. Pruebo suerte con Axel. Escucho como se reproduce un tono detrás de otro hasta que...

— ¿Violeta?

Sonrío al escuchar su voz.

No sé qué tiene ese chiquillo, pero su maravillosa presencia consigue solucionar todos mis problemas de un solo plumazo.

— ¿Estás en la... oficina? — pregunto con la voz apagada.

— Sí. ¿Te encuentras bien? Suenas fatal.

Reprimo una risita. ¿Solamente fatal? Parece que me han sacado de la ultratumba.

— Necesito que enciendas mi ordenador, te pases a un disco duro los archivos y las maquetas, cojas el dossier que preparamos ayer y lo traigas todo a mi casa.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Suspiro hondo antes de soltar la bomba.

— Tengo sarampión — murmuro, pero como no quiero asustarle, continuó con la explicación —, pero no vas a tener que verme. Dejas las cosas en el rellano y te marchas. No entraremos en contacto y no habrá riesgo de contagio.

Axel se ríe.

— Ayer nos pasamos todo el día trabajando... ¿No crees que a estas alturas ya estaría contagiado? — pregunta —, además, estoy vacunado. No puedo contagiarme.

¿Y yo por qué diablos no estoy vacunada? Sacudo la cabeza, diciéndome a mí misma que eso ya no importa. Ahora tengo que centrarme en conseguir ser productiva.

— Date prisa.

Cuelgo el teléfono y me destapo. Aún tengo el cuerpo húmedo y mi pelo sigue casi igual de mojado que cuando he salido de la ducha; así que hago un

esfuerzo sobrehumano, me lo enrollo en una toalla y me visto con el pijama más gordito y calentito que tengo.

La imagen que me devuelve el espejo es espeluznante. Tengo ojeras, el rostro lleno de marcas y, además, soy incapaz de mantenerme de pie más de un minuto seguido. Tiro del edredón de la cama y lo consigo arrastrar, haciendo un gran esfuerzo, hasta el sofá.

¿Cómo diablos sobrevive la gente al sarampión? Esto es... horrible.

Dormito un rato hasta que el timbre del portal me devuelve a la realidad. Son las once de la mañana y Axel ya está aquí. Le abro y sube cargado de cachivaches hasta mi piso, que está hecho un desastre.

— Joder... — murmura, mirándome muy fijamente.

Le fulmino con la mirada.

— ¿Has traído todo?

Él asiente, aún boquiabierto.

— Tienes muy mal aspecto, Violeta — asegura — . ¿No deberías llamar al médico?

Me tapo hasta arriba con el edredón y niego con la cabeza.

— Coloca el portátil encima de la mesa y trae el dossier y el disco duro — ordeno, esperando que no haya olvidado que aquí mando yo — . Como no puedes contagiarme, te quedas. Voy a necesitar ayuda.

Él sonrío y levanta una bolsa en alto, mostrándomela.

— ¿Qué es?

— Pues... un táper de sopa de mi madre — me dice con una sonrisa — , que según cuenta la leyenda es capaz de curarlo todo. También, revistas...

— añade, sacando varias revistas y un periódico — , Titanic...

— ¿Me has traído la película de Titanic? — me rio, divertida.

Él asiente.

— ¿A qué chica no le gusta Titanic?

— A mí no.

— Mentirosa — murmura, justo antes de sacar una enorme caja de bombones y dejarla en el sofá — . Y lo más importante, chocolate. Creo que es más efectivo que la sopa de mi madre, pero mejor no se lo decimos...

Le miro muy fijamente.

Axel es... Es un amor, para qué negarlo. Y si a eso le sumo lo sexy que está con esos vaqueros ceñidos que le marcan el paquete y esa camiseta de tirantes que deja al descubierto buena parte de su musculatura... Dios. Puede que mi cabeza esté delirando por la fiebre, pero si no estuviera moribunda en estos instantes no dudaría en lanzarme a su boca.

— Abre la caja de bombones y deja de mirarme de ese modo — murmuro con la voz apagada y una amplia sonrisa.

Media caja de bombones más tarde, conseguimos ponernos a trabajar.

Mis fuerzan menguan por minutos y tengo que aprovechar los pequeños instantes de lucidez que padezco. Axel se sienta junto a mí, deja que le pase las piernas por encima del regazo y trabaja en el dossier con la misma perseverancia que lo haría yo. Eso me tranquiliza. Supongo que, ahora mismo, necesito a alguien de confianza en quien poder delegar mis responsabilidades. Y al único que tengo es a él. Quizás podría haber hablado con Luca, pero sospecho que en estos momentos mi equipo se deja influenciar demasiado con los mandatos de su jefe supremo. Y Fernando... mejor ni hablo de él. Solamente de pensarlo creo que me salen más manchas y que el cuerpo me

empieza a picar todavía más.

Al mediodía mi secretario personal me calienta un bol con la sopa de su madre, me lo da a cucharadas y después me traslada en brazos hasta la cama. Me toca y me dice que estoy ardiendo. Yo, que le veo borroso y que estoy mareada, ni siquiera le consigo responder. Baja las persianas, me da un medicamento que supongo que servirá para la fiebre y me deja en mi habitación para que descansa un rato. Le hago prometer que vendrá a despertarme en media hora y él asegura que cumplirá, pero no lo hace. Tres horas después, a las siete de la tarde, me despierto en la penumbra y me arrastro como un alma en pena hasta el umbral del salón.

— No me has despertado — refunfuño al verle.

Creí que, dada la hora tardía, Axel ya se habría marchado a su casa. Pero no, sigue aquí, trabajando en el dossier y en la presentación en power point.

— ¿Por qué no te quedas descansando un rato más?

Niego con la cabeza.

Sin poder remediarlo, las piernas me fallan y me dejo caer hasta el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Axel acude en mi rescate y, como buen caballero, vuelve a cargarme en sus brazos para trasladarme al sofá.

— No seas así, Violeta — me recrimina —, tienes que relajarte un poco y exigirte menos.

Me encantaría responderle que debería de estar exigiéndome mucho más, pero mi voz se pierde en algún lugar lejano de mi interior y solamente consigo emitir un sonido indescifrable. Intento prestar atención a lo que él está escribiendo en el procesador de textos del ordenador, pero tengo la visión borrosa y no consigo distinguir demasiado. Al final, termino dormitando durante varios minutos sin darme cuenta. Soy consciente porque cada vez que

abro los ojos las páginas que lleva creadas aumentan; así que o Axel tiene un super-poder que no me ha contado y ralentiza el tiempo, o yo me estoy perdiendo buena parte de la tarde.

Me quedo dormida.

Debe de ser bastante tarde porque todo está a oscuras cuando abro los ojos. Axel está hablando con alguien en el salón de mi casa, así que me sobresalto cuando veo otra silueta a escasos metros de mí.

— Sssh... vuelve a dormirte, Violeta — me dice la voz de Sara — , está todo bien.

Pestañeo varias veces y gruño.

¿Qué diablos hace mi hermana aquí? ¿Y por qué Axel sigue en mi casa?

Quiero mandarles a los dos al cuerno, pero ni siquiera tengo fuerzas para eso. La sombra borrosa de Sara se mueve de un lado al otro del salón mientras habla con Axel.

— Gracias por quedarte... No tiene a nadie más... Es un consuelo saber que estás a su lado...

Solamente consigo percibir frases sueltas.

Antes de marcharse, Sara me da un beso en la frente y me dice que me quiere. Y la verdad es que yo también la quiero mucho; a fin de cuentas, hermana solamente tengo una.

— Venga, bella durmiente... Te voy a trasladar a la cama — me dice mi chico de ojos azules.

— Eres mejor que él — murmuro con la vista clavada muy fija en sus ojos mientras él me coge en sus brazos — , mucho mejor...

Axel se ríe.

Seguro que se piensa que estoy delirando, pero no. Soy plenamente consciente

de lo que estoy diciendo.

— Tienes mucha fiebre... — asegura muy serio — . Si no te baja tendré que llamar al médico para que venga a verte.

— Eres mucho mejor que Fernando — murmuro, aunque sé que no me toma en serio.

En realidad, creo que Axel es la mejor persona que he conocido en mi vida.

— Y tú eres mucho mejor de lo que intentas aparentar — se ríe, dejándome en la cama.

Sonrío al mirarle.

Él me devuelve la sonrisa con diversión y me guiña un ojo. Después me arropa con el edredón que, por arte de magia, ha vuelto a mi cama desde el sofá y me dice que tengo que descansar.

— Mañana estarás mejor.

*Un nuevo despertar*

Los siguientes dos días son los peores de mi vida.

Los paso sumida en una realidad paralela en la que todo es borroso, nadie habla con claridad y me siento muy cansada. Poco a poco la fiebre va remitiendo y comienzo a sentirme mejor, pero los picores y las ronchas de color salmón que se han expandido por todo mi cuerpo no ayudan en nada. Gracias a Dios, creo que ese es el último síntoma del maldito sarampión que aún me queda por vencer.

— Tienes mucho mejor aspecto — me dice, guiñándome un ojo.

Sí, él sigue aquí.

Supongo que la Violeta de siempre hace tiempo que lo habría despachado a su propia casa, pero la Violeta enferma quiere seguir recibiendo cuidados y mimos y no quiere que Axel la abandone.

— Me siento mejor — admito, pausando la película — . ¿Cuántas veces hemos visto Titanic en veinticuatro horas?

Él se ríe y el sonido de su risa se me contagia hasta provocarme una carcajada.

— Creo que ésta es la primera vez que la ves de verdad.

Asiento.

Debo admitir que tiene razón. Las otras cinco veces estaba demasiado febril

como para ser consciente de que Leo se estaba ahogando.

— Oye, Violeta... — murmura con la voz apagada — , hace unos días llamo Fernando.

Trago saliva.

La verdad es que era de esperar. Llevo tres días sin pasar por la oficina y lo único que sabe de mí le llega a través de Lola.

— ¿Y qué quería?

— Quería saber qué tal estabas y... — comienza, y por su tono de voz sé que lo que va a decirme no me gustará — , quería notificarte que la absorción de “Actual” ya se ha realizado.

Asiento muy despacio.

— ¿Le enviaste nuestro dossier, verdad?

Axel se muerde el labio inferior.

— Sí, pero no lo ha tenido en consideración. Me ha dicho que su equipo ha preparado la plantilla y que Luca y el resto le han dado el visto bueno. Como tú no estabas, tu equipo ha tomado las decisiones. El siguiente número con las modificaciones saldrá dentro de una semana.

No puedo creer lo que me está diciendo.

Siento una oleada de rabia recorriendo mis extremidades y me tengo que controlar para no saltar del sofá y comenzar a destrozar los muebles de mi piso. ¿Cómo ha sido capaz de hacerme eso? ¿Por qué? Sabe muy bien que he estado trabajando en ese maldito dossier día y noche, incluso estando enferma. Y él... Él ni siquiera ha tenido la consideración de pasarse por aquí para ver qué tal estaba.

Quiero reprimir el llanto, pero las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos de

forma silenciosa. Es por la impotencia que siento. Tengo la sensación de que todo se está desmoronando y de que, por mucho que me esfuerce por mantenerme a flote, me estoy hundiendo. Es como si me hubieran tirado al mar con piedras en los bolsillos; no importa lo mucho que me esté esforzando por subir a la superficie porque cada vez estoy más y más abajo. Y me quedo sin fuerzas. A estas alturas, ya no sé cómo seguir enfrentándome a Fernando ni si lo nuestro merece la pena. ¿Cómo diablos puedo estar perdiendo mi tiempo y mi vida con un hombre al que no le importan mis sentimientos? ¿Cómo puedo consentir todo lo que se le antoje por el simple hecho de retenerlo a mi lado? Y todo esto sin contar a la tetona de su secretaria. Joder.

— “Amor et vie” nunca volverá a ser lo que yo creé — susurro en voz baja, mordiéndome el labio inferior con los ojos empañados.

— Sé que ahora mismo nada de lo que te diga te consolará pero... — Axel se queda en silencio unos instantes y me levanta la barbilla con un dedo — , quiero decírtelo de todas maneras; ya lo hiciste una vez, Violeta. Podrás hacerlo de nuevo.

¿A qué se está refiriendo? ¿A la revista? ¿A enamorarme? ¿A confiar?

Axel atrapa una de mis lágrimas y la seca con el borde de su jersey. Me sigue observando con esos ojos azules que parecen ser capaces de traspasarme el alma, y eso me encanta. Creo que este chico tiene la mirada más sincera que nunca antes había visto. Y es irresistible. Eso y que nunca borra su sonrisa. ¿Y para qué engañarme a mí misma? Ahora mismo, lo único que necesito son sonrisas y palabras bonitas. Y él las tiene para mí.

Recorto la distancia que hay entre nosotros y sin pensar dos veces en lo que estoy haciendo, le beso. Es un beso suave, una leve presión de nuestros labios que despierta en mi estómago mil mariposas. Me aparto un poco confusa pero, antes de que pueda reaccionar, Axel se tira encima de mí. Coloca su mano en

mi nuca y me besa. Esta vez el beso es de verdad. Esta vez me come la boca. Su lengua recorre mis labios y después se abre camino a mi interior mientras su mano enreda dos mechones de mi cabello entre sus dedos para jugar con ellos. Le respondo al beso con la misma intensidad y me dejo caer levemente sobre él.

— Estoy asquerosa — murmuro, apartándome unos instantes de su boca para poder hablar.

No me he duchado desde esta mañana y, entre los ronchones que tengo esparcidos por todo el cuerpo y el sudor que provocan las subidas y las bajadas de fiebre, debo de estar intocable.

Él ni siquiera responde.

Sacude la cabeza en señal de negación y tira de mí para volver a acercarme a su boca. Yo interpreto eso como un “me da igual” mientras él me arranca la camiseta del pijama. Y digo que me la arranca porque, cuando la tira por encima de nuestras cabezas, es un auténtico milagro que siga entera. Me sigue besando con apremio, como si hubiera deseado esto demasiado y estuviera asustado porque pudiera desaparecer. Pero eso no va a pasar. Ahora mismo, tengo la sensación de que Axel es la botella de oxígeno que me está manteniendo con vida debajo del mar salado en el que me estoy hundiendo. Seguramente, cualquiera me diría que mi actitud es provocada por despecho — y puede que así sea, no lo sé —, pero no me importa. Estoy donde quiero estar y con la persona que, en este instante, más deseo.

Desata mi sujetador, liberando mis pechos. Se aparta de mi boca y me repasa con la mirada mientras sacude la cabeza en señal de negación.

— Para mí no eres real — me dice.

Y yo, que no sé cómo diablos interpretar eso, me río como una niña tonta que no sabe qué decir. ¿Qué más da? A estas alturas Axel ya conoce todas las

facetas posibles de mi vida, así que poco me queda por lo que avergonzarme delante de él y guardar las apariencias hace tiempo que dejó de tener sentido. Me aparta con delicadeza y me tumba en el sofá. Yo me quedo inmóvil, sonriéndole, mientras él desliza mis pantalones hasta sacármelos y me quita las bragas. Axel me observa con los ojos fuera de sus órbitas y eso me vuelve loca. Le gusto. Le encanto. Y no hace falta que lo diga porque sus gestos hablan por él.

Se desnuda con lentitud mientras se deleita observándome. Se quita el jersey y la camiseta de forma simultánea, dejando al descubierto sus marcados abdominales. Después hace lo mismo con el pantalón y los bóxers, sin olvidarse de los calcetines.

— Eres tan bonita... — murmura, y sé que lo dice con sinceridad.

Yo no me muevo.

Dejo que se tumbe lentamente sobre mí y enrosco mis piernas alrededor de su cuerpo. Me besa con pasión y, casi sin esfuerzo, se hunde en mi interior para hacerme el amor muy lentamente. Sí, esto que estoy disfrutando nada tiene que ver con el sucio sexo que tengo con Fernando. No hay morbo, ni posibilidad de que alguien nos escuche, ni me está estrujando el culo mientras me dice lo buena que estoy y lo cachondo que le pone follarme. Axel me toca con suavidad, me besa lentamente y me penetra con fuerza, hasta el fondo, mientras sus ojos y sus manos disfrutan de mi cuerpo. Me llena completamente, entrando y saliendo a un ritmo suave, pero profundo. Entra... sale... y me dice lo bonita que soy. Una y otra vez. Me besa el cuello sin importarle los ronchones que el sarampión me haya podido dejar ahí y me toca el cuerpo con suavidad mientras sus ojos azules me dicen todo lo que su boca no dice cuando está ocupada. Sus dedos se deslizan por mis brazos, por mi clavícula, por mis senos y por mi rostro. No hay una parte de mi cuerpo que le excite más que otra... Lo noto. Y eso... ¡Dios! ¡Eso me hace perder la cabeza totalmente!

Siento que estoy a punto de explotar de placer y, cuando lo hago, Axel lo hace simultáneamente.

Nos quedamos mirándonos muy fijamente y, sin poder remediarlo, ambos nos reímos.

— No sé de dónde has salido, Violeta... Pero espero que te quedes para siempre.

Intento descubrir si es la típica frase que uno dice después de tener relaciones sexuales o si, en este caso, me está hablando con sinceridad. Axel se estira, coge la manta del sofá y la tira por encima de nuestros cuerpos desnudos. Ambos estamos sudados, pero supongo que ahora mismo es lo que menos importa.

— ¿Podemos quedarnos así hasta mañana? — pregunto yo, risueña.

Él asiente, me besa el cuello y desliza su brazo por encima de mi cuerpo. Y cuando cierro los ojos, descubro que ya no me estoy ahogando en ningún mar, sino que, de pronto, he comenzado a flotar sobre él.

*Volver a la realidad*

Tengo la sensación de que, mientras yo estaba enferma, el tiempo se había detenido. Pero he descubierto que era una sensación equívoca cuando, al regresar, me he encontrado con la cruda realidad sobre la mesa de mi despacho. El dossier que mi equipo aceptó en mi ausencia es, en muy resumidas cuentas, inaceptable. Parece que a Fer le da igual lo que ocurra con “Amour et vie” y, para ser sinceros, no sé qué me ha roto más el corazón; que esté destrozando mi revista o que me la esté pegando con la golfa de Raquel.

Me digo a mí misma que tengo que hablar muy seriamente con Luca. Incluso, quizás, debería plantearme seriamente despedirles a todos y contratar a personas más competentes. Gente en la que pueda confiar. Como Axel...

Y hablando del rey de Roma, mi guapo y sensual secretario no tarda demasiado en aparecer por la puerta con dos cafés y un cruasán. Parece que cada día encuentra una nueva manera de sorprenderme.

— ¿Estás bien?

Sé que su pregunta no tiene nada que ver con mi enfermedad.

— Todo lo bien que una puede estar cuando vuelve al trabajo y se encuentra con... esto — señalo, cogiendo con dos dedos el dossier y dejándolo caer sin ocultar mi desprecio — . No sé cómo diablos lo voy a poder afrontar.

Él me mira seriamente y yo tengo la sensación de que está intentando encontrar una solución para mis problemas. No os engañéis, se lo agradezco. Pero el mayor de mis problemas es que estos no tienen solución. Lo único que puedo hacer es asimilar el golpe que voy a recibir para amortiguar un poco el impacto.

— Violeta, lo que te dije... era en serio.

— ¿A qué te refieres?

No comprendo de qué está hablando.

Él suspira hondo mientras yo enciendo mi ordenador y empiezo a prepararme para la acción.

— Ya lo sabes... A que si lo hiciste una vez, significa que lo puedes volver a hacer — asegura antes de dejar su café sobre la mesa —. Quisiste que “Amour et vie” creciera y tú no tenías presupuesto para lanzarla al mercado, pero ahora sí lo tienes.

— No te sigo...

Tengo tanta ansiedad que le doy un buen mordisco al cruasán que Axel me ha traído. Como norma general procuro comer bien — necesito compensar la falta de ejercicio de alguna manera —, pero hoy me da bastante igual. Ya me preocuparé por mi salud en otro momento.

— Me refiero a que tienes una opción que no estás considerando. Casi la mitad de esta revista sigue siendo tuya... ¿No la quiere para él? ¿No pretende hacer lo que le dé la gana? Pues véndesela, Violeta. Véndele tu parte y comienza de cero... Empieza de nuevo.

Me río irónicamente y sacudo la cabeza.

— No sabes lo que estás diciendo...

Sé de sobra que no soy capaz de vender “Amour et vie”. Esta revista es el resultado de todo el esfuerzo de mi vida y estoy dispuesta a aferrarme a ella aunque solamente queden sus cenizas.

— Sé lo que estoy diciendo. Lo harías bien... Esta vez, lo harías mejor.

Sacudo la cabeza en señal de negación y, confusa, le digo que debo ponerme a trabajar para poder adelantar un poco del trabajo que tengo acumulado. Por una parte, sé que tiene razón. Por otra, tengo la sensación de que nadie en este mundo es capaz de comprender lo que significa la revista para mí.

Me dedico toda la mañana a repasar artículos y columnas. Sobre las once hago una pequeña pausa para hablar con Luca y Mónica, pero soy incapaz de despedirles porque su rostro de espanto me deja bastante claro que actuaron coaccionados por Fer. Y eso, en realidad, me recuerda que aún tengo una charla pendiente con él. Ya han pasado cuatro días desde que le pillé tirándose a la rubia zorrón, así que debería armarme de valor y hacerle frente a la situación. Con ese pensamiento rondándome las siguientes horas, decido que después de comer me pasaré por su despacho; pero descarto la idea cuando me cruzo con la prostituta semidesnuda al que él llama su “secretaria personal” y ella, feliz, me dedica una sonrisa que a mi entender es una clara provocación.

Me remango la blusa, me atuso el pelo obligando a mis rizos a volver a su forma y me encamino hacia su despacho con un nudo en el estómago y la respiración agitada. Me quedo unos segundos observando la puerta mientras escucho el sonido de sus dedos aporreando las teclas del ordenador en el interior. Sé que está solo — o, al menos, que no está con la tetona — . Golpeo con los nudillos la puerta y espero a que su voz me indique que “puedo pasar”.

Fer levanta la vista de la pantalla, me mira fijamente y después suspira.

— ¿Ya se te ha pasado la tontería?

Pestañeo varias veces sin comprender a qué se refiere.

— ¿CÓ... Cómo?

Fernando sonrío, aparta el teclado a una esquina de la mesa y cruza sus brazos en el lugar que antes ocupaba el trasto.

— Ya sabes que no me gustan los dramas, Violeta — comienza a decir con un tono mordaz — , y esta vez te has pasado.

— ¿Perdona?

Estoy demasiado confusa como para conseguir comprender qué es lo que se le está pasando por la cabeza a este hombre.

— Sí, ya... Acostarme con Raquel fue un error garrafal, pero que cojas y desaparezcas tres días del trabajo porque estás rabiosa en vez de sentarte a hablar conmigo me deja muy claro la clase de niña inmadura que eres aún.

Siento sus palabras como una fuerte bofetada y me tengo que esforzar por mantener el equilibrio. Me tiemblan las manos y creo que, ahora mismo, estoy a punto de ponerme a gritar como una loca.

— Y luego está el tema de “Actual” — añade sin dejar de sonreír — . ¿Quién cojones te piensas que eres para intentar pasarme por encima? — me pregunta, levantándose de la silla y caminando un paso hacia mí — . Puede que crearas la revista, pero eso ha quedado en el pasado y en el olvido. Aquí mando yo, Violeta, te guste o no. Y que folles conmigo no te da derecho a pasarme por encima.

— ¿Per... dona?

Mi corazón va tan rápido y mi cabeza está tan saturada que creo que de un momento a otro empezaré a echar humo por las orejas. No puede estar hablando en serio. No puede ser posible que Fer sea tan egocéntrico y odioso.

— ¿Qué te pensabas que iba a hacer con la mierda de dossier que me has enviado? ¿Por qué no podías aceptar la absorción de “Actual”? Has intentado cargarte todo el proyecto modificando las cosas a tu antojo sin pensar en mi decisión.

Camino dos pasos hasta él para reducir las distancias y sin pensármelo dos veces, le respondo con mucha seriedad.

— ¿Sabes qué, Fernando? Lo dejo. Voy a vender mi parte para poder perderte de vista cuanto antes... — murmuro con el tono de voz contenido.

Sí, en realidad estoy deseando ponerme a gritar como una loca, pero supongo que eso no me ayudaría en nada.

— ¿Y qué harás, Violeta? — me pregunta, restándole importancia a mis palabras como si no las hubiera dicho en serio — . Por favor, déjate de amenazas y deja de comportarte como una niña. “Actual” se incorpora a “Amour et vie”, te guste o no tendrás que asimilarlo. Y sí... Yo, de vez en cuando, me acuesto con otras — me dice, apoyándose en la mesa y cruzando los brazos a la altura de su pecho — . Pero eso también lo sabías. No te he mentido en ningún momento y siempre te he dejado muy claro que no quería ninguna clase de compromi...

Y soy incapaz de contenerme.

Fernando no puede terminar su estúpido discurso porque antes de que consiga añadir nada más, yo le zurro una buena bofetada.

— Cretino... — escupo con rabia — . Eso es lo que eres..., un cretino.

Sus ojos echan chispas y temo que sea capaz de devolverme el golpe, pero antes de que Fernando pueda reaccionar, alguien llama a la puerta obligándonos a dejar atrás nuestra discusión.

— ¿Qué? — grita él de mal humor.

Lola abre una pequeña rendija y, con disimulo y timidez, asoma la cabeza.

— Señorita Bairina — me dice, mirándome únicamente a mí — . Su hermana está al teléfono y dice que es una emergencia.

Sí, cuando Fernando está presente Lola no me llama por mi nombre. Supongo que por mucho que me esfuerce en mantener las apariencias, aquí todo el mundo sabe que el jefe es él.

— Gracias, Lola — respondo, saliendo del despacho sin mirar atrás.

Camino por el pasillo con el corazón a cien por hora y, cuando llego a la recepción, respondo ahí mismo el teléfono. Lola se hace a un lado para dejarme un poco de intimidad.

— ¿Sara? — murmuro con el corazón en un puño mientras me digo a mí misma que este será mi último día en estas oficinas.

No puedo más.

Soy incapaz de soportarlo.

— ¿Violeta? — pregunta mi hermana con el tono de voz histérico mientras llora desconsoladamente — . ¡Violeta!

Conozco a Sara y sé que algo va mal. Algo va realmente mal.

— ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? — inquiero de forma atropellada — . ¿Estás bien?

Escucho su llanto desconsolado al otro lado de la línea de teléfono. Está histérica.

— Sara... dime qué pasa — suplico, y soy consciente de que Lola me está mirando con cara de preocupación — . ¿Es Teo? ¿Le ha pasado algo a Teo?

— No... Violeta... — balbucea entre sollozos.

— ¿Es Petter? ¿Está bien? ¿Ha empeorado?

Soy consciente de que esta semana no le he preguntado ni una sola vez por el estado de mi cuñado y eso me hace sentirme fatal.

— No... — responde sin dejar de llorar — . Es por el... por el abuelo José...  
— murmura entre sollozos — . Violeta... El abuelo ha muerto.

Sus palabras caen sobre mí como un balde de agua fría y necesito sentarme en la mesa de Lola para asimilar la noticia que acabo de recibir. No puede ser. No puede estar muerto.

— Pero si el domingo pasado le vimos..., y estaba bien.

Sara no puede dejar de llorar y eso me destroza el corazón.

— Ha sido de un infarto mientras dormía... La abuela Margarita está en el hospital, porque le ha dado un ataque de ansiedad al encontrarlo — me explica con la voz cargada de angustia — . Estoy yendo para allí — solloza.

— Está bien, Sara... Tranquila — susurro aún en shock — . Ya me encargo yo de llamar a mamá.

Escucho su llanto al otro lado de la línea y, sin responderme, cuelga el teléfono.

— ¿Violeta? — pregunta Lola, mirándome con preocupación.

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos y eso me recuerda que, durante esta semana, he llorado todo lo que no había llorado los últimos diez años.

— Mi abuelo ha fallecido... — consigo murmurar.

Lola se acerca hasta mí y, sin decir nada, me abraza. Y no es el abrazo de una empleada, sino el abrazo de una buena amiga.

*Las vivencias*

Dicen que las desgracias nunca vienen solas. Y dicen que el amor mata. Con el tiempo he aprendido que todo lo que se dice, se dice por algo. Cuando hay un mal común es porque realmente las cosas suelen ocurrir de esa manera. Sí, después de la tormenta viene la calma. Y sí, mal de muchos, consuelo de tontos.

En todo eso estoy pensando mientras observo los dos ataúdes en los que mis abuelos yacen. Mi abuelo José, que falleció mientras dormía plácidamente. Me gusta pensar que, en esos instantes en los que le dijo adiós al mundo, soñaba con los momentos más bonitos de su vida. Y mi abuela Margarita, que siempre soñaba despierta. Los médicos dicen que fue casualidad, que hacía tiempo que estaba muy débil y que la ansiedad de la pérdida de su marido terminó por llevársela. Pero yo estoy segura de que murió de amor.

Sara, deshecha en un mar de lágrimas, abraza a Petter y a su pequeño Teo. Me fijo en que su barriguita cada vez está más grande y en la bonita familia que ha creado. Sarita... la pequeña. Sonríe al pensar que, incluso en la peor de las tempestades, siempre sobrevive alguna flor. Mi madre, a diferencia de Sara, no llora. Estoy convencida de que por dentro se siente destrozada, pero ella es fuerte. Siempre ha sido la mujer más fuerte que he conocido y sabe que debe guardar la compostura y ser el pilar de la familia ahora que la necesitamos. Ella, mamá, siempre suele decir que yo salí a mi padre. Que me parezco demasiado a él. Incluso yo suelo decirlo bastante a menudo. Pero en el fondo

creo que me asemejo mucho más a ella. Ambas hemos aprendido a no mostrar nuestro sufrimiento y a dibujar una sonrisa en los días tristes. Ella lo aprendió por nosotras, yo lo aprendí por supervivencia propia.

— ¿Estás bien?

La voz de Axel me devuelve a la realidad.

— Sí, tranquilo — murmuro, deslizando mi mano sobre la suya.

Él me sonríe cariñosamente y yo me siento feliz por poder contar con su presencia en un día tan señalado y triste. No tenía por qué venir, pero insistió en hacerlo. Y en el fondo se lo agradezco; si él no hubiera estado aquí, mamá hubiera estado más atenta a mí que a la abuela Mona.

Estos días he aprendido una lección muy importante. Una lección que se ha grabado a fuego lento en mí. He aprendido que todo tiene solución, excepto la muerte. Eso es lo único que se escapa a nuestro control y que no podemos remediar. La abuela Mona se levanta para decir unas palabras y, mientras la escucho, rememoro lo perdida y hundida que me sentía cuando pensaba que el cordón que me ataba a “Amour et vie” se iba a romper para siempre. Recuerdo la rabia y la ira que sentí al ver a Fernando con otra. Y aunque todo eso sigue doliendo, ha dejado de tener la misma importancia que yo le daba.

Sí, he dejado la revista. Creo que no me quedaban muchas más opciones y verme obligada a actuar me sirvió para dar el paso. Con el dinero de mi participación comenzaré un nuevo proyecto y juro que esta vez no dejaré que nada ni nadie me influencie. Será mi proyecto. Puede, incluso, que le ponga mi nombre para que nadie lo dude jamás.

Axel tira de mi brazo para que me levante y, como un alma en pena, le sigo. El resto del día es uno de los más tristes de mi vida. Lloro. Lloro porque tengo muchos sentimientos acumulados en mi interior y soy incapaz de contenerlos por más tiempo. Sara también llora y, cuando nadie la mira, mamá también se

permite soltar un par de lágrimas.

— Estás muy guapa.

Miro a la abuela Mona preguntándome si ha perdido la cabeza.

— No digas mentiras, abuela — le respondo, aunque le dedico una sonrisa para suavizar mi tono de voz.

Voy sin maquillar, casi no he dormido en los últimos dos días y creo que he adelgazado cinco kilos desde que me enteré de que la tetona y Fer tenían un lío.

— Estás muy guapa — insiste ella, señalando a Axel — , él te hace brillar.

Me río tontamente y sacudo la cabeza a modo de respuesta. Tengo un nudo en la garganta y me cuesta hablar en voz alta.

— ¿Sabes que yo seré la siguiente, verdad?

La miro boquiabierta.

Lo dice con tanta convicción que no puedo evitar que un escalofrío me recorra de pies a cabeza.

— No digas eso, abuela.

— Así será — asegura ella — , o al menos, a Dios rezo porque así sea.

— Abuela, por favor...

Ella sonrío para tranquilizarme.

— Soy mayor, Violeta. Soy mayor y estoy cansada — me explica, acariciándome el rostro con su mano arrugada — . Si todavía sigo luchando es por ti. Tú siempre me has recordado a mí de joven... ¿Sabes que yo también tenía esos rizos rebeldes? Me recuerdas tanto a mí...

Le miro el cabello.

Ahora, después de tantos años, lo tiene liso y blanquecino.

— Quiero verte feliz, Violeta... — murmura en voz baja para que solamente yo pueda escucharla — , y creo que por fin has encontrado la felicidad.

Al decirlo, mira a Axel.

— Abuela él no...

— Sé quién no es — me corta, riéndose, divertida — . Todos habíamos visto a Fernando en las fotografías de la revista.

— ¡No puede ser! — exclamo, sorprendida — . ¿Y por qué no...?  
— murmuro, pero me quedo callada observando cómo Axel habla con mi hermana y Petter.

— Me gusta él. No sé cómo será ese Fernando, Violeta... Pero me gusta él  
— me dice, sonriente, justo antes de besarme la mejilla — . ¡Y se quiere casar!

Eso último lo añade con una risotada.

Voy a responderle que Axel y yo no tenemos nada serio. Quiero que lo sepa porque me parece injusto que se haga ilusiones, pero en ese momento mi madre aparece en escena y decido que es mejor dejar la conversación para otro instante.

— Todos sabemos cómo eres... y te queremos así — me dice la abuela Mona mientras se levanta del asiento.

Mamá frunce el ceño y pregunta sobre qué hablábamos, pero la abuela cambia de tema con maestría y la lleva a su terreno. Yo, simplemente, me quedo dónde estoy observando a la gente que me rodea. A él..., y a mi familia.

El resto del día decido dedicar cada pensamiento que tengo a mi abuelo José, que se enteraba de poco, pero siempre sabía qué decir, y a mi abuela

Margarita, que vivía en sus sueños pero siempre feliz.

¿Por qué uno nunca valora lo importante hasta después de perderlo? Supongo que esa respuesta jamás la obtendré.

*Reconciliación*

Siempre me ha gustado pensar que yo era la independiente de mi familia, pero en realidad, ahora creo que estaba bastante equivocada. Todos, incluida yo, estábamos muy unidos. Mucho más desde que papá murió. Quizás por esa misma razón la pérdida de mis abuelos esté siendo tan dolorosa y difícil de superar.

Me recuesto en el sofá y observo mi cuenta bancaria. Tiene bastantes más ceros de los que había llegado a imaginar; lo que significa que tendré más que suficiente para ese nuevo comienzo con el que sueño ahora. He dejado marchar a “Amour et vie”, pero eso no significa que mi carrera haya llegado a su final. Axel tiene razón. Si fui capaz de hacerlo en una ocasión, ¿por qué no voy a ser capaz de hacerlo otra vez? Sí, implicará trabajar muchísimo; pero estoy preparada para ir a por todas.

Mi teléfono móvil comienza a silbar. La pantalla se ilumina con el nombre de Fernando mientras un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Él. El hombre del que me creía enamorada y el que me rompió el corazón sin piedad. Intento decirme a mí misma que la vida pone a cada uno en su lugar, pero aún así no puedo evitar auto-torturarme imaginándome lo que podía haber sido si las cosas hubieran transcurrido de otro modo. La llamada se extingue y yo, cansada, resoplo. Llevo una semana sin contestarle el teléfono; ni a él, ni a Axel. Necesito estar sola, encontrarme a mí misma y pensar.

Estos últimos días han implicado demasiados cambios en mi vida. Y una cosa tengo clara; no puedo escuchar a mi corazón si mi cabeza aún no ha conseguido poner las cosas en orden. “Paso a paso”, me digo a mí misma mientras la pantalla vuelve a iluminarse y el nombre de Fernando reaparece en ella. Pero he de admitir que resistirme a él cada vez es más complicado. Axel, que es un poco más caballeroso y menos cabezón, me ha dejado mi espacio sin protestar. Fernando, en cambio... Sé que está acostumbrado a tener lo que desea y a no esperar, así que no lleva muy bien mi rechazo.

Cojo el teléfono, pulso la tecla de colgar y lo apago. Ya está. Se acabó. Me levanto del sofá y me dirijo al baño. Al hacerlo, paso por delante de la mesa del comedor y me quedo unos instantes observando el boceto de la nueva revista. Ésa que crearé de la nada y en la que invertiré todo lo que “Amour et vie” me ha dejado antes de decirme adiós. Me gusta. La revista “Bairina’s” contendrá todo aquello con lo que soñaba cuando mis primeras creaciones aún no habían visto la luz.

Paso de largo y entro en el servicio. Me desato la coleta y observo mi cabello rizado cayéndome por la espalda. Sonrío al imaginarme a la abuela Mona a mi edad, con el mismo cabello rebelde que yo poseo ahora. ¿Cómo envejeceré?, me pregunto de forma inconsciente antes de abrir los chorros de la ducha. Mientras el agua se calienta, me quito el pijama y lo dejo caer al suelo. He adelgazado bastante y mi aspecto actual no me agrada demasiado, pero supongo que cuando todo pase recuperaré el apetito.

Ya he metido un pie dentro de la ducha cuando el timbre de la entrada suena. Frunzo el ceño mientras me pregunto quién diablos puede ser. ¿Sara? ¿Mamá? ¿La abuela Mona? Me envuelvo en una toalla y, descalza, camino hasta la puerta para echar un vistazo a través de la mirilla.

— No puede ser... — suspiro, agotada.

— Sé que estás ahí, Violeta...

Es Fernando.

Quito el cerrojo y, sin muchas ganas, me asomo al exterior.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto con desgana.

— Déjame pasar, por favor...

Su rostro delata cansancio y no tiene buen aspecto. En realidad, creo que nunca hasta la fecha había visto a Fernando tan mal.

— Fernando, no pue...

— Por favor — me corta con gesto abatido.

Suspiro hondo, me hago a un lado y le dejo pasar.

— Si vienes a pedirme que vuelva a la revista, estás perdiendo el tiempo — murmuro con un hilillo de voz.

Fernando sacude la cabeza y se sienta en el sofá del salón. Tiene ojeras y también parece haber perdido unos cuantos kilos.

— No es eso — comienza con la voz ronca — . Bueno, sí, claro que quiero que vuelvas a la revista...

— No lo haré — aseguro con voz seria para no dejar lugar a dudas.

— ¿Ni siquiera dándote un 50%?? ¿A medias? ¿Cómo mi socia?

— Ni siquiera con esas, Fernando — le corto — . No pienso volver a pisar esas oficinas.

Se encoge de hombros y asiente.

Me doy cuenta de que ya no tengo ante mí al hombre decidido y seguro que estoy acostumbrada a ver habitualmente. No, para nada. Éste es otro Fernando. Uno muy diferente. Parece cansado y muy perdido, como si la vida estuviera

llevándolo por un camino bastante diferente al que él tenía planeado.

— No quiero perderte, cariño — susurra en voz baja mirándome a los ojos — , me da igual que no vuelvas a la revista, pero no quiero perderte.

Su voz hace que se me encoja el alma.

Estoy a punto de responderle que no puedo seguir así, que él no es lo que quiero para mi futuro y que por mucho que me duela tengo que dejarle marchar, pero entonces veo cómo una lágrima se desliza por su rostro y estar ante un Fernando capaz de llorar me deja congelada.

— Yo...

— Violeta, por favor. Créeme. Lo siento tanto...

— Yo... — comienzo de nuevo, procurando encontrar fuerzas para no venirme abajo — , yo no puedo seguir esperando a que quieras ser un hombre normal y quieras un compromiso, Fernando.

— Creí que tú tampoco querías una relación normal, Violeta.

— Pues me equivocada — resuelvo con seguridad — , sí la quiero. Quiero saber que la persona con la que duermo no se meterá en las sábanas de otra y quiero saber que, en un futuro, desayunaré, comeré y cenaré en la misma casa en la que esa persona habite. Lo siento.

Fernando abre mucho los ojos y, muy lentamente, asiente.

— Estaré dispuesto a todo — promete, levantándose del sofá y caminando un paso al frente — , a todo lo que me pidas, cariño.

Le miro y me doy cuenta de que ahora sí que se nos nota la diferencia de edad. Estos días parecen haber pesado como años para Fernando. Tienen las arrugas de los ojos muy marcadas y su aspecto ha decaído muchísimo.

— Lo que yo te pido no me lo puedes dar.

— Lo haría... por ti haría todo lo que acabas de decir — asegura mientras una segunda lágrima recorre su mejilla izquierda — , estaría dispuesto a irme a vivir contigo y, por supuesto, jamás te seré infiel. Violeta, por favor...

Se escurre del sofá y se coloca de rodillas sobre la tarima. ¿De verdad el hombre que tengo delante es Fernando?

— Por favor... Te lo suplico — murmura con la voz cargada de angustia — , ahora mismo no sé qué sería de mí sin ti.

— No puedo creerte, Fernando — le respondo, caminando hasta él y tirando de su brazo para obligarle a levantarse del suelo. Verle de esa forma me destroza el corazón — . Seguiría sin poder confiar en ti.

Él se levanta, me sujeta de la mano y clava sus profundos ojos en mí. Esos ojos me recuerdan a Axel y, a su vez, me hace recordar que fueron la razón por la que le contraté; la mirada de mi secretario se parece bastante a la Fer.

— Cásate conmigo — escupe a bocajarro — . Casémonos. Estoy dispuesto a lo que sea por no perderte, Violeta. Estoy dispuesto a entregarme a ti de todas las formas posibles.

Pestañeo varias veces, incrédula. No puede estar hablando en serio.

— ¿Lo dices..., en serio?

— Lo digo en serio — asegura con una sonrisa de oreja a oreja — . Bueno, no querré una boda grande ni pretendo que acuda la familia, pero si lo que necesitas es que me comprometa contigo estoy dispuesto a firmar los papeles aquí mismo.

Suelto una risita nerviosa mientras sopeso interiormente lo que acaba de decirme. ¿De verdad me ha pedido matrimonio? ¿De verdad Fernando está dispuesto a casarse contigo? Me pregunto a mí misma si eso es lo que realmente quiero y, finalmente, asiento.

— ¿Qué me dices, Violeta? — pregunta con ilusión.

No necesito darle más vueltas.

— ¡Qué sí! — grito, saltando a sus brazos.

Fernando se ríe como un loco y me besa en los labios con pasión. La toalla que llevo puesta se cae al suelo y yo, desnuda, me quedo entre sus brazos sin poder creerme que todo esto es real.

Yo... Violeta Bairina, acabo de comprometerme con él... Fernando García. ¡Dios Santo! ¡Parece una locura!

Fernando aprieta mis nalgas con perversión y me susurra en la oreja que había echado de menos mi culito. Me río tontamente antes de que él eche a caminar hacia mi habitación conmigo en brazos.

— Esta vez haré las cosas mejor — promete, dejándome con delicadeza sobre la cama para contemplar mi cuerpo desnudo.

Y no sé por qué, le creo.

*Decepciones*

Sara me ha llamado tres veces, pero la verdad es que llevo una mañana de locos y no he tenido tiempo para poder hablar con ella. Supongo que tampoco se tratará de nada importante porque, en el caso de serlo, me habría enviado un mensaje, ¿no?

Escucho a la chica de la inmobiliaria mientras tomo notas del recinto y voy haciendo un pequeño plano para poder distribuir las oficinas. Sonrío y me digo a mí misma que, casi con total probabilidad, éste será el edificio definitivo donde monte la sede principal de la revista “Bairina’s”. Tengo un buen palpito con él. Es grande y luminoso; un espacio totalmente diáfano que permite que la estructuración de las mesas pueda ser a mi antojo.

— ¿Le gusta? — pregunta la chica de la inmobiliaria mientras mi teléfono móvil comienza a sonar.

Es Fer.

— Me encanta — le digo, antes de responder la llamada — . ¿Sí?

— ¿Me has quitado a Lola? — inquiera, riéndose con diversión.

Tengo la sensación de que esta pequeña crisis que hemos pasado nos ha venido muy bien para volver a valorarnos y apreciarnos como al principio.

— Ella ha decidido por sí misma — le corrijo — , no te he quitado a nadie, gruñón.

Fernando se ríe.

— Que te lleves a Axel lo entiendo, ¿pero a Lola? — pregunta de nuevo, riéndose.

Aunque es obvio que está bromeando, a mí se me encoge el corazón al escuchar el nombre de Axel. En realidad Fernando está equivocado, porque para ser sinceros, él ha decidido dejar “Amour et vie” sin aceptar mi propuesta. “Estoy enamorando de ti, Violeta... creo que no podría trabajar a tu lado sin terminar desquiciado”. Esas fueron sus palabras cuando le pedí que se trasladase a mi revista y le expliqué que, aunque me marchaba, yo había solucionado mis diferencias con Fer. Y me sentí fatal. Me sentí realmente mal.

Pero supongo que la vida sigue y que no puedo volver a parar todo por perseguirle. Él ha tomado sus decisiones y yo he hecho lo mismo, así que no hay nada que reprochar.

— Oye, tengo que dejarte, ¿vale? — murmuro.

Escucho que Fernando se despide de mí y corto la llamada para volver a centrar la atención en la chica de la inmobiliaria.

— Creo que me lo quedo — le digo con una sonrisa — . ¿Cuánto tardaríamos en firmar los papeles?

Ella, feliz por cerrar una venta, me responde que el propietario está dispuesto a hacer el trámite lo antes posible y quedamos en reunirnos al día siguiente para poder concretar los últimos detalles de la compra-venta.

Salgo del edificio feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, cuando recibo la cuarta llamada de Sara.

— ¿Qué ocurre? — inquiero al responder.

— Necesito un favor — me explica con apremio — . ¿Estás ocupada?

Miro el reloj de mi muñeca.

La verdad es que tengo el mediodía libre, pero no sé si decírselo porque sospecho que lo que va a pedirme no me va a gustar.

— ¿Violeta?

— Sí, sí, estoy aquí...

— ¿Estás ocupada?

Resoplo antes de responder.

— Depende, ¿para qué?

— ¿Estás ocupada o no?

Creo que mi hermanita me conoce demasiado bien.

— ¡No! — admito finalmente, subiéndome a mi Audi — . ¿Qué pasa?

— Necesito que recojas a Teo de la guardería y que lo lleves a casa — me dice con el tono de voz saturado — . Por favor.

— ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

— Pues..., tengo que ir al médico.

Frunzo el ceño y conecto mi teléfono al manos libres del coche.

— ¿Al médico? — repito.

¿Por qué tengo la sensación de que me está ocultando algo?

— ¿Y mamá? ¿No puede recogerle ella?

Sí, puede que se me haya ablandado el corazón pero siguen sin hacerme demasiada gracia los niños. Más aún sin son bebés y necesitan que se les cambie el pañal.

— ¡No! — exclama — . Está aquí conmigo... Me va a acompañar a la

ecografía, así que ella no puede ir.

Suspiro y, al final, termino por aceptar.

No era el plan ideal que tenía pensado, pero supongo que de vez en cuando uno debe sacrificarse por la familia.

Cuelgo el teléfono y meto en el navegador los datos de la guardería de mi sobrino. Cuando llego me veo obligada a aparcar en doble fila porque una avalancha de padres ha inundando los aparcamientos e, incluso, las zonas de “carga y descarga”. Me quedo quieta junto a una pareja que está esperando para recoger a su hijo o hija y espero mientras todos los peques van saliendo en fila india del lugar. Veo a Teo con la profesora y me lanzo corriendo a por él antes de que ningún otro padre pueda adelantarseme.

— Soy su tía — explico cuando la cuidadora me observa de hito a hito.

— Sí, claro... Ha llamado Sara para avisar.

Me sonrío, cojo a Teo en brazos y sin pensármelo dos veces regreso al coche. Entonces comprendo que tengo un nuevo problema; no tengo sillita para bebés, pero tampoco puedo dejar mi Audi aquí abandonado. ¿Cómo diablos voy a llegar a casa? No tengo demasiadas opciones, así que saco mi teléfono y marco el número de Fernando.

— Cariño, necesito que me hagas un favor.

¡En menudos líos me mete Sarita!, pienso.

— ¿Qué pasa?

— Necesito que vengas a recoger mi coche — le digo, antes de hacerle un resumen de la situación — , mi hermana tenía que ir al médico y yo he tenido que recoger a Teo de la guardería, así que...

— ¿Quién es Teo?

Frunzo el ceño.

¿De verdad no es capaz de recordar el nombre de mi sobrino?

— Teo... mi sobrino — señalo — . La cosa es que no tengo una sillita de esas para el coche y el niño no puede ir en el asiento, así que necesito que alguien aparque mi coche o que se lo lleve.

Fernando suspira hondo al otro lado de la línea y soy consciente de que lo que le estoy pidiendo no le hace ninguna gracia.

— Estoy trabajando, Violeta... Además, sabes perfectamente que odio los niños.

Aprieto los puños, rabiosa, pero luego recuerdo que tengo a Teo en brazos y me esfuerzo por relajarme para no transmitirle mi ansiedad.

— No tienes que cuidar del niño, solamente ayudarme con el coche.

Fernando se queda en silencio.

— Estoy trabajando, cariño — repite — , ¿no puede ayudarte otra persona?

Pongo los ojos en blanco y decido desistir.

¡Vaya! ¡Qué ingenua he sido al pensar que las cosas podrían ser de otra manera con él!

— Déjalo, tranquilo — le digo antes de cortar la llamada.

Miro el coche, miro a Teo y... Sé muy bien quién estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por mí y quién no. Me siento fatal cuando, esta vez, marco el número de teléfono de Axel. No quiero que piense que me estoy aprovechando de él ni mucho menos, pero tampoco me queda nadie más a quien acudir.

— Hola, Violeta — saluda al responder.

Trago saliva.

Estoy a punto de contestarle cuando el pequeño comienza a llorar,

impacientándose.

— ¿Es Teo? — pregunta Axel con el tono de voz timbrado de preocupación

— . ¿Está bien? ¿Qué ocurre?

— Nada, nada — me apresuro a aclarar — , pero necesito tu ayuda. Mi hermana ha tenido una emergencia, Petter está trabajando y yo...

— Dime dónde estás y voy para ahí — me dice, sin siquiera necesitar ninguna explicación más.

Suspiro aliviada, aunque en el fondo me siento tan triste que no sé si sonreír porque alguien acudirá a rescatarme o echarme a llorar porque Fer no ha sido capaz de hacerlo.

— Te mando la dirección en un mensaje. Y... gracias, Axel.

*Decepciones e ilusiones*

Teo no deja de llorar un solo instante y yo cada vez estoy más nerviosa. Gracias a Dios, al pequeño se le curan todos los males cuando ve aparecer a Axel. Supongo que ambos nos sentimos igual de aliviados; tanto el niño como yo.

— ¿Qué ocurre?

Señalo el coche y me encojo de hombros.

Axel lo pillá al instante, suelta una pequeña risita y me pregunta si quiero que lo aparque. Asiento y él se sube al asiento piloto para buscar un lugar donde estacionarlo mientras mi sobrino y yo esperamos pacientemente a su regreso.

— ¿Por qué desprendes tanto calor, señorito? — le pregunto a Teo, que actúa a modo de estufa mientras lo tengo en brazos.

Hace tanto calor hoy que el aire casi parece abrasar mis pulmones.

— ¡Ya está! — me dice Axel, tendiéndome las llaves — , te lo he dejado a un par de manzanas, lo encontrarás rápido.

— Gracias — murmuro.

Y soy totalmente sincera al agradecersele. Una vez más, Axel me ha salvado.

— ¿Vais a volver a casa en metro? — pregunta, mirándome de reojo.

Sabe que odio el transporte público con toda mi alma.

— Supongo que no me queda más remedio, ¿no?

Él asiente y sonrío, justo antes de hacerle una carantoña al niño. No sé cómo demonios lo hace Axel, pero Teo parece sentir adoración por él.

— Yo creo que en autobús llegaréis más rápido — señala, guiñándome un ojo — . Vamos, os acompañaré.

Le insisto en que no es necesario, pero no sirve de nada. Por otra parte, agradezco su compañía; así que no tengo de qué quejarme. Axel hace que Teo se sienta tranquilo y, además, me da confianza en mí misma. Quizás sea por esa maldita sonrisa que nunca borra o quizás por lo agradable que es siempre. No lo sé. Pero sé que estar a su lado me gusta aunque, a su vez, me hace sentir miserable. Sí, me siento mal conmigo misma. Sé que aquel día no tendría que haberme acostado con él, pero ocurrió sin que nadie lo planeara y ahora no consigo sacármelo de la cabeza.

Nos sentamos en una cafetería cercana a mi casa y decido que, como mínimo, debo invitarle a almorzar.

— ¿Ya está todo en marcha? — me pregunta mientras el camarero nos sirve los sándwiches.

Supongo que se refiere a la revista.

— Espero que el próximo mes podamos inaugurar las oficinas, pero sí, ya está en marcha — le cuento con entusiasmo — . ¿Sabes? Creo que deberías pedirme comisión por autoría...

— ¿Y eso por qué? — inquiera.

Teo de mientras se dedica a hacer pelotitas con las servilletas de papel.

— Voy a utilizar como plantilla el dossier que preparamos juntos para “Amour et vie” — explico, guiñándole un ojo.

Él sonrío de esa forma tan contagiosa en la que suele hacerlo.

— Me alegra que mis ideas te fueran de utilidad — admite — , creo que lo harás bien. Te lo digo de verdad, Violeta, no hace falta conocerte mucho para saber que estás hecha para esto.

Suelto una risita nerviosa mientras me sonrojo de forma involuntaria.

— Gracias.

— Pero tienes que aprender a confiar en la gente y a soltarte más — puntualiza — , creo que, ahora que no trabajo para ti ni para tu prometido, puedo decírtelo en confianza.

Trago saliva.

¿Por qué me ha sonado tan mal lo de “tu prometido” cuando lo ha dicho él?

— Lo haré — aseguro, guiñándole un ojo.

— ¿Cuándo será el gran día?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

— Estamos esperando a que nos llamen del juzgado... Solamente será una firma. Sin tonterías.

— Sin tonterías — repite él, mirándome de arriba abajo con una risita irónica

— . ¿Eso qué significa?

— Sin familia, sin flores, sin vestido...

Teo intenta imitarme repitiendo las mismas palabras que acabo de decir y tanto Axel como yo saltamos en risotadas cuando mi teléfono móvil comienza a sonar. Como no, es Fernando.

Me pregunto sí, quizás, debería ignorar la llamada y devolvérsela más tarde; pero al final la curiosidad me puede.

— ¿Qué ocurre? — pregunto con un mal tono de voz.

Me ha dejado tirada cuando le he pedido que viniera a por mí, así que espero que al menos se sienta un poco mal.

— Adivina lo que acaba de traerme Raquel.

¿Raquel? ¿Pero no había despedido a ese zorrón?

— ¿Sigue trabajando para ti? — inquiero de mal humor.

Es increíble.

Con Fernando uno nunca sabe a qué atenerse.

— Violeta, no puedo despedir a alguien así porque sí — me explica — , acabo de comprarte buena parte de la revista, todavía no he encontrado otro socio y estamos bastante mal. No puedo pagar una indemnización por despido improcedente.

Frunzo el ceño, preguntándome qué tipo de contrato le habrá hecho a esa mujer para que le salga más barato mantenerla en la plantilla que despedirla.

— ¿Qué quieres, Fer? Estoy con mi sobrino.

— Ah, ya... Bueno, solamente te llamo para darte la buena noticia — explica — , me ha traído el contrato pre-nupcial. Solamente tienes que echarle una firma y rellenarlo con datos, yo me encargaré de mandarlo al juzgado para que nos den fecha y hora.

Suspiro, agotada.

— Vale.

— No pareces muy ilusionada...

Estoy a punto de responderle que con él cuesta mucho mantener la ilusión, pero Teo comienza a tirarme de la camiseta y me obliga a prestarle atención.

— Tengo que dejarte.

Y sin esperar a que me diga adiós, cuelgo.

¿Cómo es posible que siga manteniendo en plantilla a esa sinvergüenza?

— ¿Va todo bien? — inquiera Axel.

Asiento, distraída.

La verdad es que con Fernando todo son disgustos, pero el hecho de que se esté esmerando tanto por complacerme me hace ver que está dispuesto a cambiar por mí. Quizás debería darle un voto de confianza.

El teléfono móvil vuelve a sonar y yo, de mal humor, respondo.

— ¿Qué quieres ahora, Fer? — escupo, un poco agobiada por mis propios pensamientos.

Mientras lo digo, me imagino a la rubia tetona a su lado y el corazón se me acelera a mil por hora.

— Soy Petter — responde mi cuñado con un mal español.

— ¡Perdona, Petter! — exclamo, sintiéndome estúpida por no haberme fijado en quién llamaba — . ¿Va todo bien?

Él guarda silencio unos instantes antes de responder.

— Siguen haciéndole pruebas a Sara, aún tardarán un rato.

— ¿Pero no era solamente una ecografía?

— Al parecer quieren asegurarse de que la amenaza de aborto ya ha pasado — me dice, dejándome helada — , le harán unas pruebas más y después la dejarán en observación. ¿Teo está bien?

¿Sara está en urgencias? ¿Amenaza de aborto? ¿Por qué no me ha contado nada?

— ¡Papá! — dice el niño, que al escucharme pronunciar el nombre de su padre ha adivinado que estaba al otro lado de la línea.

— Está perfectamente. Axel está conmigo.

— ¿Axel?

— El otro Fernando — le digo para que me entienda.

— ¡Oh, ya! — susurra en voz baja mientras de fondo suena una sirena — . Te llamaré cuando sepamos algo más... Gracias, Violeta.

— Sí, por favor... llámame.

Dejo el teléfono móvil, impactada, sobre la mesa.

Axel alarga el brazo para tocarme la mano y me pregunta con una mirada inquisitiva a ver qué ocurre.

— Sara está en urgencias — susurro en voz baja para que mi sobrino no pueda escucharme — , creo que ha tenido una amenaza de aborto.

— Vaya... Lo siento.

Asiento con la cabeza mientras aparto los restos del sándwich a un lado. La noticia me ha revuelto el estómago y se me ha quedado mal cuerpo.

— No me había dicho nada... — susurro para mí en voz baja.

— No habrá querido preocuparte, Violeta — me dice Axel con una sonrisa tierna — , ya sabes que tu familia siempre está cuidando de ti.

Creo que es la primera vez que veo las cosas de esa forma.

— Tienes razón...

Nos levantamos de la mesa y salimos al exterior. El calor sigue siendo muy intenso y el sol golpea con fuerza desde lo más alto. Hace un día brillante; es más, me había despertado pensando que el día sería estupendo. Pero al

parecer en la familia de los Bairina Reyes no hay tregua.

— ¿Quieres que me quede contigo un rato? — propone Axel, estrechándome la mano de forma cariñosa — , como me he despedido a mí mismo, no tengo que ir a trabajar.

Le miro y él se ríe. Yo le devuelvo la sonrisa y, por si acaso me arrepiento al pensarlo más tiempo, asiento. Lo último que quiero ahora mismo es quedarme a solas con el pequeño Teo.

*Ilusiones y decepciones*

A lo largo de la tarde he descubierto que mantener entretenido a un niño pequeño es muchísimo más complicado de lo que uno puede esperar. Teo quiere ser, constantemente, el centro de atención. Y si por un solo instante te distraes, corres el riesgo de que una de sus rabietas se lleve por delante todo lo que pille. Menos mal que Axel está aquí para mantener la situación a raya.

Estoy sentada en el sofá, observándoles mientras me meo de risa. Axel y Teo están jugando a ser “gatos” y los dos se pasean a cuatro patas por el salón mientras dicen “miau”, “miau”. La verdad es que no sé quién de los dos es más gracioso e infantil, si el adulto o el niño pequeño.

— ¿No vienes a jugar, tía Violeta?

Sacudo la cabeza en señal de negación y me aliso con ambas manos el vestido de by Handel que llevo puesto.

— No pienso tirarme al suelo... Ni de broma.

Pero aún no he terminado la frase y Axel ya se ha lanzado sobre mí. Intento resistirme, pero él me sujeta por las muñecas obligándome a bajar del sofá. Empezamos a luchar y él se tira sobre mí, pero nos quedamos paralizados por la risa de Teo. El niño, que debe de encontrar muy graciosa nuestra pelea, se muere de risa tirado sobre la alfombra.

— ¿Ataque de cosquillas? — me pregunta Axel, mirándome a mí mientras señala a mi sobrino.

— ¡A por él!

Ambos nos lanzamos a por Teo que, muerto de risa, patalea mientras le hacemos cosquillas por todo el cuerpo. Si me llegan a decir hace un mes que iba a vivir esta situación, habría respondido que ni de broma. Pero aquí estoy... ¿Y qué queréis que os diga? Me gusta. Me gusta la persona que él me hace ser.

— Violeta... ¿Esperas a alguien?

Nos quedamos todos en silencio — menos Teo, que no puede contener la risa a pesar de que ya no le hagamos cosquillas — para escuchar la puerta. Sí, se escucha muy suave, pero es evidente que alguien está llamando con los nudillos.

— La verdad es que no — digo, respondiendo a la pregunta de Axel.

Me levanto del suelo, me aliso de nuevo mi vestido de firma y miro por la mirilla con curiosidad mientras rezo para mis adentros porque no sea Fernando. Lo último que me apetece es tener que darle una explicación de por qué Axel está aquí.

— ¿Abuela Mona? — murmuro, quitando el cerrojo y abriendo la puerta.

Ella me sonrío y yo la abrazo levemente.

— ¿Qué haces aquí?

— Quería saber cómo estaba tu hermana... ¡Nadie me dice nada y no sé llamarles al móvil!

— Tranquila, ella y el bebé están bien, pero quieren que se quede en el hospital un par de horas más para tenerla controlada — le explico, indicándola que pase.

El rostro de mi abuela se ilumina cuando se encuentra a Axel y a su bisnieto

jugando en el suelo del salón.

— Axel... Ya conoces a mi abuela Mona, ¿verdad?

Él asiente, se levanta del suelo y en vez de darle dos besos como manda la tradición, la estrecha entre sus brazos. Empiezan a charlar sobre Teo pero yo me retiro de la conversación para poder leer a solas el mensaje que Fer me acaba de enviar. Me comunica que me ha mandado por fax los papeles y que necesita que se los devuelva firmados hoy mismo para agilizar los trámites y conseguir fecha cuanto antes. Parece que, después de todo, es él quien más ilusionado está con formalizar lo nuestro.

— ¿Me disculpáis un momento?

La abuela Mona, que está encantadísima con Axel, me indica que puedo marcharme y yo me escabullo al despacho para ver los documentos. Son más de diez páginas escritas por ambas caras. Comienzo a leer superficialmente las cláusulas y los párrafos del escrito, pero al final termino cansándome de tanta palabrería y voy firmando donde veo que corresponde. Diez minutos después, escucho a Axel ladrar como un perro y a la abuela Mona y a Teo reírse a carcajadas. Ya tengo todos los documentos firmados y lo único que tengo que hacer es enviárselos de vuelta, pero...

— Bienes gananciales... — murmuro, leyendo en alto.

Enciendo la luz, dejo los papeles sobre el escritorio y me siento a leer esa parte con tranquilidad. ¿Fernando quiere casarse en bienes gananciales? Sí, me sorprende muchísimo esta parte. Fer, que es tan independiente y que mira únicamente por lo suyo, ¿quiere compartir conmigo todas sus pertenencias?

Saco el teléfono móvil y tecleo rápidamente lo que quiere decir “bienes gananciales”. La definición es muy clara; se denominan bienes gananciales a todos aquellos bienes adquiridos por los cónyuges durante el matrimonio, a

excepción de los recibidos a título gratuito. Comienzo a leer todo lo que engloba el concepto y, boquiabierto, voy atando claro. El dinero de la herencia de sus padres seguiría siendo de Fer, “Amour et vie” seguiría siendo de Fer pero... si yo fundo la revista después de firmar estos documentos, “Bairina’s” pasaría a ser de ambos. Tiene que ser un error, ¿no? Porque Fernando jamás me haría algo semejante.

Cojo el teléfono con la mano temblorosa y marco su teléfono de memoria. Los tonos se reproducen uno detrás de otro y la llamada se extingue. Vuelvo a insistir. Necesito hablar con él.

— Hola, cariño — me dice con voz seria.

Escucho una voz femenina de fondo y mi corazón da un vuelco.

— ¿Esa es Raquel?

Fernando suspira.

— No, no es ella — responde con irritación — . Dime, ¿ocurre algo?

Intento dejar el tema de Raquel atrás porque, para ser sinceros, ahora mismo tengo problemas más serios por los que preocuparme.

— He visto que tú ya has firmado toda la documentación...

— Claro — murmura — , ¿qué ocurre? ¿Hay algún problema?

— ¿La has leído?

Fernando guarda silencio unos instantes.

— Claro que sí, Violeta. La ha redactado mi abogada — responde muy seriamente — . ¿Qué pasa?

— ¿Sabes que ese contrato pre-nupcial nos obliga a casarnos en bienes gananciales?

— Así es — me explica — , creí que era lo que tú querías, Violeta. Que creásemos una sociedad... Ya sabes, un compromiso.

Una lágrima silenciosa se desliza por mi mejilla.

Me cuesta creer que haya sido tan tonta de creerme sin un atisbo de duda cada mentira que Fernando me contaba.

— Así que... Querías quedarte con mi revista, con tu dinero y, de paso, quitarme la mitad de mi siguiente revista — respondo con la voz temblorosa — . ¿Es eso?

— ¡Joder, Violeta, no! — exclama — . Claro que no. Quiero que de aquí en adelante lo que construyamos sea de nuestra sociedad.

— ¡Deja de llamarlo sociedad, Fernando! ¡Yo no estoy firmando un maldito negocio contigo! ¡Yo quería casarme contigo!

Cuelgo el teléfono con el corazón agitado y el rostro empapado en lágrimas. Rabiosa, comienzo a hacer picadillo los papeles con un nudo en la garganta. Soy una idiota. Una auténtica imbécil. ¿Cómo es posible que me haya dejado engañar otra vez? Dos veces. Pero esta vez ha sido mucho peor que cuando me engañó con Raquel — eso sin contar que quizás aún sigan liados — . Mi teléfono móvil comienza a sonar y el nombre de Fernando reaparece en la pantalla, así que lo cojo y lo estampo contra la pared con todas mis fuerzas mientras grito, histérica. Axel no tarda en aparecer en la puerta. Se queda ahí, pasmado, observando cómo me deshago en un mar de lágrimas. La imagen que estoy dando, en cualquier otro momento, me avergonzaría muchísimo. Pero ahora mismo todo me da igual.

— Sara ha llamado al fijo para decir que todo está bien — me explica — , la dejarán marcharse a casa.

Asiento, pero soy incapaz de dejar de llorar.

— ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza en señal de negación mientras me dejo caer en el suelo.

— ¿Es por Fernando?

— Sí... — balbuceo, dolida y sintiéndome una auténtica idiota.

— ¿Te ha vuelto a engañar?

Mi llorera provoca que sea incapaz de responder así que, simplemente, asiento con la cabeza mientras Axel se acerca hasta mí. Se agacha hasta quedar a mi altura, me seca las lágrimas y me obliga a mirarle fijamente.

— ¿Esto significa que no te casas?

Vuelvo a repetir el gesto anterior y él, de repente, sonrío. Es una sonrisa inmensa.

— Sé que en estos momentos estás fatal y que lo último que necesitas es que te diga esto pero... Pero me alegro mucho. Estás destrozada, lo sé — me explica con una sonrisa sincera — , pero siento decirte que no puedo empatizar con tu dolor. Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo — señala, sujetando mi rostro entre sus manos — , porque sé que serás mía. Solamente mía. Y yo te prometo que jamás te fallaré.

Un remolino de sentimientos sacude mi interior y termino sonriendo como una niña tonta. Me siento pequeña y diminuta, pero Axel no me da tiempo a pensar en nada más porque sin previo aviso sus labios se presionan contra los míos y me besa.

Un beso que sabe a sal... y a amor del de verdad.

*El gran final*

Esta historia comenzó en una boda y termina en otra.

Esta vez, la organización de las mesas es muy diferente. El abuelo José no está entre nosotros, pero si hubiera estado hoy aquí, estoy segura de que me habría confundido con Sara. La abuela Margarita no nos deleita con su sonrisa soñadora y su silencio arrollador, pero de haber estado, estoy convencida de que habría pasado el evento en su mundo paralelo y que ni siquiera se habría enterado de los grandes pulmones que tiene mi pequeña sobrina Emma.

Esta historia comenzó con una chica llamada Violeta y termina con otra chica diferente que también se llama igual. Ya no soy la misma de antes, y estoy segura de que tampoco seré igual dentro de cinco años. Esta es otra de las muchas lecciones que este año me ha dejado como aprendizaje. La primera Violeta que conocisteis quería ser alguien que no era, vivía con un escudo delante de ella, se aferraba a una revista que hacía tiempo había perdido y creía que la familia podía quedar en un segundo plano porque siempre estaba ahí. La Violeta que soy hoy es real. Sé que tengo a un hombre que de verdad me ama, lucho por mis sueños y por Bairina's, sé que la vida me concedió a la mejor hermana pequeña que se puede esperar, que el trabajo no lo es todo y que sin la familia, uno no tiene nada. No somos una familia normal, no. Pero somos una familia que se quiere.

Esta historia comenzó con la abuela Mona sentada en una mesa y termina en

sin ella. Porque ya no está. La vida no es fácil y los finales felices pocas veces ocurren, pero sé que, allá donde esté, hoy nos está mirando y sonrío al pensar que por fin he encontrado a esa persona que me hace brillar.

— ¿Por la abuela Mona? — pregunta Axel, levantando en alto su copa de champán.

Todos los presentes alzamos las copas en alto para brindar.

— ¡Por la abuela Mona! — exclamamos al unísono.

Al beber, me fijo en mamá. Ella, que nunca lloraba, hoy se ha permitido ser un mar de lágrimas y no retener nada de lo que siempre se ha estado guardando en su interior.

Pero lo más importante es que... Esta historia comenzó con dos personas que juraron quererse y termina de la misma manera; con dos personas jurando que siempre se querrán.



**FIN**

# NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

# OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti

Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector

Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magenta

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

